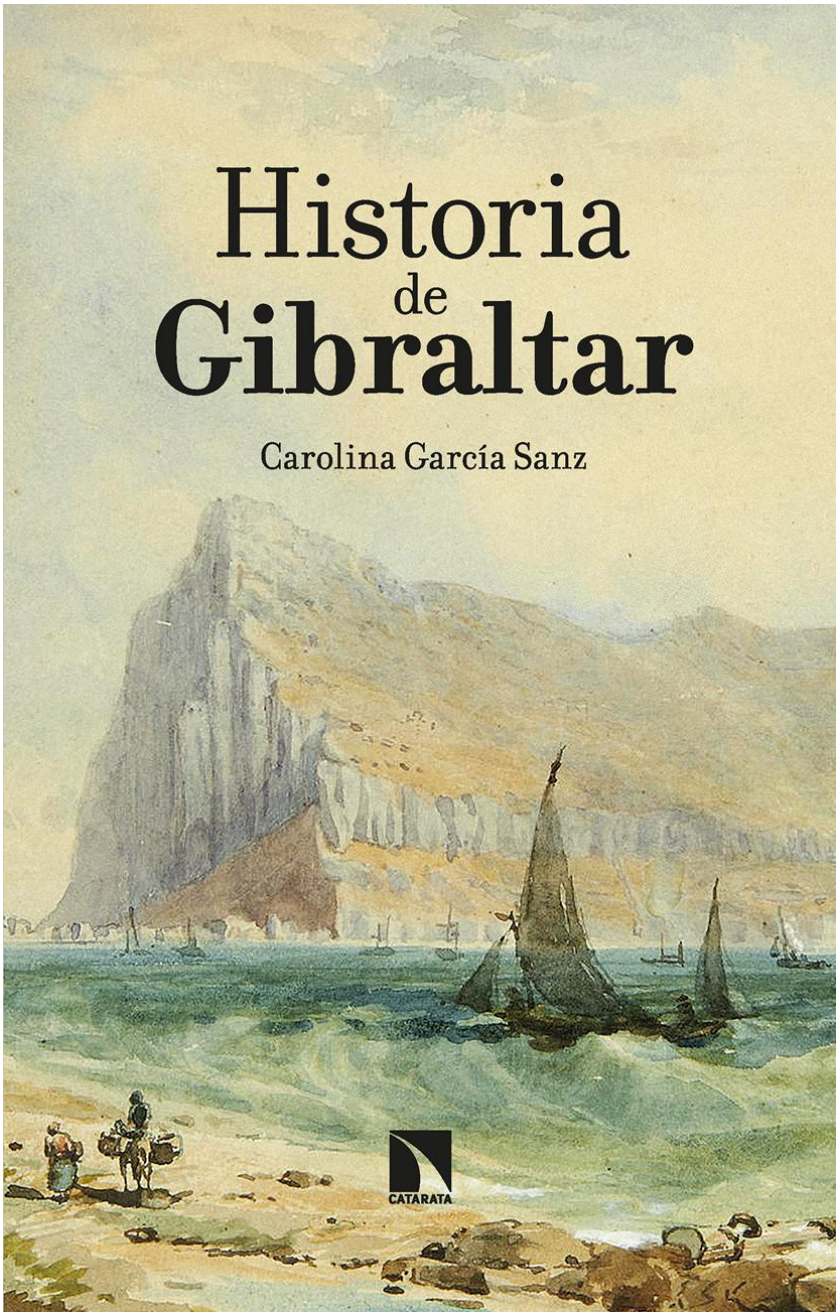
Historia de Gibraltar

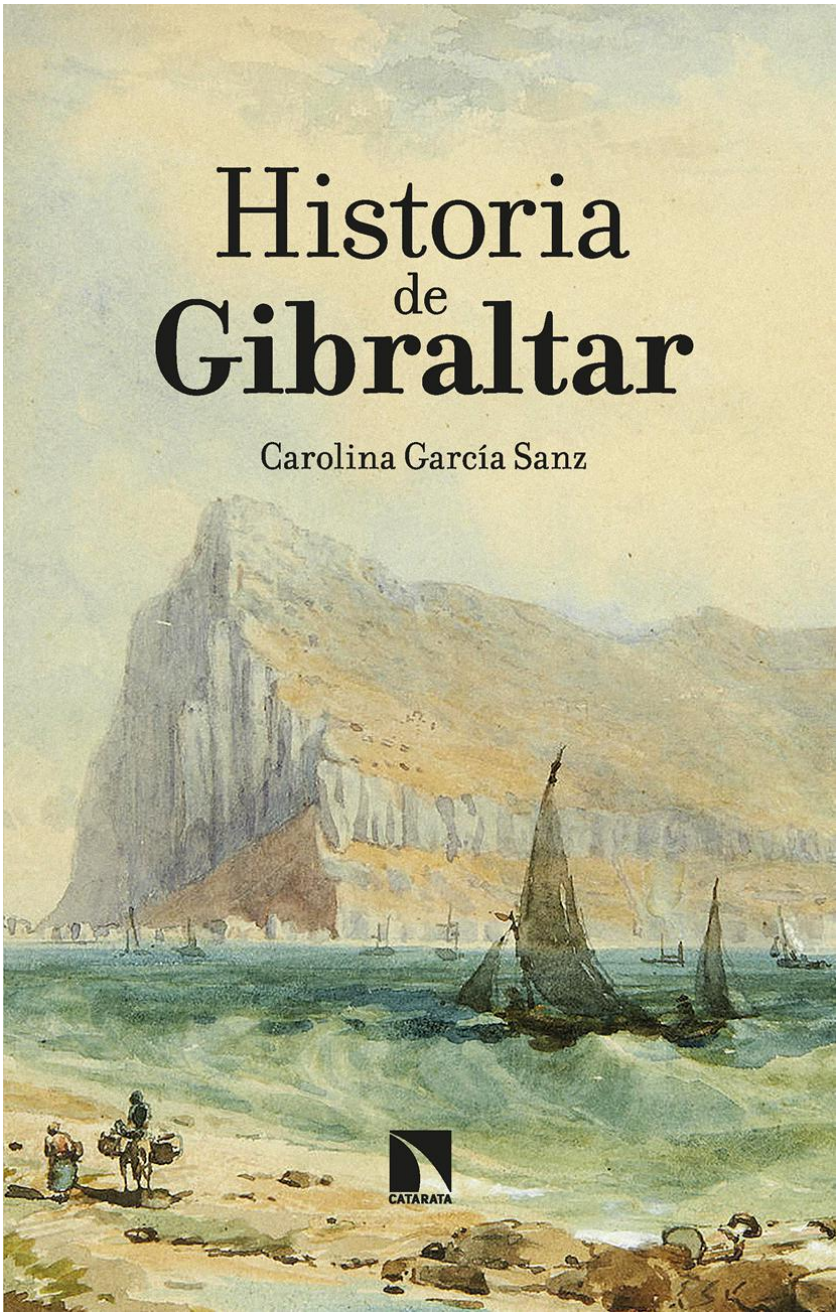
Carolina García Sanz



CATARATA

Historia de Gibraltar

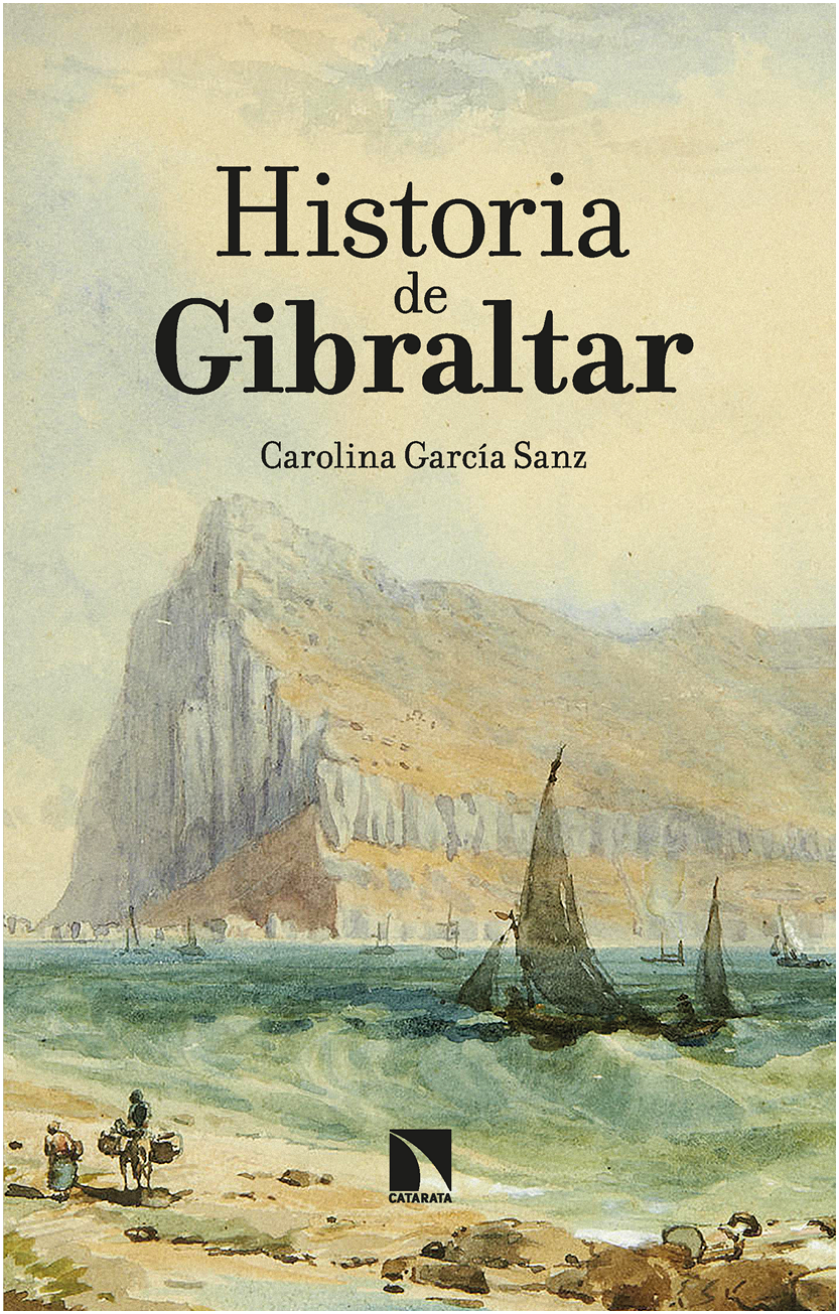
Carolina García Sanz



CATARATA

Historia de Gibraltar

Carolina García Sanz



CATARATA

Carolina García Sanz

Es profesora titular del Departamento de Historia Contemporánea en la Universidad de Sevilla. Su campo principal de trabajo es la Historia Internacional, habiendo desarrollado programas de investigación posdoctoral en Gran Bretaña e Italia. Sus estudios han abordado las interferencias beligerantes sobre la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial. Ha publicado numerosos trabajos sobre la estrategia británica en España y el Mediterráneo, con especial atención al papel jugado por Gibraltar. En la actualidad es una de las investigadoras principales del proyecto "Discursos y Representaciones de la Etnicidad: Política, Identidad y conflicto en el siglo XX" (PID2019-105741GB-I00), que explora las operaciones socioculturales detrás de la construcción política de grupos minoritarios en los imaginarios cívicos del mundo euroatlántico.

Carolina García Sanz

Historia de Gibraltar

Esta obra ha recibido el apoyo del proyecto Discursos y Representaciones de la Etnicidad: Política, Identidad y Conflicto en el Siglo XX (PID2019-105741GB-I00) financiado por:

Diseño de cubierta: Pablo Nanclares

© Carolina García Sanz, 2022

© Los libros de la Catarata, 2022

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Historia de Gibraltar

isbne: 978-84-1352-376-7

ISBN: 978-84-1352-368-2

DEPÓSITO LEGAL: M-1.091-2022

thema: NH/1DSG

impreso por artes gráficas coyve

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

CAPÍTULO 1

La historia de Gibraltar se escribe en plural

“Quien pretenda escribir la historia de Gibraltar, tiene ante sí una tarea inmensa”.

George Hills (1974: 9).

Condensar en menos de doscientas páginas la breve historia de Gibraltar hasta nuestros días es un empeño harto complicado. Constituye una tarea en cualquier formato, reducido o extendido, “inmensa”. Y es que Gibraltar es mucho más que un territorio británico de ultramar, que actualmente ocupa algo menos de 7 km^2 en la bahía de Algeciras. Su historia viene marcada y definida por muchos más elementos que el de una privilegiada posición geopolítica, entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre Europa y África. Es un símbolo cuyos significados políticos, sociales y culturales han cambiado con el tiempo —al igual que lo han hecho sus fronteras terrestres y marítimas— desde su ocupación inglesa a principios del siglo XVIII. Afortunadamente para el propósito tan difícil como comprometido de este libro, me han servido de mucho las historias generales ya existentes que han proporcionado gran parte del material que el lector tiene entre sus manos. Naturalmente, asumo toda la responsabilidad de los datos aquí recogidos y de mis interpretaciones de los mismos. Pido de antemano perdón a sus autores por si esta breve obra no le hace justicia a su trabajo.

Y es que ciertamente el objetivo de este libro es muy atrevido. Gibraltar se ha representado de forma muy rica, multidimensional y polivalente, a lo largo de más de tres siglos. Ha sido fortaleza militar, colonia, puerto de comercio y contrabando, lugar de asilo político y conspiraciones, centro de operaciones de la Royal Navy y de la estrategia británica en el Mediterráneo occidental, bastión contra la política exterior franquista e incluso más recientemente frente al Brexit. Su historia, o mejor dicho sus historias, han abonado un sugestivo campo de mitos e imágenes que, en el siglo

XX, fueron socialmente muy movilizadores a ambos lados de la verja levantada por los británicos en 1909. Algunos de sus mitos, con más o menos apasionamiento, todavía siguen siendo invocados. De hecho, encarnan el legado persistente y latente de procesos de reconstitución histórica de un Gibraltar inglés, un Gibraltar gibraltareño y un Gibraltar español (García Sanz, 2007). Pero ninguno de estos tres Gibraltares monolíticos refleja la riqueza de su historia ni recoge la complejidad de relaciones simbióticas, no exentas de conflicto, que han forjado las experiencias compartidas a la sombra de la famosa Roca (Stockey, 2009).

Comenzando por el Gibraltar más familiar para el público español, sorprende la continua reutilización de mapas mentales cuya exploración solo es posible a través de las lentes de la reactivación franquista del contencioso bilateral hispano-británico (García Margallo y Eguidazu, 2021, cfr. Pack, 2014: 71-88; Gold, 1994). Su vigencia todavía se revela en el discurso público de determinados políticos españoles. Esto es así incluso en momentos tan decisivos como los actuales: la Unión Europea y el Reino Unido tratan de cerrar in extremis un acuerdo en Bruselas sobre la situación de Gibraltar tras el Brexit. Pero tampoco se puede comprender esta resucitada cuestión fronteriza, en pleno siglo XXI, sin una interpretación históricamente contextualizada de los discursos y praxis de resiliencia imperial británica, con sus apropiaciones locales para articular sentimientos de identidad y pertenencia (Lambert, 2005: 206; Archer, 2006). La frontera entre Gibraltar y España ha sido y es un potente constructor de identidades locales, regionales y nacionales, que han variado con el tiempo según diferentes reasignaciones de significado histórico.

Gibraltar tiene historia, pero sobre todo tiene memorias que reinterpretan hechos del pasado de forma plural. El Peñón se erige en un potente lieux de memoire (lugar de memoria) a tres bandas; de ahí la importancia de su representación a lo largo de la historia en procesos de formación identitaria en España, Reino Unido y Gibraltar. Pero esta piedra clave, que inesperadamente nos “abre de nuevo la puerta a la dilatada e ingrata retrospección de las relaciones anglo-españolas” (Stewart, 1968: 11), no puede reducirse a la crónica de un problema o contencioso, que se remonta al Tratado de Utrecht (1714) ni a los sistemáticos incumplimientos

ingleses con relación a los límites, comunicaciones con el territorio adyacente, y derecho reconocido de retrocesión. Durante mucho tiempo, como señalaba una académica gibraltareña, la realidad política produjo "un discurso fuerte y poderoso con enfoque geopolítico, que ha frenado la diseminación de historias sociales de la región" (Ballantine Perera, 2008: 65). Por eso, la dinámica y rica historia de Gibraltar que conocemos, gracias a la investigación desarrollada en las últimas décadas, no merece ser distorsionada por los relatos de parte en la reformulación actual de un viejo contencioso.

En realidad, la llamada cuestión de Gibraltar tiene mucho más de emocional que de legal. Y es que los espacios legales también se producen socialmente. La jurisdicción sobre un territorio suele implicar "una tecnología material, un entorno construido y una intervención discursiva", que en última instancia genera formas de entender el medio social y el lugar que ocupan en él los sujetos regulados (Ford, 1999: 843-930). Si algo han revelado los estudios disponibles sobre la historia del Peñón es la generación continua de "comunidades emocionales": personas vinculadas con el espacio por una red de intensos lazos afectivos, cambiantes y contradictorios, que han ido redefiniendo quiénes son a partir de su relación con una determinada jurisdicción y según los intereses humanos y materiales en juego. Esas comunidades han dado lugar a otras discursivas, interesadas por la historia del lugar y sus gentes. De hecho, hasta época relativamente reciente, podría afirmarse que las distintas comunidades discursivas sobre Gibraltar, tanto en inglés como en español, han dialogado poco sobre sus respectivas comprensiones de la historia de tan singular enclave. Sucede todo lo contrario con las experiencias sociales, siempre compartidas, que han performado dichas "comunidades emocionales o afectivas". Estas nunca fueron el resultado de vivencias en compartimentos estancos, por mucho que también se hayan levantado fronteras mentales y lingüísticas. La propia realidad del Peñón ha impuesto de manera constante a lo largo de su historia la interacción y negociación en torno al espacio y los diferentes usos de este, ya sea entre gibraltareños e ingleses, entre los propios gibraltareños, o entre todos los anteriores y sus vecinos en España y el norte de África. La conjunción de "lazos informales" y "estructuras formales" separan tanto como unen a los grupos humanos en este particular

entorno (Stockey, 2009: 3-4).

Esta es la premisa del libro que el lector tiene entre sus manos y que justifica la selección de los contenidos plasmados en sus capítulos. Históricamente Gibraltar y su puerto han constituido una zona de contacto social e intercultural de primer orden dentro de un entramado transnacional de relaciones político-legales y económicas, canalizadas a través de un sistema imperial durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, reformulado más tarde en los contextos de la Guerra Fría y de los procesos de la globalización. Por eso, esta obra pone el foco sobre el denso tejido sociocultural que permite desvelar y dimensionar una historia siempre conectada.

1. Nuevas y viejas historias

"Pero muy pocos académicos han reconocido, y mucho menos analizado, la importancia de las influencias sociales, culturales, económicas e incluso políticas españolas que han contribuido a dar forma al curso de la historia de Gibraltar desde 1704. De manera similar, la mayoría de los escritores anglófonos sobre el tema han visto la evolución histórica de Gibraltar, a través del prisma de las formas de periodización británicas, o más recientemente gibraltareñas […] Los académicos españoles han hecho poco para cambiar esta mentalidad. Rara vez se han centrado en la historia de la propia colonia y son más propensos a considerar el más vasto 'problema de Gibraltar'".

Grocott y Stockey (2012: 75)

Durante mucho tiempo las historias de Gibraltar fueron escritas con un propósito instrumentalmente político, militar o estratégico y, en menor medida, académico. Y en ambos casos, independientemente de que se tratara de obras oportunistas o científicas (no siempre finalidades mutuamente excluyentes), jugó un papel determinante la curiosidad por un enclave ciertamente singular. No descubrimos nada nuevo al afirmar que la historia proporciona vías muy potentes de mediación de las sociedades del presente con su pasado. Un proceso que en general ha tendido a situar sus fines fuera de la propia historia, como forma de conocimiento socialmente construido. La difusión de la ideología imperialista británica en las escuelas inglesas, a través de la unión providencial entre Gibraltar y Gran Bretaña, constituye un buen ejemplo de ello. El historiador naval E. P. Brenton (1774-1839) señalaba poco antes de morir que "Gibraltar es un lugar que los ingleses deberían conocer y reverenciar" (Stockey, 2009: 11). Las formas de comprensión histórica, de representación del pasado, intervinieron en la configuración de los sistemas políticos de la época contemporánea.

Por eso, la tensión entre los usos y abusos de la función pública de la historia siempre han atenazado a los historiadores en particular y a la sociedad en su conjunto, muy especialmente cuando los temas suscitan controversia histórica. Gibraltar es uno de ellos. Precisamente, entre los propósitos principales de este libro, se halla contribuir a divulgar en español nuevas y diferentes formas de comprender la historia del Peñón, con una vocación integradora en cuanto a autores, tradiciones académicas y literarias.

Por todo ello, sería interesante en este pequeño apartado introductorio repasar —de manera tan sucinta como forzosamente incompleta— lo que se ha contado de la historia de Gibraltar y cómo se han creado determinadas visiones de lo "local, de las disputas por su posesión y de aquellos que la han conseguido" (Sepúlveda, 2004: 14).

En primer lugar, comenzando con los tópicos producidos por la tradición británica, señalaría cuatro grandes líneas. Estas coinciden con (1) la historia de un lugar asediado por ejércitos y enfermedades (otorgando protagonismo al Gran Asedio hispanofrancés de 1779-1783 y a las epidemias de fiebre amarilla y cólera del siglo XIX); (2) el papel jugado por la plaza en situaciones de conflicto internacional (ocupando un lugar destacado la atención a cuestiones de inteligencia y logística durante las dos guerras mundiales y más concretamente a la Operación Torch en 1942); (3) el contencioso diplomático con España en la segunda mitad del siglo XX; y (4) las políticas de los gobernadores militares, como responsables y principales promotores (makers) del carácter británico (britishness) de la plaza (con un interés muy particular en sus relaciones con los distintos grupos de la sociedad civil gibraltareña). El tratamiento de estos temas, dependiendo de los autores y de las épocas, ha variado en rigor, poniéndose en mayor o menor medida al servicio de la gloria del imperio o del cuestionamiento —en el caso de la literatura militar existente en los dos primeros temas— del valor estratégico de la plaza con los avances del armamento moderno. Respecto al tercer y cuarto tema, durante mucho tiempo predominó respectivamente la condescendencia —cuando no el desprecio— hacia la debilidad española, así como el "exotismo simpático" hacia la población local. Obras clásicas publicadas en la década de mayor intensidad del

contencioso en el siglo pasado (Stewart, 1968; y Hills, 1974) marcaron el contraste de identidades entre centro y periferia en la descripción de los naturales de la colonia (llamados escorpiones)[1]. Posteriormente, cambiaría la perspectiva hacia una mayor empatía y comprensión hacia los gibraltareños.

En segundo lugar, siguiendo con los tópicos, la relación entre Gibraltar como tema y el nacionalismo español en el siglo XX ha suscitado un interés en nuestro lado de la frontera espoleado por coyunturas concretas (véanse, por ejemplo, las polémicas intelectuales sobre la Guerra europea de 1914, la dudosa posición de la dictadura franquista en la Segunda Guerra Mundial o su política exterior posterior). La literatura producida en esos contextos se ha interpretado en dos sentidos: afirmativo en el "ejercicio total de soberanía"; y negativo, con un significado de agravio y revancha (Sepúlveda, 1995: 11-32; 1996: 79-100; 2004: 270-280). Comenzando por esta última orientación, habría que incluir la extensa publicística cuyo estudio completa el dibujo del peligro inglés en los mapas mentales de la anglofobia de un sector del espectro del conservadurismo español. De hecho, Gibraltar también es un tópico de la literatura antimasónica en España, expresión del oprobio infligido por la pérfida Albión. El Peñón fue representado como una caverna lúgubre, refugio de "religiones impías" o del mismísimo Satán (Ferrer Benimeli, 1982: 59).

Pero también existe una orientación de este tema más transversal ideológicamente, compartida por sectores progresistas y que, con una retórica diplomática, sigue a vueltas con la soberanía desde el tratamiento bilateral del contencioso. Esta posición fue reformulada apuntando a la (muy controvertida) trilateralidad para la resolución del conflicto, con la entrada en el nuevo milenio y la efeméride del tricentenario de la conquista inglesa de Gibraltar. Me refiero a obras sobre el contencioso que no son estrictamente de historia y que, desde una perspectiva legal actualizada, estudiaban un problema político y sus posibles soluciones desde una interpretación flexible del Tratado de Utrecht y en el marco de la Unión Europea (Izquierdo Sans, 1996; véase también Salgado, 1999). El horizonte legal estuvo, pues, muy presente en esa coyuntura en varios títulos dirigidos tanto al público general como especializado (dos ejemplos: Leguineche, 2002, y González García y del Valle Gálvez, 2004, cfr.

con la más reciente y reivindicativa de García Margallo y Eguidazu, 2021).

En tercer y último lugar, habría que dimensionar la propia narrativa histórica de los gibraltareños a partir de una serie de hitos. Por un lado, la historia de los asedios fue no solo revisitada sino también experimentada por la denominada closed frontier generation (la generación que creció con el cierre de la verja desde 1969 hasta 1982, fecha de su apertura peatonal). Por otro, sería erróneo llegar a la conclusión de que la identidad gibraltareña se ha construido exclusivamente desde una historia defensiva del peligro español, que amenazó con un improbable proceso bilateral de descolonización ante la ONU. Para el general William Jackson, gobernador de la colonia entre 1978 y 1982, la política española de cierre fue lo que permitió a los gibraltareños "encontrarse a sí mismos" (Jackson, 1987: 319). El aislamiento impuesto por Fernando María Castiella (1907-1976) entre los gibraltareños y sus vecinos fue una medida no tanto de presión como de castigo a la población que en el referéndum de 1967 se manifestó orgullosa de "ser gobernada por una democracia y no por un dictador fascista. Larga vida a nuestra graciosa reina" (Proud to be ruled by a democratic government than by a fascist dictator. Long Live our Gracious Queen).

En realidad, los gibraltareños comenzaron a pensar y querer escribir su propia historia mucho antes. Una historia compartida con la de sus vecinos, pero también marcada por la pertenencia a un imperio. De hecho, las experiencias de alteridad vividas y sufridas durante la Segunda Guerra Mundial fueron un punto de inflexión. Algunos historiadores incluso se refieren al "mito fundacional de la evacuación" (Stockey, 2009: 183). Unos 16.000 gibraltareños tuvieron que ser evacuados a Jamaica, Madeira, Londres y al norte de Irlanda en un azaroso y precario periplo que se inició en mayo de 1940 (Finlayson, 1991; Gingell, 2012, 2018). Los traumas de la evacuación y del posterior regreso a un Gibraltar distinto al de antes de la guerra (Ellicott, 1975), que no fue fácil y se demoró más de lo deseado, terminaron de movilizar políticamente a la clase media gibraltareña para la renegociación de su estatus bajo la administración británica. En este sentido, la necesidad de los gibraltareños, como la de todas las sociedades, de pensarse a sí

mismos en términos de alteridad e hibridez con sus vecinos ha posibilitado un avance en el conocimiento de la evolución socio-histórica de Gibraltar. La revista local creada por Tito Benady en 1993, Gibraltar Heritage Journal[2], ha publicado un amplio espectro de trabajos que —solo por citar algunos aspectos— estudian la demografía, las relaciones interétnicas y religiosas, sus órganos de expresión, la movilización cívica o los impactos locales del despliegue de la fuerza militar y sobre todo naval. Los trabajos, por citar los casos más conocidos, de Tito Benady, Tom Finlayson, Tito Vallejo, Joseph Garcia o Richard Garcia han permitido arrojar luz sobre los aspectos sociales, económicos y culturales que han cimentado la naturaleza tan idiosincrática de Gibraltar. En este apartado, merece mención el potente desarrollo de recursos de historia digital local[3].

De hecho, la literatura sobre Gibraltar y su historia es vastísima, como puede acreditar una visita a la Garrison Library en el Peñón. Con todo, el panorama de estudios al respecto ha experimentado cambios relevantes en las últimas décadas. Este trabajo toma en préstamo gran parte de sus temas y enfoques. Destacarían, en este sentido, proyectos de investigación y obras anglófonas que —con un enfoque transnacional y una perspectiva superadora del paradigma del conflicto— dirigen una mirada distinta al acervo gibraltareño. La línea de investigación que iniciaron hace más de dos décadas en la Universidad de Lancaster, Martin Blinkhorn y Stephen Constantine, fue seguida luego por trabajos innovadores en cuanto a temáticas y enfoques como los de Gareth Stockey y Chris Groccot. También cabría citar aquí las aportaciones de Jennifer Ballantine Perera, una de las académicas gibraltareñas más relevantes, en su condición de directora de la Garrison Library y del Institute for Gibraltar and Mediterranean Studies (Universidad de Gibraltar). Sus investigaciones recientes, junto a Andrew Canessa, han tenido como marco el proyecto de la Universidad de Essex Bordering on Britishness: An Oral History of Gibraltar in the 20th Century.

También me gustaría poner aquí algunos ejemplos de literatura especializada producto de la investigación española desde hace varias décadas. Cabría mencionar los Congresos Internacionales del Estrecho celebrados en Ceuta en los años ochenta (Ripoll Perelló, 1987) y las investigaciones desarrolladas por universidades

andaluzas, especialmente las de Sevilla y Cádiz, sobre el funcionamiento del contrabando en el siglo XIX (Sánchez Mantero, 1985, 1989), las relaciones de la colonia con el exilio liberal, la masonería y los viajes transatlánticos (Delgado Idarreta y Morales Benítez, 2014), las repercusiones de la Primera Guerra Mundial (García Sanz, 2011), la guerra civil española (Ponce, 2009) o la Segunda Guerra Mundial (Escuadra Sánchez, 1997). De relevancia resultan también las iniciativas llevadas a cabo por las redes de estudio regional o publicaciones periódicas como la Revista de estudios campogibraltareños, Almoraima, clave para la recuperación de una memoria compartida con los gibraltareños o yanitos/llanitos[4], en la que la presencia británica se toma como un rasgo cotidiano del paisaje local. Las historias de Gibraltar en el siglo XXI han introducido, además, nuevos enfoques y diversificado sus fuentes (también para el estudio de la cuestión de Gibraltar con publicaciones como Cuadernos de Gibraltar-Gibraltar Reports de la Universidad de Cádiz).

Además, esta breve historia que el lector o lectora tiene entre sus manos ha de reconocer su deuda con proyectos de investigación ya concluidos, como el dirigido hace más de un decenio por Rafael Sánchez Mantero desde la Universidad de Sevilla "Gibraltar. De fortaleza a colonia" (HUM2005-00858), o el actualmente en curso "EtniXX-Discursos y Representaciones de la Etnicidad: Política, Identidad y Conflicto en el Siglo XX" (PID2019-105741GB-I00). Pero, sobre todo, es de justicia reconocer las aportaciones a esta obra de las historias referenciales de Gibraltar publicadas en inglés por autores como Constantine (2009), Stockey (2009) y Grocott y Stockey (2012), de las que se toman numerosos datos. Esta literatura, por supuesto, encuentra valioso contrapunto y complemento en las contribuciones de autores campogibraltareños como —entre otros— Juan Manuel Ballesta Gómez (2005) y Juan José Téllez (2005, 2013). Sus trabajos literarios dialogan fructíferamente con la historia, constituyendo aportes culturales que desvelan mimbres singulares del denso tejido sociohistórico de Gibraltar y su Campo. La anécdota adquiere en estos últimos casos una gran capacidad heurística en el descubrimiento de lo histórico vivencial.

Además, en este libro se recogen y referencian los resultados de un

amplio elenco de investigaciones de muchos más autores, que ayudan a componer un relato a la altura de la multiplicidad de facetas humanas y materiales que hacen de Gibraltar “un singular producto de la historia” (Ponce, 2009: 15). Han servido a este propósito trabajos publicados en revistas científicas españolas e internacionales, por poner solo algunos ejemplos como Ayer, Historia Contemporánea, Sefarad, Mediterranean Historical Review, Journal of Contemporary History, European History Quaterly, The Journal of Imperial and Commonwealth History, Social History, The History of the Family, The Journal of Historical Sociology, English Historical Review, Anthropological on European Cultures, Economy and Society, etc.

2. Trans-Gibraltar

Por todo lo ya referido, Gibraltar siempre ha tenido quien le escriba y en distintos idiomas, desvelando no solo su historia sino también su "corazón" o idiosincrasia (Téllez, 2013). Y, como ha quedado patente, hace tiempo que las viejas historias en tres versiones fueron relevadas por una sola, la de un orden regional: trans-Gibraltar. Un término muy oportuno acuñado recientemente en una excelente historia de las fronteras en el estrecho de Gibraltar (Pack, 2019: 14). Trans-Gibraltar es definido por su autor como un espacio trabado de redes de "autoridades políticas locales, figuras cívicas y agentes de múltiples imperios: Gran Bretaña, Francia, España, Marruecos y Alemania [...]; numerosos clanes, tribus, bandidos, migrantes, marineros y redes comerciales marítimas y terrestres; y gobiernos de lejanas capitales imperiales, comprometidos en un posicionamiento estratégico en el Estrecho y sus alrededores" (ibídem: 14). Según esta lógica preñada de transferencias de naturaleza muy diversa, Gibraltar y el Estrecho al que da su nombre constituyen en sí mismos "una de las fronteras más paradigmáticas del mundo moderno". La frontera crea un paisaje y experiencias comunes. Imágenes del Peñón como la de una fábrica operada por obreros españoles, los llamados "especiales" por beneficiarse de mejores condiciones que sus homólogos en el Campo, o del contrabando como un "elemento unificador de dos comunidades unidas por un interés económico mutuo" ilustran la naturaleza excepcional de dicha frontera (Stockey, 2009: 14-16, 32).

Como se verá en los tres primeros capítulos de esta historia, la plaza británica de Gibraltar fue el corazón que bombeó económicamente las principales arterias de comunicación entre los enclaves costeros y de interior en Andalucía y el norte de África. Esa función generadora de interdependencias y que nunca fue unidireccional, no solo se hizo crónica, sino que fue dimensionada por la apertura del canal de Suez en 1869. Por un lado la India, como nueva joya de la corona, quedó plenamente integrada en el sistema británico y,

por ende, mundial de comunicaciones. Por otro, a su papel de nudo gordiano en la encrucijada Europa-África, Gibraltar añadió el de broche de apertura y/o cierre en los flujos Oriente-Occidente y viceversa. Esa condición proporcionaría una valiosa ventaja estratégica a Gran Bretaña respecto a sus potenciales enemigos navales y competidores comerciales. Ventaja que se demostró de gran importancia con la actuación de la flotilla de bloqueo estacionada en las aguas de la colonia durante la Primera Guerra Mundial. Los alemanes tomarían nota de ello. Durante la Segunda Guerra Mundial, Gibraltar fue objetivo de la fallida Operación Félix, supuestamente diseñada por el Reich para acabar con la superioridad que la posesión del Peñón otorgaba a los británicos. Un plan que nunca se llevó a cabo, al contrario que la decisiva Operación Torch. Curiosamente en 1942, el mismo año del desembarco aliado en el norte de África, se puso en marcha un programa de repoblamiento de la colonia de macacos en el Peñón. En aquellas circunstancias era mejor no poner a prueba el fundamento de los malos augurios de la superstición, según la cual el día que se vayan los monos de Gibraltar lo harán acompañados de los emblemas de la Union Jack. El programa de repoblación y conservación de la especie sobrevivió a la guerra y se prolongó en el tiempo. Probablemente los monos no abandonen nunca el paisaje del Peñón, ni los mitos los mapas mentales sobre el mismo.

Pero, pese a los esfuerzos de control de las autoridades británicas de la vida y los movimientos de sus habitantes, humanos o no, lo cierto es que el Peñón es un lugar natural e inevitablemente de tránsito. No puede entenderse la dialéctica regional, entre jurisdicciones territoriales y movilidad de personas y mercancías, sin atender a la función que desempeñó la colonia como refugio de piratas y contrabandistas, exiliados políticos, masones y reaccionarios, intelectuales y artistas o emigrantes económicos que, en un momento u otro, de una forma real o simbólica, intentaron escapar del alcance del poder estatal (Pack, 2019: 18-19). Y eligieron Gibraltar, más allá de razones de proximidad o distancia geográfica, precisamente porque allí ese poder se desdibujaba. Durante mucho tiempo solo existió la autoridad tan visible como eficaz del gobernador. Una figura que se vio más de una vez entre la espada de Londres y la pared del Peñón. No siempre era fácil cumplir con la política que se esperaba del representante de la corona y, al

mismo tiempo, satisfacer las demandas locales. Uno de los ejemplos más conocidos de los pulsos mantenidos entre la Gobernación de la colonia y la clase adinerada de Gibraltar fue lo sucedido con la postura del general sir Robert Gardiner, entre 1848 y 1856, sobre el contrabando.

Por lo general, la regulación del movimiento de lo visible, personas y mercancías, pero también de lo invisible, enfermedades, ideas y creencias, representó un auténtico quebradero de cabeza para la administración británica. La que durante siglos había sido una especie de tierra de nadie se convirtió a partir de la década de los años treinta del siglo XIX en un escenario prioritario de control biopolítico (ibídem: 35). Había que regular el acceso y derecho de residencia en la recién estrenada colonia de Su Majestad. Se impuso además un draconiano, y al mismo tiempo poco eficaz, control demográfico para proteger las esencias de la interpretación normativa de la identidad británica (anglosajona y protestante). Se trataba de evitar que grupos considerados como "clase indeseable" (undesirable inmigrants) se beneficiasen del derecho de ius soli, por el cual los nacidos en los territorios de Su Majestad se convertían automáticamente en sus súbditos. Los esfuerzos de Gran Bretaña hasta entrado el siglo XX para preservar el acomodo de sus nacionales a una determinada imagen racial fue constante mediante artefactos legales como las Aliens Acts, aplicadas tanto en la metrópolis como en las colonias. Estas pretensiones implicaron categorizar, etiquetar y excluir a grupos de personas con prácticas de Estado discriminatorias. Por ejemplo, si una mujer gibraltareña casada con un extranjero (frecuentemente español) daba a luz en el Peñón, su marido perdía automáticamente el permiso de residencia. Ese trato diferencial aplicado sobre los residentes y vecinos de Gibraltar sería fuente de tensiones y desencuentros con los gobernadores de la colonia porque "el amor no conoce fronteras" (Constantine, 2009: 98-110). Pese a todo, los lazos afectivos y familiares entre los gibraltareños y sus vecinos continuaron siendo muy intensos hasta el cierre de la verja. Los intentos de crear una sociedad estanca y homogénea en la colonia no solo chocaron frontalmente con lo que algún autor ha denominado el poder del amor, sino con la lógica de trans-Gibraltar. Con todo, la entrada en el siglo XX evidenció la existencia de tres Gibraltares con relaciones asimétricas entre sí: (1) el británico de mayor estatus, (2) el de la

mayoría de la población local, excluida de la vida política; y (3) el de la élite local de negocios que "vestían como ingleses, comían y bebían como ingleses" y gozaban de privilegios como "parte del proceso de control imperialista" (Stockey, 2009: 28).

Pero, pese a las barreras y exclusiones fuera y dentro de la colonia, las dinámicas regionales siempre fueron mucho más fuertes que las concepciones británicas sobre las diferencias nacionales o entre pueblos. Desde el siglo XVIII quedó fijada "la importancia cultural global de la política local de Gibraltar y las formas en que los británicos protestantes, los judíos del norte de África, los musulmanes, los italianos y los españoles interactúan allí" (Plank, 2013: 350). Es ese rasgo, el de la interacción y el movimiento entre lo visible y lo no visible, junto a los contrastes mantenidos de forma constante en el tiempo lo que explica el poder de atracción magnética del Peñón sobre propios y extraños[5]. Son muchos los viajeros que han transitado por su geografía real o imaginaria, contribuyendo a hacer de Gibraltar un personaje literario con entidad histórica propia. Por sus calles, por poner solo algunos de numerosos ejemplos icónicos, pasearon estadistas como Winston Churchill (1874-1965), miembros de la realeza (y no solo de la británica), como el negus de Etiopía Haile Selassie (1892-1975), el hermano del mismísimo Franco, Ramón (1896-1938), el economista neoliberal y premio nobel Friedrich Hayek (1899-1992), estrellas del Hollywood clásico como Orson Welles (1915-1985) y Ava Gardner (1922-1990), y exponentes contraculturales como Yoko Ono (1933) y John Lennon (1940-1980) (quienes contrajeron matrimonio en el Peñón, como también la pareja de cantantes españoles Ana Belén y Víctor Manuel).

No cabe duda de que el carácter cosmopolita, multiétnico y multilingüe de Gibraltar está en su propia esencia, en la de los propios gibraltareños, forjadores de lo que algunos han denominado una especie idealizada de local spirit of "convivencia" (Haller, 2000: 10). Tampoco es casualidad que una de las citas literarias más célebres sobre Gibraltar, el monólogo de Molly Bloom en el Ulises de Joyce trascienda del personaje a una geografía tan particular como universal: la de los que permanecen en continuo tránsito pese a las fronteras y a las puertas o verjas que se abren y cierran[6]. Es ese espacio transfronterizo y fluido donde habitan

comerciantes y contrabandistas, viajeros y literatos, masones y revolucionarios, predicadores y pedagogos, católicos y protestantes, judíos y musulmanes, sindicalistas y reaccionarios, soldados y marinos, el que aspira a condensar esta historia de la caleidoscópica Gibraltar.

CAPíTULo 2

La llave del Mediterráneo se la queda Inglaterra

"¿Qué sucederá del comercio de los ingleses y de los holandeses… si [Luis XIV] manda fortificar Gibraltar, mantiene allí una fuerte guarnición, con una fuerte escuadra de galeras y buques de guerra? […] el Estrecho quedará cerrado del todo".

Guillermo III de Inglaterra y estatúder

de Holanda (1650-1702), en Hills (1974: 189)

"Gibraltar ha sido descuidado vergonzosamente, como si fuera a perderse, porque yo tuve el honor de tomarlo, pero cuando eso suceda se convertirá en un puerto francés y una guarnición. Y será una espina en el lado de Inglaterra y Holanda, y de todo el mundo comercial, mientras el sol y la luna existan".

George Rooke, Carta XIII (1705),

en Broadley (1913: 70)

1. Gibraltar en guerra. La puerta (que no fue) de entrada a España

Durante siglos la violencia conquistadora compuso un elemento más de un Estrecho "donde los mares, los continentes, los hombres se encuentran, se cruzan, se rechazan, se mezclan entre los potentes remolinos que agitan sin fin pueblos y aguas" (Baudis, 2012: 127)[7]. Al margen de descripciones enraizadas en el mito o de licencias poéticas, los acontecimientos históricos que explican el inicio de la presencia británica en Gibraltar no pueden comprenderse sin el juego permanente de equilibrios entre actores y fuerzas internacionales, que gravitaron sobre un lugar expuesto a "la amenaza constante de violencia que, ocasionalmente, estalló en guerras" (Pack, 2019: 14). Esto último, tras varios amagos en el siglo XVII, sucedió con la guerra de sucesión española (1701-1713). En el verano de 1704 se llevó a cabo el undécimo asedio sobre Gibraltar, contando desde que el Estrecho se convirtiera en punto neurálgico de la Reconquista castellana durante la Edad Media. Aquel no sería el último de los asedios vividos en el Peñón, pero sí el de efectos de mayor trascendencia y perdurabilidad en el tiempo.

El testamento del enfermizo Carlos II (1661-1700) a favor de Felipe D'Anjou (1683-1746), nieto de su hermana María Teresa (1638-1683) y de Luis XIV (1638-1715), desencadenó una guerra civil entre dos modelos de monarquía: la centralista de los Borbones en Francia y la confederal de los Habsburgos en Austria. Los castellanos apoyarían a los primeros, mientras que los aragoneses y catalanes a los segundos. De un lado, el todopoderoso ejército del Roi Soleil (Rey Sol) luchaba por los derechos de su nieto y por mantener la posición de hegemonía europea, de la que había despojado a la corona española tras la Paz de los Pirineos (1659). De otro, la alianza internacional liderada por las coronas de Inglaterra y Holanda, secundadas por Portugal y Saboya, se aglutinaron en torno a la causa del archiduque Carlos de Austria (1685-1740). Un Habsburgo en Madrid resultaba mucho más

conveniente para la defensa de los respectivos imperios comerciales de ingleses y holandeses, en pugna contra el proteccionismo económico de los Borbones.

1.1. Ese rocoso (y escarpado) objeto del deseo

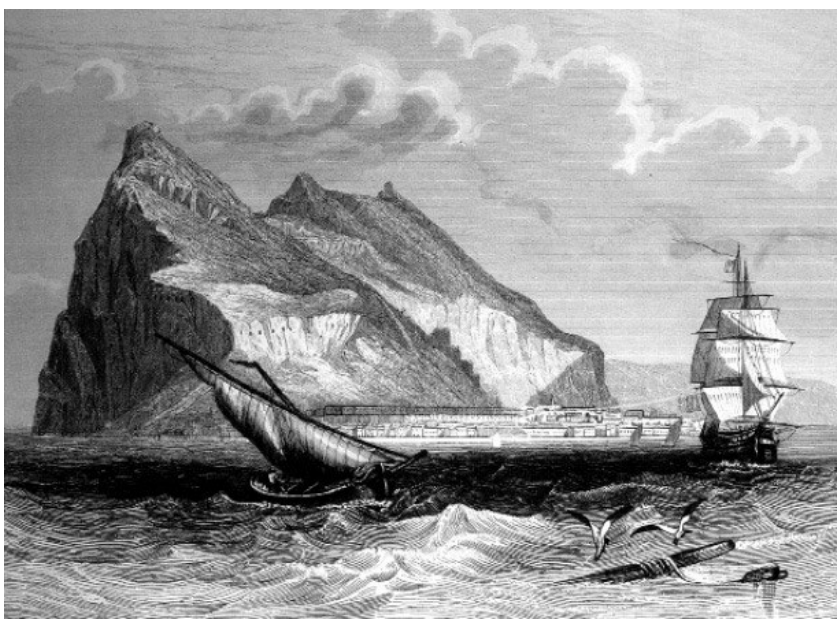
En un más que complicado siglo XVII para la monarquía hispánica, Gibraltar —como otros puertos del litoral andaluz— sufrió los rigores de la guerra y su destructivo impacto a nivel local. La plaza española no solo estuvo expuesta a la amenaza de la piratería de Berbería, también a los ataques navales de holandeses, ingleses y franceses. Los holandeses, por ejemplo, dispararon sus cañones contra el Peñón durante la guerra de los Ochenta Años (1568-1648). Su rebeldía contra el rey de España puso en jaque la ruta de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales hacia el Mediterráneo oriental. En 1607 una flotilla holandesa bombardeó a la española fondeada en aguas de Gibraltar[8].

Con todo, fueron los ingleses los más perseverantes a la hora de poner contra las cuerdas a la flota española. En 1655 su Lord Protector, Oliver Cromwell (1599-1658), encomendó a sus "generales en el mar" Robert Blake (1598-1657) y Edward Montague (1625-1672) bloquear el acceso al Estrecho de la flota de Indias y hacerse con todos los tesoros que transportaba. Cuando aquella misión fracasó, Cromwell sugirió sin éxito a sus almirantes que atacasen Gibraltar. Su propósito no era solo favorecer los intereses del comercio inglés con la toma de ese puerto estratégico, sino, cómo no, llevar a cabo una acción de "fastidio para los españoles" (Hills, 1974: 165).

Unos años más tarde, los franceses atacaron Gibraltar durante las campañas navales de la guerra de los Nueve Años. El ataque de la escuadra del Mariscal Anne-Hilarion de Costentin, conde de Tourville (1642-1701), cuyo objetivo eran unos navíos ingleses refugiados en el puerto gibraltareño en 1693, constituye el precedente más cercano a lo que sucedería en agosto de 1704. En aquella ocasión fue necesario evacuar a la población civil del

Peñón, que se refugiaría en la parte más meridional de la ciudad-fortaleza. Las crónicas narraron el traslado de las monjas del Convento de Santa Clara a la ermita de Nuestra Señora de Europa (Gómez de Avellaneda Sabio, 2007: 374). Los edificios religiosos, ya fueran como refugio o lugar de culto, han estado siempre presentes en la historia de Gibraltar. Su paisaje arquitectónico, además del típico de una plaza fortificada de la época con torres, murallas y fosos, era el de una ciudad piadosa con más de 30 edificios religiosos, entre capillas, ermitas, parroquias y conventos (Ballesta, 2008: 199-212)[9].

En general, más allá de los ataques de piratas y armadas hostiles a la corona española, la vida cotidiana dentro de la fortaleza siempre resultó muy dura para los civiles. De hecho, con anterioridad a 1704, la población de la plaza hacía gran parte de su vida en el Campo dedicándose a actividades agropecuarias, a las bodegas y molinos y, en menor medida, al comercio marítimo: “Gibraltar era la ciudad dormitorio a donde regresaban los trabajadores después de la jornada laboral en el Campo” (Ballantine Perera, 2008: 85).



Grabado de Gibraltar visto desde el sur, de Florián de Ocampo.

Fuente: Las glorias nacionales: grande historia universal de todos los reinos, provincias, islas y colonias de la Monarquía Española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852 / Wikimedia Commons.

1.2. La dudosa conquista de una fortaleza inexpugnable

Las primeras instrucciones de Luis XIV al Consejo de Regencia en España, cuando se hizo público el testamento de Carlos II, consistieron en reforzar la seguridad de los puertos importantes en el control del Estrecho: Cádiz, Gibraltar y Málaga. Sin embargo, a su llegada a Madrid, su nieto Felipe daría prioridad a la organización de la nueva corte castellana. Por el contrario, la coalición internacional que apoyaba al pretendiente austriaco se movilizó rápido desde el mar. El controvertido George Rooke (1650-1709) fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales de la alianza.

Por entonces, Rooke contaba en su haber sonadas derrotas frente a los franceses, pero también importantes éxitos como en La Hogue (1692). Su objetivo no era otro que doblegar al poderoso ejército francés tomando puertos estratégicos en la Península. Tras un primer intento fallido sobre Cádiz en 1702, Rooke hundió la flota de Indias en el puerto de Vigo en su ruta de regreso a Inglaterra[10]. Un año más tarde, el comandante regresaría con la expedición encargada de trasladar al archiduque Carlos, Carlos III, a España. Tras una intentona fallida de desembarco en Barcelona, probaría de nuevo en el estratégico litoral andaluz. En julio de 1704 concentró su flota de más de 60 barcos y 3.000 cañones en la bahía de Gibraltar. Además, dispondría de un cuerpo de infantería de marina para el desembarco, integrado por alrededor de 2.000 holandeses y británicos. Al mando de ellos se encontraba el príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt (1669-1705), en calidad de representante del aspirante austriaco.

Son muchos los aspectos tan controvertidos como dudosos que rodean el asedio y la conquista de Gibraltar por parte de la

coalición internacional en 1704, de los que se ha hecho eco especialmente la historiografía local (Sáez Rodríguez, 2015: 27-52)[11]. Una de las cuestiones más discutidas atañe al estado defensivo de la fortaleza y ciudad de Gibraltar. El 1 de agosto Diego de Salinas (1649-1720), máxima autoridad militar de la plaza y representante del rey, recibió un ultimátum de la flota enemiga. Ante su negativa a aceptarlo, durante unas pocas horas de la noche, más de 15.000 cañonazos fueron lanzados contra la ciudad-fortaleza. Aunque los testimonios difieren en las cifras aportadas, el Peñón habría dispuesto en esa tesitura de una guarnición escasa y de unos 100 cañones para su defensa. En particular, relatos coetáneos refieren la existencia de cinco compañías de los tercios de Jaén y Murcia, "todas con muy poca gente" (ibídem: 35). Además, habría que contar los 4.000 civiles de una población menguada por las epidemias del siglo XVII y los efectos de la emigración hacia el interior por la crisis. De ellos, aproximadamente 1.000 podrían haber tomado las armas contra el invasor. Las condiciones de visibilidad en la fortaleza incluso habrían permitido dar señal de peligro, quemando leña desde lo alto de las torres y tañendo las campanas. Tanto los barcos enemigos como las incursiones terrestres por el litoral pudieron ser anticipados (De Vicente Lara, 2007: 70).

Cuando tronaron los cañones y tal como sucedió en 1693, mujeres y niños fueron trasladados hacia la parte sur. Precisamente siguiendo ese patrón de evacuación terminaron quedando expuestos a las fuerzas de ocupación, una vez se produjo la voladura del fuerte del Muelle Nuevo. Los capitanes William Jumper (?-1715) del HMS Lennox y Jasper Hicks (?-1714) del HMS Yarmouth atacaron con 200 hombres la Torre del Tuerto, que estaba siendo defendida por varias decenas de soldados y vecinos. Pero justo cuando los invasores rebasaron los muros estalló el terreno bajo sus pies. El polvorín del fuerte había sido minado (también se ha especulado con un accidente). Con la llegada de los refuerzos del capitán Edward Whitaker (1660-1735) del HMS Dorsertshire, los ingleses lograron interceptar a la población gibraltareña evacuada. Y no solo se hicieron con un valioso botín humano también con los tesoros de la capilla de Nuestra Señora: "doce lámparas de plata, candelabros, atriles, coronas, gemas y vasos de consagrar, los vestidos de muchas familias que se habían retirado allí y cuando no hubo nada más que

robar, rompieron la cabeza de la imagen tan venerada en España y el Niño Jesús y lo arrojaron entre las piedras. Este botín, que incluía obras de arte donadas por Andrea Doria y la tía de Fabricio Colonna, fue a continuación robado a los marineros por los oficiales 'quienes se lo repartieron'" (Hills, 1974: 202).

Tras el éxito de la incursión terrestre, Hesse solicitó nuevamente la rendición de la fortaleza. De Salinas, después de reunir al cabildo de la Muy Noble y Más Leal Ciudad de Gibraltar, claudicó con condiciones[12]. Las más importantes tenían que ver con las garantías sobre la integridad de mujeres y niños ante posibles desmanes de la soldada angloholandesa (Jackson, 1987: 98). Su historial de abusos en anteriores incursiones en puertos vecinos como el de Rota o el Puerto de Santa María eran de infausto recuerdo para la población local.

De ese modo, el 4 de agosto el almirante Rooke conquistó la plaza para Carlos III, aunque izaría sobre la Torre del Hacho —según la costumbre naval— la bandera inglesa[13]. A las fuerzas de ocupación solo les costó hacerse con Gibraltar unas horas de bombardeos, 69 bajas mortales y 207 heridos. Hay quien sostiene que la posición española podría haber perfectamente resistido de haber esperado al auxilio del Capitán general de Andalucía, Francisco del Castillo Fajardo y Muñoz, marqués de Villadarias (1642-1716). Pero, como se ha señalado, serían razones distintas a las estrictamente militares las de mayor peso en las circunstancias de la rendición española: Diego de Salinas y sus vecinos habrían priorizado la integridad de la población civil más vulnerable. Estaban convencidos de que pronto reconquistarían el Peñón.

En general, el grado sobre el que se cargan las tintas sobre el carácter voluntario del abandono de la fortaleza (para unos honrosos y para otros prematuro) o sobre la inmoralidad del chantaje británico, usando como moneda de cambio a mujeres y niños, varía según en qué lengua se escriba la historia de Gibraltar. Hay quien señala que las mujeres fueron trasladadas por los ingleses para evitar abusos de las tropas sobre ellas, mientras otros apuestan por un acto de exhibición de los rehenes ante los gibraltareños que defendían la fortaleza. En cualquier caso, no deja de ser llamativo que, una vez consolidada la posesión inglesa sobre el Peñón, no se

pusiera en marcha un programa a gran escala para reforzar las defensas de un lugar tan fácilmente conquistado: “Hasta mediados del siglo XVIII solo se habían mejorado las baterías del frente norte, orientadas al istmo, y se había excavado y ampliado la laguna (inundation) que entorpecía el acceso terrestre a Gibraltar. El resto mantenía el esquema defensivo y las construcciones de los ingenieros españoles” (Sáez Rodríguez, 2015: 39).

1.3. Se van los últimos (españoles) de Gibraltar

Después del acuerdo con las fuerzas de ocupación, los gibraltareños que quisieron marcharse pudieron hacerlo —con todas sus pertenencias— en el plazo de tres días. La población local emprendió el camino de un breve éxodo, pero perpetuo exilio. Pese a que la élite aristocrática, o con más recursos, se refugió en sus dominios de Medina Sidonia, Ronda o la ciudad de Málaga, la mayoría de los vecinos optaron por establecer precarios asentamientos en los aledaños de la ciudad fortificada. Todos compartían la vana esperanza de que el marqués de Villadarias y el generalísimo de los Ejércitos de Castilla, Extremadura, Andalucía y Galicia, René de Froulay, conde de Tessé (1651-1725), culminasen con éxito el primer sitio franco-español para recuperar la plaza (1704-1705).

Los refugiados gibraltareños dieron origen a nuevas poblaciones en el Campo de Gibraltar, como San Roque junto a la ermita del mismo nombre y Los Barrios. También aquel exilio contribuyó a revivir localidades como Algeciras. Pero estas tres ubicaciones no fueron las únicas donde se asentaría la pequeña diáspora gibraltareña. Se ha rastreado su presencia en Botafuego, Benarás, Pimpollar, Ojén, etc. (Álvarez Vázquez, 2007: 53). La Iglesia jugó además un papel destacado a la hora de consolidar los nuevos asentamientos durante las campañas militares españolas que trataron de recuperar Gibraltar. Un ejemplo de ello es lo sucedido con la ermita de San Roque y el establecimiento de un hospital militar (ibídem: 55). Pero aquí, como en tantos episodios relativos a lo sucedido con los gibraltareños (antes y después de que abandonaran el Peñón), son

muchos los aspectos poco claros: bien por falta de documentación o por las contradicciones e inexactitudes de las crónicas y relatos posteriores. Conocidas son mitificaciones o falsificaciones tan famosas, que buscan remontarse a esta época, como la de la inscripción "Aquí lloré Gibraltar" del "ladrillo de Varela". Supuestamente el regidor Bartolomé Luis Varela, que custodiaba en su casa el estandarte y archivo de la ciudad, habría dejado en el camino hacia el exilio "una teja sobre la que inscribió la leyenda: 'Aquí lloré Gibraltar, agosto de 1704'" (Hills, 1974: 205-206). Pieza que cuentan llegaría a exhibirse en un museo municipal.

Con todo, algunas pistas de los primeros pasos de la comunidad gibraltareña en el exilio hallan trazabilidad en los avatares del cabildo de la ciudad en el Campo. Investigaciones de autores campogibraltareños han tratado de arrojar luz tanto sobre el origen de las nuevas poblaciones como sobre el papel de sus personajes notables e instituciones en ese traumático proceso de tránsito y adaptación. Sin embargo, las evidencias respecto a lo ocurrido con la vida municipal son también escasas y contradictorias. Así, por ejemplo, se han revisado algunas circunstancias relativas al famoso real despacho del 21 de mayo de 1706 que dirigiría Felipe V al cabildo de Gibraltar. Sobre este documento se han apoyado históricamente los orígenes de San Roque, como lugar de residencia de la leal ciudad de Gibraltar. El documento es una respuesta de la monarquía a las quejas recibidas por la paralización de la actividad del cabildo durante los primeros meses de exilio. Entre los dramáticos acontecimientos de 1704 y la primera sesión plenaria de los capitulares en el Campo, parece que en Algeciras transcurrieron casi dos años. Por entonces, De Salinas se había desplazado a Ceuta para organizar la defensa de la plaza ante la amenaza de sitio por el fundador del sultanato alauita, Muley Ismaíl (?-1727).

En las proximidades de Gibraltar, San Roque y Algeciras destacaron como centros de gravedad del proceso de reubicación y organización de la nueva vida de los exiliados. En este sentido, a través del estudio de las actas capitulares, se detecta una cierta continuidad institucional. Los notables de Gibraltar solían reunirse en las fincas que poseían en los términos de estas poblaciones. La mayoría de los cargos del cabildo, entre ellos los de los responsables de la custodia de armas y subsistencias, continuaron en las mismas

manos. Pero también, las circunstancias exigieron tomar decisiones sobre la organización comunal en el nuevo medio de habitación: sobre dehesas y cañadas, suministros marítimos y transporte en las cuencas de los ríos Guadarranque y Palmones (De Vicente Lara, 2007: 67-92). Los gibraltareños siempre habían estado unidos a su Campo y podría pensarse que disponían de más espacio y recursos, pero eso no significó que su vida fuera más fácil. Ni siquiera lo fue después de que Felipe V, tras la firma del Tratado de Utrecht (1713-1714), designara nuevamente un corregidor.

La política oficial consistió en concentrar a la población gibraltareña en una sola localidad. Sin embargo, pese a la adopción de medidas como la expulsión de las personas que habían llegado al Campo con posterioridad a los propios gibraltareños, estos últimos terminaron dispersándose y avecindándose en tres núcleos distintos San Roque, Algeciras y Los Barrios. Y aunque trataran de restablecer o rehacer sus vidas, los asedios contra la plaza y las guerras contra Inglaterra no acabaron en 1714. Los exiliados y sus descendientes, pese a las treguas y a la demanda de trabajadores de la guarnición inglesa, que les permitirían entrar de forma coyuntural en la plaza, vivieron durante mucho tiempo en una situación de provisionalidad y excepcionalidad.

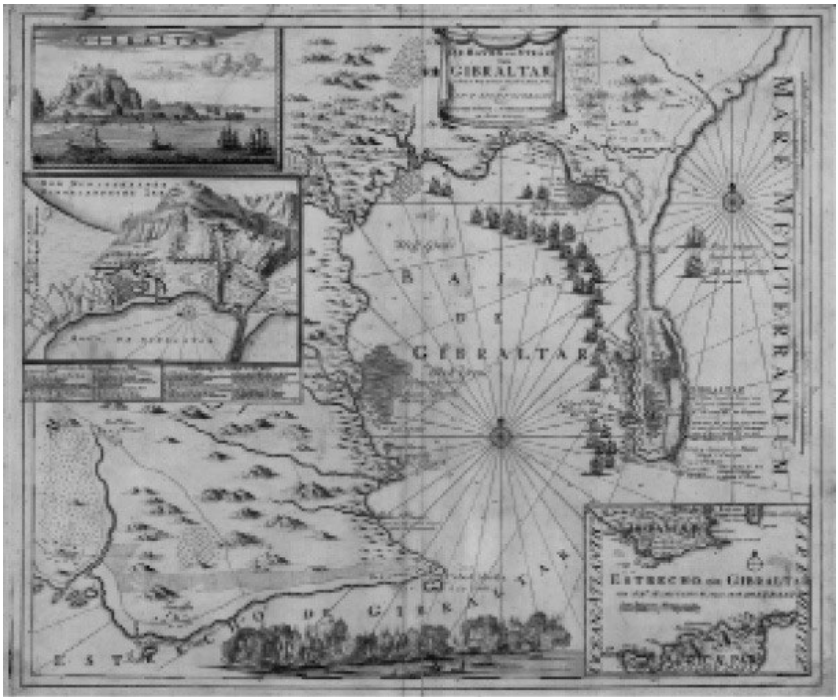
2. El bastión inglés

“El Rey católico por sí y por sus herederos y sucesores cede por este tratado a la corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y defensa fortaleza que le pertenece, dando la dicha propiedad absolutamente para que la tenga y goce con entero derecho y para siempre, sin excepción ni impedimento alguno. Pero para evitar cualesquiera abusos y fraudes en la introducción de las mercaderías, quiere el rey católico y supone que así se ha de entender, que la dicha propiedad se ceda a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial y sin comunicación alguna abierta con el país vecino por parte de tierra”.

Tratado de Utrecht

, art. X, 1713

Pocos días después del 4 de agosto de 1704, un periódico inglés describía la ubicación del puesto de avanzada que era Gibraltar, ensalzando sus ventajas militares y comerciales para el país. Durante el asedio español de 1705, proliferaron panfletos tories, canciones populares y arte visual que reproducían la idea de conquista de una roca inexpugnable. Pero también se levantaron voces escépticas en círculos periodísticos whig. Por ejemplo, el influyente John Tutchin (1660-1707) recordó el fracaso inglés en la ocupación de Tánger (1662-1684), cuestionando la capacidad de control del Estrecho exclusivamente desde la ribera europea (Planck, 2013: 347-348).



Mapa que muestra el asedio de Gibraltar durante la guerra

de sucesión española (1704-1705) dibujado e iluminado por Joannes Covens y Cornelis Mortier en 1730.

El mapa proporciona información sobre las fortificaciones, los lugares del puerto, los pueblos,

las montañas, etc.

Fuente: Institut Cartogràfic i Geològic de Catalunya (ICGC).

En abril de 1711, con el fallecimiento del emperador de Habsburgo José I (1678-1711), los británicos modificarían su posición sobre el conflicto por el trono de Madrid. El archiduque Carlos de Austria solo podría coronarse como Carlos VI en Viena si renunciaba antes a ser Carlos III de España. Su desistimiento se tradujo en la firma de la Paz en Utrecht (1713), con la cesión española de Gibraltar y

Menorca a los ingleses. A partir de ese momento, los desacuerdos partidistas sobre la relación entre costes y beneficios de la posesión del Peñón catalizaron el debate político en Inglaterra. Por un lado, daba la impresión de que no había consenso interno sobre los objetivos de la política exterior, ni sobre las relaciones con España, Francia o el sultanato marroquí. Por otro, lo mismo podría decirse del papel que iban a jugar los intereses comerciales en la estrategia nacional. De hecho, las incertidumbres sobre Gibraltar no se resolverían ni mucho menos después de 1713.

Para empezar, la cuestión de las fronteras quedó abierta. Las autoridades militares en la fortaleza consideraban que los límites podrían ampliarse hasta donde fuera necesario para garantizar lo conquistado. Al mando de la guarnición se encontraba la figura de un gobernador que representaba a S. M. Británica. Se trataba de un alto oficial del Ejército (de distinta graduación), cuyas decisiones tuvieron un gran impacto en la configuración social y económica del lugar y en las relaciones con la vecina España ya desde el siglo XVIII (Benady, 2009: 205-214)[14]. Lo cierto es que el ejército inglés se había encontrado en Gibraltar con un panorama desolador, con la mayoría de las casas destruidas por el bombardeo. Desabastecidos y sitiados, la tropa se encargó de saquear los edificios que aún quedaban en pie. Sin embargo, eso no era lo peor de aquel lugar.

El primer sitio hispanofrancés de 1704-1705 evidenció las relaciones de grave dependencia en cuanto a suministros de la plaza. La hostilidad española constituía un gran problema porque hacía descansar la viabilidad de la presencia militar en Gibraltar de los avituallamientos de la metrópolis. Más tarde, el artículo X de Utrecht contemplaría el comercio de subsistencia por mar entre Gibraltar y su Campo, pero este quedaba supeditado a la buena voluntad española (que lógicamente escaseó durante el conflictivo siglo XVIII). La supuesta falta de firmeza inicial del compromiso británico con la permanencia en un lugar como Gibraltar habría tenido mucho que ver con aquello. La navegación era arriesgada y los tiempos de llegada azarosos. Los suministros tardaban entre 30 y 40 días en alcanzar Gibraltar (Grocott y Stockey, 2012: 13).

En aquel entonces, para un sector de la opinión británica, el

Mediterráneo rimaba con piratería berberisca. Por eso, en 1720, el propagandista escocés Thomas Gordon (1691-1750) sugirió una relación simbiótica entre las acciones de pillaje de los musulmanes y los ingleses en Gibraltar. Aquella colaboración sería ventajosa para mantener la posición, controlar un importante nudo de comunicaciones y dañar a enemigos comunes. Pero las relaciones con Muley Ismaíl para garantizar los suministros a la plaza no fueron siempre fáciles. En 1716, los ingleses llegaron a diferentes acuerdos con Túnez, Trípoli y Argel y concederían privilegios en Gibraltar a sus agentes comerciales. De ahí que los primeros años de la historia inglesa de la fortaleza represente una privilegiada atalaya desde la que observar no solo las relaciones anglo-musulmanas, sino también el papel clave y mediador en el comercio de Berbería de la comunidad mercantil hebrea (Benady, 1979).

Aun así, para un sector de la sociedad whig, Gibraltar, con su "carácter mucho más mediterráneo que británico", seguiría siendo vista como una posición vulnerable y menos valiosa que Menorca (Planck, 2013: 348-349, 356). Los asedios españoles de 1704-1705 y 1727-1729 reafirmaron a quienes sostenían esa opinión. Durante las primeras décadas del siglo XVIII, Gibraltar constituyó una baza de negociación con España. Bajo el reinado de Jorge I (1660-1727), earl James Stanhope (1673-1721) la usó para tratar de alejar a la corona española de la Cuádruple Alianza de 1718 (Grocott y Stockey, 2012: 19-20). Coincidiendo con el asedio español de 1727, mientras más de 50 localidades inglesas expresaban ante el parlamento su apoyo a la defensa de Gibraltar, el Gobierno incluso barajó brevemente la posibilidad de llegar a un compromiso con los Borbones (Planck, 2013: 353). La monarquía hispánica a lo largo de la centuria siempre mantuvo abierta la puerta a una resolución política del "entuerto del Tratado de Utrecht". Propuso desde la compra del Peñón a su permuta por plazas en el norte de África como Orán, Mazalquivir o la isla caribeña de Santo Domingo (Leguineche, 2002, en Ramos Rovi, 2008: 24-25).

2.1. Los nuevos gibraltareños. Entre la salvación y la amenaza

Fueron varias las clases de dudas suscitadas en torno a la ocupación británica del Peñón durante su primera andadura. También se desconfió de los civiles que, pese a las duras condiciones de vida en la fortaleza, encontraron estímulos suficientes para continuar residiendo o establecerse en ella. Para empezar, no todos los españoles abandonaron la ciudad en 1704, ya que recibieron seguridades sobre el respeto a su integridad por parte del príncipe Hesse-Darmstadt (Constantine, 2009: 15). Un número de gibraltareños comprendido entre 70 y 120, entre ellos algunos frailes y sacerdotes, permanecieron en la plaza. Se barajan varias hipótesis para explicar las razones de una decisión tan minoritaria. Se ha apuntado hacia motivaciones materiales como la protección de sus propios bienes o las expectativas sobre el destino de las propiedades de los que se habían marchado. También se han dado razones de tipo ideológico como la lealtad hacia la dinastía Habsburgo. En el caso de los religiosos, además, hay que tener en cuenta la custodia de los templos, imágenes y demás objetos sacros. Pero cualesquiera que fueran sus motivos, todos ellos tuvieron que soportar condiciones durísimas al quedarse. Vivieron en un régimen militar y durante el asedio de 1704-1705 la comida escaseó y tuvo que ser racionada. Los españoles recibirían raciones de carne curada y productos secos al igual que la tropa (Benady, 2007: 109).

Estaba claro que la nueva Gibraltar del siglo XVIII requería de nuevos gibraltareños. Los ingleses necesitaban comerciantes para atender la demanda de suministros básicos y mano de obra para asistir en la reconstrucción de la ciudad y prestar servicios al contingente naval y militar estacionado. Esa demanda generó el singular ambiente y perfil demográfico de la plaza en estos años. En julio de 1705 el príncipe de Hesse-Darmstadt declaró el Peñón como puerto libre y, con efectos más decisivos, la reina Ana (1665-1714) haría lo propio en 1706. A partir de entonces los barcos de cualquier pabellón, siempre que trajeran suministros, no pagarían derechos sobre las mercancías cargadas en el puerto. El comercio —cumpliendo una función subsidiaria de la militar— fue un foco de atracción de personas y reviviría así el tejido civil de la plaza en muy poco tiempo.

Pero mientras las dudas sobre la supervivencia de la guarnición comenzaban poco a poco a despejarse, surgían otro tipo de incertidumbres. Gibraltar se representaba como "un lugar triste donde "no había nada que hacer […] [salvo] las diversiones ilegales de beber, bailar, orgías […] peor que Sodoma y Gomorra" (Gentleman's magazine, 1757 en Hills, 1974: 344). Desde las más altas instancias británicas (Privy Council) llegaría a la gobernación de la colonia la preocupación por una población local de "judíos, moros y papistas de diferentes naciones" con "consecuencias peligrosas para la ciudad" (Planck, 2013: 263). Y es que el perfil sospechoso de los nuevos habitantes del Peñón era resultado directo de las propias políticas británicas. Un censo militar de 1712 contabilizaba la existencia de 26 tiendas de comerciantes judíos en la calle principal de Gibraltar. Diez años más tarde la población de la colonia alcanzaba la cifra de 1.113 habitantes (Benady, 1997: 184). Destacaba la presencia, además de españoles (llegados después de 1704, incluyendo el séquito del príncipe de Hesse), de genoveses, portugueses, hebreos y musulmanes del norte de África.

Con todo, la posición de los españoles se fue deteriorando en Gibraltar a partir de 1725. Por entonces, Felipe V y el austriaco Carlos VI se habían puesto de acuerdo sobre su deseo de revisar algunos de los aspectos convenidos en Utrecht. Ante la perspectiva de una reanudación de las hostilidades, muchos españoles decidieron abandonar el Peñón. No estaban dispuestos a pasar por un nuevo asedio. Otros, por el contrario, tomarían las armas para defender Gibraltar de sus antiguos compatriotas. Los nuevos vientos de guerra llegaron con la interrupción de las comunicaciones terrestres y marítimas con España. Durante el asedio la parte norte fue la más afectada por los bombardeos que procedían del Campo. Pero la destrucción no fue tan generalizada en la ciudad como en el pasado.

Tras el fin de la ofensiva española, no todos los que se marcharon regresaron a la plaza. Algunos habían vendido sus propiedades antes de irse y otros ya no se sentirían igual de bienvenidos. Los 400 españoles, que constituían el 35% de la población gibraltareña en 1725, quedaron reducidos a 185 (representando solo 10% de la población en 1753). Esta última cifra se redujo aún más en el censo de 1777 (Benady, 2007: 111-112). Curiosamente, en ese mismo

censo, se registró la presencia de 62 menorquines. Durante el tiempo en que la isla mediterránea perteneció a Gran Bretaña se produjeron movimientos de personal militar y civil entre los dos territorios cedidos por España. Marineros y trabajadores menorquines de la construcción emigraron a Gibraltar. El padre Francisco Messa, fraile agustino que llegó desde la isla en 1773, ejerció de párroco en el Peñón hasta su muerte. De hecho, los religiosos menorquines fueron bien recibidos por los gobernadores, pues estos pensaban que podrían ayudar a crear una comunidad católica hispanohablante afín a los intereses británicos. Apellidos gibraltareños como Abrines, Aloy, Bacarisas, Coll, Dalmedo, Pons, Pratts o Serra tienen su origen en esta emigración mediterránea (Benady, 2017a: 330-332). Gracias —entre otros factores— a este flujo de población, no se produjo una pérdida demográfica en términos netos en las décadas centrales del siglo XVIII. Todo lo contrario, algunos autores refieren un proceso de "auténtica repoblación". El número de habitantes se triplicó entre 1725 y 1787, alcanzando la cifra de 3.386 (Grocott y Stockey, 2012: 16).

Pese a la amenaza de asedio, los negocios continuaron floreciendo. Durante las treguas la frontera con el Campo siempre volvía a ser fluida, con idas y venidas de españoles y gibraltareños bajo el atento escrutinio de los militares ingleses. El acceso principal era por Puerta de Tierra (Ballantine Perera, 2008: 73). Algunos gibraltareños pudieron incluso cruzar la frontera para disfrutar de los festejos taurinos celebrados en San Roque. Más complicado era pasar mercancías: "Cuando un sacerdote español pasó a predicar en Gibraltar y quiso ofrecerle un regalo al párroco de la ciudad, su pasaporte solo le permitía llevarle, excepcionalmente, un borreguillo y una gallina" (Benady, 2008: 136). Con todo, siempre existió una forma de sortear restricciones y sistemas de vigilancia sobre el tráfico de bienes a ambos lados de la frontera.

Los gobernadores desde su residencia oficial en el Convent (el Convento de San Francisco)[15] no solo impulsaron la actividad comercial en Gibraltar por el interés de la nación, también por el suyo propio. En este sentido, entre las primeras quejas presentadas a los inspectores de la armada británica en 1712, estuvo la del padre Balbuena. Este se lamentaba de cómo los gobernadores habían echado a sus hermanos franciscanos del convento,

apropiándose del mismo para su uso (Benady, 1995: 208). Tampoco fueron infrecuentes acusaciones más graves de corrupción contra los oficiales británicos. De hecho, el Ejército tuvo que abrir varias investigaciones por este motivo. El gobernador de la colonia tenía el control sobre los impuestos y licencias de negocio, exigiendo un pago —del que "nadie estaba exento"— en cada operación de compraventa "por pequeña que fuera" (Hills, 1974: 344). Por un lado, la disciplina castrense castigaba duramente la intoxicación etílica. Por otro, los ingresos por importación de bebidas alcohólicas resultaban tentadoramente suculentos.

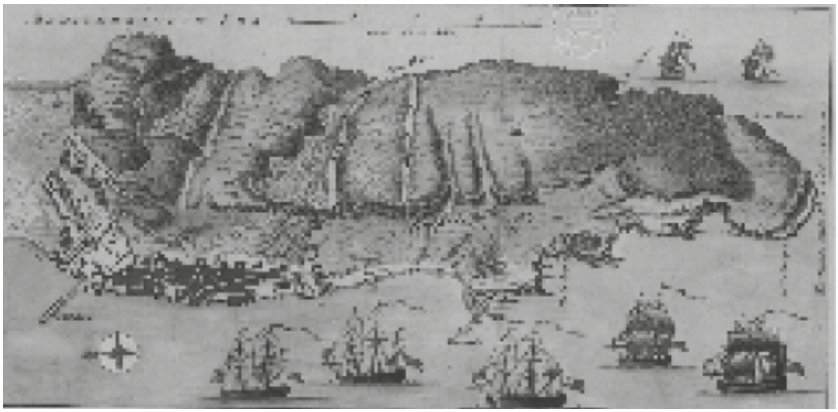
Dos ejemplos tempranos de lucro personal e ilícito en los gobernadores fueron los del mayor general John Shrimpton (?-1707), responsable de la guarnición durante el primer asedio, y el teniente coronel y gobernador en funciones, Ralph Congreve (1668-1725). El primero se enriqueció vendiendo cañones de bronce capturados a los españoles y el segundo tuvo que responder en 1716 de las acusaciones de cohecho contraviniendo deliberadamente lo estipulado en Utrecht (Grocott y Stockey, 2012: 15). Las operaciones de compra y venta de propiedades en la plaza también se hallaron bajo sospecha, estableciéndose una comisión para investigar su legalidad en 1749 (Constantine, 2009: 20). La misión de su responsable, el gobernador Humphrey Bland (1686-1763), consistía no solo en esclarecer lo sucedido con los títulos de propiedad, rentas o impuestos de la corona, sino también en expulsar a los dueños de "casas habitadas principalmente por judíos, moros y papistas de diferentes naciones" para alquilarlas a "súbditos protestantes de su majestad" (Hills, 1974: 348). A partir de ese mismo año, se estableció la prohibición de que católicos y judíos pudiesen adquirir propiedades. Únicamente los británicos protestantes podrían ser titulares de viviendas (Ballantine Pereira, 2008: 73). De hecho, la ambición personal de los gobernadores sería a la postre un factor clave para el asentamiento de población étnicamente distinta a la inglesa y protestante (contrariamente a lo que demandaban desde Londres y exigía el propio articulado de Utrecht). Uno de los máximos exponentes de venalidad en este apartado fue el coronel Roger Elliott (1665-1714), quien sacaría tajada de la concesión de permisos de residencia a judíos y genoveses.

Pero, más allá de las excepciones a la norma, los nuevos habitantes de la fortaleza estuvieron férreamente vigilados y sujetos a la jurisdicción militar. Fueron objeto de "castigos arbitrarios e inusualmente crueles, incluso por delitos menores". En ocasiones sufrieron torturas públicas y escarnios ejemplarizantes como el encierro en aislamiento, la sujeción con cepos o las reclusiones en jaulas suspendidas (stocks and whirligigs). Un cronista del asedio de 1727 señaló "que las 'damas' que se habían establecido en Gibraltar, presumiblemente para atender la necesidad más antigua de las guarniciones militares, padecieron estos castigos al igual que los hombres" (Grocott y Stockey, 2012: 15). En 1749, cuando el teniente general William Hargrave (?-1751) fue llamado a Londres bajo el cargo de corrupción, un informador anónimo relataba lo siguiente: "Si los oficiales se quejan son suspendidos o degradados, como ocurrió solamente por comprar un rodaballo. Si el soldado común se queja, es azotado con las mejores maneras: si es un comerciante británico, es expulsado de la ciudad; si se trata del inquilino de una casa, es inmediatamente desalojado; si es un extranjero, es encarcelado y despojado de todo; si se trata de un judío de Berbería es entregado al Bajá de Tetuán donde quizá es colgado y torturado. Así que estos pobres seres que se esfuerzan por fomentar el comercio son crucificados entre dos ladrones" (Hills, 1974: 345).

Pese a este tipo de noticias, lo cierto es que las informaciones sobre los delitos y las penas ejecutadas sobre civiles resultan bastante contradictorias para esta época. En 1738, un musulmán que residía en el enclave se enfrentó a una acusación de asesinato. Fue juzgado y condenado a muerte, pero no se llevó a cabo la ejecución (Planck, 2013: 355). Las flagelaciones solían ser uno de los castigos más frecuentes por delitos de alteración del orden público, embriaguez o contrabando de tabaco. Pero también se aplicaron en otros casos mucho más graves. En mayo de 1750, un joven genovés fue castigado con "cien azotes in mezzo alla publica piazza por la violación de una niña inglesa de siete años" (Benady, 2007: 115). La comunidad genovesa organizó una recolecta y trató de compensar a los padres con 70 duros, que "en ese tiempo era suficiente para pagar el alquiler de una casa por dos o tres años" (ibídem). Otras veces, los gobernadores mostraron reservas acerca de la legitimidad —según las leyes inglesas— de su jurisdicción

sobre civiles (en determinados casos penales o por prescindir de jurado). Por lo general, la comisión de crímenes demandó sucesivas consultas y —a la postre— la necesidad de un sistema judicial para los civiles, que fuera lo más parecido al inglés. Sin embargo, parece que uno de los obstáculos para ello fue que "había muy pocos sujetos británicos protestantes viviendo en Gibraltar para formar jurados" (Planck, 2013: 355).

La disciplina era primordial para la supervivencia en el nuevo Gibraltar. Y la dureza de los castigos aplicados a los civiles dependió no solo de la discrecionalidad y/o corruptibilidad del gobernador, sino, sobre todo, de la intensidad en la percepción de una amenaza externa. La vida se hacía mucho más insoportable bajo asedio. En la reglamentación interna de la guarnición, las órdenes de 1720 ya establecieron una clara conexión entre la disciplina interna y la defensa. El control sobre las entradas y salidas era una cuestión de vital importancia. Los forasteros (strangers) a su entrada tenían que producir pruebas sobre su identidad ante los centinelas, así como explicar las razones para su presencia en Gibraltar. Además, el comandante de la guarnición supervisaba listas de clientes y huéspedes en tabernas y posadas respectivamente (Ballantine Perera, 2008: 75). La población local tenía prohibido alojar a visitantes sin informar previamente a las autoridades. La contravención de esa norma significaba la pérdida del propio derecho de residencia. Existía toque de queda y la apertura y cierre de puertas se anunciaba a golpe de artillería: "Nadie en este periodo, ni siquiera un nativo británico o cualquier nacido en Gibraltar, tenía un derecho absoluto a residir en la ciudad" (Constantine, 2009: 18).



Mapa de Gibraltar y de sus fortificaciones, grabado de J. Hinton publicado en Universal Magazine, 1765.

Fuente: ICGC.

2.1.1. Genoveses

La presencia de genoveses no representó una novedad en el Peñón después de 1704. Pero sí que lo fue el peso que ganaron colectivamente entre los nuevos gibraltareños. El censo de 1725 los situaba, con 414 personas, como la primera comunidad de residentes seguidos de los españoles (Constantine, 2009: 20)[16]. Desde 1707 los comerciantes genoveses contaron con representación consular. Su primer cónsul fue, de hecho, una voz crítica contra la corrupción de Roger Elliott y denunció el maltrato que recibían algunos de sus connacionales en la plaza. Estos eran extorsionados a cambio de licencias de comercio y permisos de residencia. Cuando las quejas llegaron al gobernador a través de la diplomacia de la Serenissima Reppublica di Genova, Elliott —lejos de admitir la mayor— amenazó con expulsar al cónsul. En 1711 este fue sustituido por uno de los socios en los negocios del gobernador (Benady, 2007: 113-115).

Se puede rastrear la progresión ascendente de este grupo, incluso antes del censo de 1725, gracias a la documentación emanada de

las inspecciones del Ejército. Tras una breve expulsión a Tetuán en 1748, por la alianza de Génova con España y Francia, la comunidad genovesa fue una de las más estables de Gibraltar. La mayoría de los genoveses no pertenecían a grandes casas o redes mercantiles, pues aquellos cuyos negocios se orientaban hacia el comercio internacional optaban por fijar su residencia y centro de operaciones en Cádiz, cabeza de puente con América. En general los genoveses trabajaron como minoristas, artesanos, jornaleros y pescadores. Si bien, estos últimos solo permanecían en Gibraltar por un tiempo, ya que normalmente regresaban a sus puertos de origen. Faenaban en la bahía de los Catalanes[17] y abastecían a la ciudad de pescado, que también salaban y llevaban a sus lugares de procedencia (Benady, 2007: 113-116). Pese a que en el Peñón los contratos más suculentos con el Ejército siempre recaían en ingleses y la comunidad mercantil hebrea, en la segunda mitad del siglo XVIII, destacaron tres genoveses por su influencia en la vida económica local, Andrea Gavino, Francesco Levery y Bartholomé Danino (ibídem).

Las relaciones de los genoveses con los españoles fueron buenas, compartían una misma religión y costumbres. La iglesia de Santa María la Coronada, que se había conservado bien tras los asedios de 1705 y 1727, se convirtió en el corazón de la sociabilidad y el culto católico en Gibraltar (Hills, 1974: 346). Gracias a los trabajos de prosopografía histórica local, es posible conocer aspectos de la sociabilidad de este grupo en esta época. Se ha trazado el origen del apellido y la familia Picardo, quienes compraron propiedades a españoles en fechas tan tempranas como 1706 y 1707. Un miembro de esta familia, Lorenzo, regentó un café desde 1718 (Benady, 2007: 114).

La significativa presencia de población de origen italiano, además de los genoveses, en el Peñón constituyó un rasgo más de la diversidad no solo cultural, sino también lingüística, de los nuevos gibraltareños. Se han podido documentar casos como el de Cattarina Boera, que, habiendo nacido en Gibraltar en 1763, solo sabía hablar italiano. Durante décadas pudo hacer su vida en el Peñón sin necesidad de aprender español o inglés. Y no se trató de un caso excepcional entre la población local (Ballantine Perera, 2008: 76-77).

2.1.2. La conexión con el norte de África: judíos y musulmanes

Pero si hubo una comunidad influyente en la primera andadura del Gibraltar británico, ligada a su propia supervivencia y a la viabilidad de la guarnición, fue la hebrea. La movilización de recursos dentro de la tupida red de contactos transnacionales y mercantiles de la diáspora sefardita en el Mediterráneo tuvo un papel importantísimo para salvar las dificultades que presentaba el abastecimiento de la plaza (Sawchuk y Herring, 1988: 177). Comerciantes judíos gozaban de una interlocución privilegiada con el sultán Muley Ismaíl y el bajá de Tetuán, Alí Benandola o Ali ben Abdalah (Madway, 1993: 221-222). También había agentes hebreos procedentes de Portugal e Inglaterra. Y las autoridades españolas lo sabían: por eso incluyeron expresamente la prohibición de su presencia en el articulado del Tratado de Utrecht. Estos intermediarios canalizaban desde Marruecos el tráfico de alimentos frescos para la guarnición. Su consumo era de vital importancia para prevenir enfermedades como el escorbuto. También proporcionaban suministros para las caballerías y materiales de (re)construcción para el Ejército.

La inspección militar llevada a cabo en 1712 recogía las conexiones de esta comunidad mercantil no solo con el norte de África (sobre todo Tetuán), también con puertos mediterráneos como Livorno y atlánticos como Londres, Lisboa y Ámsterdam. Apellidos como Netto, Amaro o Cardozo comenzaron de esa forma a aparecer en los censos de habitantes y negocios gibraltareños. Todos debían de satisfacer su correspondiente cuota ante el gobernador, que obtenía "886 dólares en alquiler de los recién llegados" (Benady, 2017b: 46). Al parecer, algunos descendientes de conversos españoles habrían incluso abrazado nuevamente el judaísmo[18]. En 1713, el fraile franciscano Balbuena se quejó de su expulsión a la par de la de "un médico de España, un judío muy capaz y útil para el bien de la guarnición", un marrano "circuncidado y casado en la ciudad". Según parece, el médico y el cura se habían negado a pagar las cantidades desorbitadas que se les exigía para poder continuar residiendo allí (Madway, 1993: 224).

En apenas cinco años de ocupación inglesa, 300 judíos lograron afincarse en Gibraltar. Esta colonia contaba con un apoyo tan influyente como el de Moisés ben Hatar, tesorero y asesor financiero del sultán marroquí. En mayo de 1714, el gobernador Congreve informó supuestamente de la expulsión de este grupo de población "excepto seis judíos principales de Berbería mantenidos como rehenes a petición del comandante del escuadrón mediterráneo, almirante sir James Wishart". Si bien la comunidad hebrea jamás llegó a ser expulsada (Benady, 2017b: 44). Dos factores resultaron claves para el incumplimiento de lo estipulado en Utrecht. Por un lado, los británicos no se fiaban de los españoles para el abastecimiento de la guarnición. Por otro, las inevitables relaciones comerciales con el sultanato marroquí pasaban necesariamente por sus corresponsales hebreos.

Durante mucho tiempo la vida religiosa de la comunidad hebrea estuvo regida por rabinos procedentes de Marruecos (Haller, 2000: 13). Francisco García Caballero, gibraltareño exiliado y cónsul de España en 1717, denunció la existencia de una sinagoga en la calle Juan de la Sierra (Benady, 2007: 116). En 1720 Ben Hatar representó a la parte marroquí en la negociación de un tratado con Gran Bretaña y al año siguiente sus correligionarios tuvieron vía libre para adquirir propiedades en Gibraltar. En los documentos legales aparecían como "hipotecarios con derecho de ocupación". Aquello era simplemente un subterfugio para ocultar el flagrante incumplimiento de Utrecht. De hecho, un elemento distintivo de la presencia hebrea en la ciudad de Gibraltar, en contraste con lo que sucedía en esa época en Europa y Marruecos, es que nunca vivieron en un gueto (Haller, 2000: 12). Entre los nuevos propietarios destacaron Abraham Benider (que había actuado de intérprete en las negociaciones con el sultanato), Moisés Cansino (nieto del intérprete en Orán del conde-duque de Olivares) y el comerciante local y rabino Isaac Netto (Benady, 2007: 117-118). En 1723 la Gran Sinagoga de Shaar HashaMayim (Puerta del cielo) fue fundada en un terreno propiedad de Netto en Engineers Lane (Ehrlich, 2009: 849)[19]. Este último, vinculado a la tradición megorashim, era descendiente de conversos españoles que volverían a practicar el rito en Inglaterra. Sus padres habían pertenecido a la sinagoga de Bevis-Marks en Londres. Si bien, con el tiempo, la Shaar HashaMayim sería identificada con comerciantes hebreos de origen

marroquí, en las décadas siguientes las divisiones entre miembros de la comunidad judaica, por sus diferencias de origen, tradiciones y ritos a seguir, provocaron el establecimiento de otras tres sinagogas (Haller, 2000: 18-19).

Tras el asedio de 1727, los judíos vieron su posición fortalecida localmente. Pues no solo jugaron un papel clave en el abastecimiento de la plaza, sino que también empuñaron las armas contra España. Se ha considerado que este segundo sitio durante el dominio británico marcó un punto de inflexión en el imaginario colectivo en Inglaterra sobre las relaciones entre Gibraltar y el norte de África. La supervivencia de la guarnición pasaba por no ofender al "emperador de Marruecos" (Sawchuk y Herring, 1988: 179). Según el censo de 1725 la comunidad musulmana solo contaba en Gibraltar con cinco "Algériens y moros". Pero, pese a su exigua presencia, los propagandistas británicos enfatizaron su importancia como elementos simbólicos del Peñón, en calidad de lugar fronterizo y de avanzadilla para un imperio en construcción. Un poema publicado coincidiendo con el asedio de 1727 evocaba, por ejemplo, la herencia islámica en su castillo. Al mismo tiempo, la presencia de norteafricanos se representaba como una amenaza. En este sentido, los orígenes legendarios de Gibraltar contribuyeron "a forjar un mito nacional colonialista manifestando una interesada ambigüedad sobre la contribución de las poblaciones judía y musulmana al dominio británico" (Planck, 2013: 358). De hecho, el mayor aumento del número de judíos procedentes de Marruecos se produjo en los 12 años inmediatamente posteriores a dicho asedio. En 1749, entre los mayores propietarios de Gibraltar, ya se encontraba un miembro de la comunidad hebrea. En el censo de 1753, esta alcanzaba los 575 habitantes y representaba el 32% de la población. En 1759 la escuela hebraica Yeshivá EzHayim se convirtió en una sinagoga (más conocida como Esnoga chica)[20]. Además, este grupo gozó de determinadas prerrogativas —nada despreciables— como la potestad de poder recaudar impuestos entre sus miembros (Swachuk y Herring, 1988: 181).

Poco antes del Gran Asedio, el censo de 1777 aportaba la cifra de 863 judíos entre 3.201 civiles. De ellos 267 habían nacido fuera de Gibraltar, procediendo mayoritariamente de Tetuán (Haller, 2000: 13). En la segunda mitad del siglo XVIII, el perfil socio-profesional

de la comunidad se hizo más diverso. Sus integrantes ejercían, entre otras ocupaciones, las de albañil, sastre, zapatero, panadero, carnicero o vendedor ambulante. Los que se dedicaban a este último oficio fueron, en ocasiones, amonestados por quebrantar el orden público al congregarse ruidosamente en el centro de la ciudad. De hecho, su comportamiento se consideró "un motivo frecuente de vergüenza para los miembros más ricos de la comunidad". Por eso, durante el Gobierno de Bland, los rabinos aprobaron una serie de regulaciones que además de incidir en el respeto al día de reposo, instaban a un comportamiento digno y "conforme a las Reglas y órdenes de su religión" (Madway, 1993: 227).

2.2. Guerras y alianzas durante las revoluciones

en Europa y América

"Para los oficiales, la vida por los años 1763-79, era bastante agradable. Vivían bien entre la oficialidad, hacían su comida principal a las tres de la tarde y la prolongaban hasta el atardecer 'con copas de vino de distintas clases y países'. Luego salían para tomar el té o jugaban a los dados o a las damas. La guarnición tenía un teatro con 150 plazas sentadas. Lo mejor de la temporada era la Cuaresma en que, libres de compromisos, compañías italianas de ópera cómica, venían a Gibraltar. Durante el invierno se celebraban bailes, por lo menos uno por semana […] Sin embargo, lo que más agradaba a los oficiales británicos, con sus bellos caballos y tradiciones familiares, era 'ser recibidos con gran cortesía y hospitalidad en las tres ciudades del Campo (San Roque, Los Barrios y Algeciras) en sus casas señoriales'".

López de Ayala (1782),

en Hills (

1974: 365)

Incluso en un siglo tan conflictivo como el XVIII, las relaciones entre ingleses y españoles no siempre fueron malas. Hubo asedios, pero también treguas largas, en las que la vida en el Peñón en general y de los militares en particular podría haberse aproximado al idílico panorama descrito por el cronista español Ignacio López de Ayala (1739-1789), autor de una coetánea y famosísima Historia de Gibraltar (1782). De hecho, siempre existió un interés en llevarse bien con el vecino español, especialmente por parte de los oficiales británicos, motivado no solo por razones estratégicas o de logística, también por una necesidad "de expansión y recreación" (Stockey, 2009: 35).

Entre el segundo y el tercer y último intento español de reconquistar la plaza transcurrieron 50 años. Durante ese periodo, la vida de los nuevos gibraltareños se vio trágicamente interrumpida por las lluvias torrenciales del invierno de 1766, causando importantes destrozos materiales y provocando víctimas mortales. De hecho, los trabajos de reparación que se llevaron a cabo después de las inundaciones coincidieron con el reforzamiento de las defensas de la ciudad. La construcción del King's Bastion (baluarte del rey) y su artillado entre 1773 y 1776 facilitaría la defensa de la posición, cuando las circunstancias internacionales cambiaron.

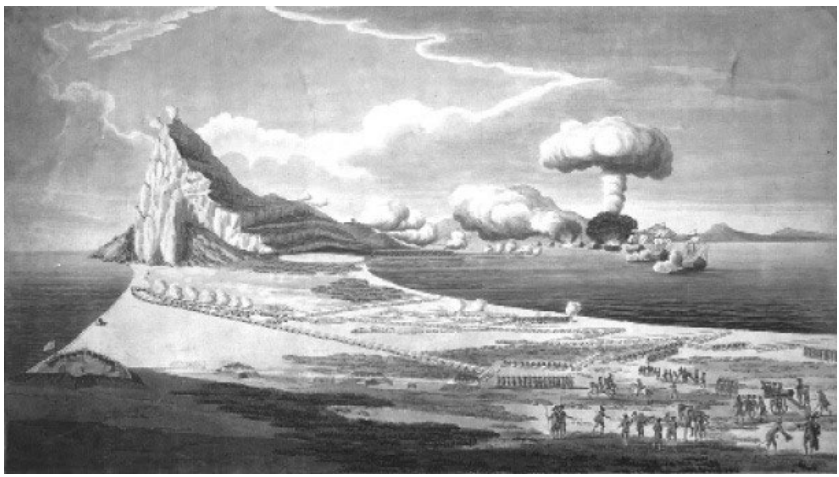
2.2.1. El Gran Asedio

"Sin embargo, no se entendería que se insinuara que ninguna de esas costosas guarniciones (Gibraltar y Menorca) fue alguna vez, incluso en el más mínimo grado, necesaria para el propósito por el que fueron originalmente desmembradas de la monarquía española. Ese desmembramiento, tal vez, nunca sirvió para otro propósito real que alejar de Inglaterra a su aliado natural, el Rey de España".

Adam Smith,

La riqueza de las Naciones,

Carlos III (1716-1788) puso bajo asedio la plaza en 1779. Hacía relativamente poco que el teniente general George August Eliott (1717-1790) había tomado posesión como gobernador de Gibraltar. De hecho, nada más llegar, se preocupó por la dependencia de la plaza de los suministros del sultán marroquí, quien "lo trataba como un suplicante", ya que la población "dependía de él para nuestro pan de cada día" (Planck, 2013: 366). Esta inquietud se hizo más acuciante ante la perspectiva de que España activase nuevamente el Pacto de Familia con Francia, tras la revolución de las colonias inglesas en América. Por un lado, Eliott incrementó el número de cañones en la línea costera y ordenó a la población que acumulara provisiones (sin poder entonces anticipar los 43 meses que se prolongaría el asedio en ciernes). Al contrario de lo que sucedió en 1727, no hubo tentaciones británicas de negociación con los españoles. Para entonces, pese a las dudas internas y a las ofensivas externas, Gibraltar además de ser una (costosa) fortaleza, también despuntaba como un lucrativo puerto de comercio. Tras la guerra de los Siete Años (1756-1763), se había convertido en puerto de reexportación, entre otras mercancías, de ron, tabaco, pescado seco o maderas.



Vista de la parte norte de Gibraltar, con el ataque por tierra y mar, G. F. Koehler, 13 de septiembre de 1783.

Fuente: Brown Digital Repository / Wikimedia Commons.

Rodeados por un contingente hispanofrancés que quintuplicaba los hombres de la guarnición inglesa, en 1779 Gibraltar vio cortadas sus fuentes habituales de suministro. De hecho, se estableció un plan de evacuación "de todas las mujeres y niños británicos cuyos maridos o padres no tenían almacenados 250 libras de harina o 360 libras de bizcocho por persona" (Hills, 1974: 380). Sin embargo, circunstancias climatológicas frustraron la salida de los barcos destinados a ese fin. El panorama no era nada halagüeño. Solo se podía confiar en la marina inglesa para el abastecimiento y su habilidad para sortear el férreo bloqueo naval. La flota del almirante George Brydges Rodney (1718-1792) logró aprovisionar la plaza en 1780 tras zafarse de la escuadra española en el Cabo de San Vicente. Al año siguiente, la misma gesta fue repetida por el almirante George Darby (1720-1790).

Pero pese al balón de oxígeno que significaron estas misiones de auxilio, la población padeció condiciones durísimas durante tres años y medio. Conocemos aspectos de la vida civil y militar en el Peñón durante tan crítica coyuntura a través del relato del joven soldado John Drinkwater (1762-1844), del 72 Regimiento de Infantería (Regiment of Foot, Royal Manchester Volunteers). Su historia sobre el Gran Asedio, A history of the late siege of Gibraltar, 1779–1783, with a description and account of that garrison from the earliest period (1785), se considera un hito en la literatura militar sobre Gibraltar del siglo XVIII. En 1781, durante solo mes y medio, la plaza recibió el impacto de 76.000 proyectiles y, en total, fueron 258.387 las balas y granadas que impactaron sobre Gibraltar mientras se prolongaron las hostilidades (Grocott y Stockey, 2012: 27). En 1782 se puso en marcha un ambicioso plan de ingeniería, que consistió en horadar túneles en la roca para colocar cañones en la cara norte del Peñón. Comenzó aquí la historia de las famosas y míticas galerías subterráneas de Gibraltar. Además, los propios ingleses derribaron en la ciudad puntos de referencia para la artillería enemiga (incluida la torre de la iglesia católica de Santa María la Coronada).

En condiciones tan extremas las peleas por "un pedazo de pan"

fueron cotidianas dentro de la fortaleza. Samuel Ancell (1760-1802) que sirvió en uno de los regimientos de Infantería durante el asedio, en sus crónicas sobre el bloqueo a la plaza[22], recogió cómo "los hombres, mujeres y criaturas chillaban y abucheaban en todo tipo de lenguajes" (Ballantine Perera, 2008: 77). La gobernación tuvo que echar mano de todos los instrumentos disciplinarios a su alcance para mantener no solo la moral, sino lo que era más importante el orden público. Hubo deserciones e insubordinaciones de oficiales. Se produjeron actos antisemitas como la profanación del cementerio judío en el Yom Kipur de 1780 (Hills, 1974: 381) y las intoxicaciones etílicas causaban frecuentemente altercados.

La dieta deficitaria en esos años fue caldo de cultivo de enfermedades como el escorbuto y la viruela. No había productos frescos y "cardos, puerros y ajos" fueron lo único que muchos pudieron llevarse a la boca durante un tiempo (ibídem: 379). El menorquín padre Messa, "traumatizado" por estas experiencias, tomó la decisión de romper con el obispo de Cádiz (Benady, 2017a: 331-332). De hecho, tiende a destacarse el comportamiento y compromiso de los civiles en aquella guerra de resistencia. Mientras que los soldados británicos podían sentirse tentados a desertar, quienes tenían a sus familias en Gibraltar, como los hombres genoveses y los hebreos, difícilmente optarían por dejarlas atrás. Abraham Hassan, masón y judío, fue premiado con un pequeño terreno en las proximidades de South Port por los servicios prestados durante aquellos años. Los voluntarios hebreos ("Guardia judía") jugaron un valioso papel en los trabajos de reparación de los muros de la ciudad (Sheriff, 2014: 32).

Se desconoce el saldo de muertes en ambos bandos durante el Gran Asedio. Se calcula que los ingleses sufrieron cerca de 1.000 bajas, incluyendo a los heridos. No solo causaron estragos sobre los gibraltareños las balas, sobre todo lo hicieron las enfermedades. Además, la ciudad quedó prácticamente destruida, en particular en su parte más occidental. Las pérdidas materiales se han estimado en 80.000 libras de la época (Grocott y Stockey, 2012: 27).

2.2.2. ¡El enemigo de mi enemigo es mi amigo!

La guerra es un negocio

“Pocos sitios, como aquel tan pequeño de la Roca, podrían presumir de que en 1814, además de los allí nacidos, tuvieran judíos del Mediterráneo oriental y occidental, portugueses, genoveses, daneses, franceses, españoles, austriacos, italianos, holandeses […] ¡Si alguna vez hubo una cosmópolis, difícilmente podría haber batido a Gibraltar en 1814!”.

Howes

(1991), en Haller (2000: 10)

La Paz de París (1783) entre Inglaterra y sus antiguas colonias fue seguida por un ciclo de guerras en Europa. Solo seis años después, la revolución en Francia trajo consigo una espiral de conflictos que sacudiría los cimientos del viejo continente durante más de dos décadas. Según las cambiantes circunstancias, España luchó con y contra Francia. Gran Bretaña se mantuvo siempre firme frente a la revolución, tanto en su versión radical jacobina como moderada bonapartista. Y una vez más, los vientos de guerra que recorrieron Europa resonaron con fuerza en el Peñón.

Pero también los nuevos conflictos con Francia representaron para Gibraltar un escenario expansivo. La guerra podía ser un negocio y la población civil creció al mismo ritmo que las oportunidades económicas proporcionadas por el entramado de comunicaciones de un emergente imperio mediterráneo (con la incorporación de Malta en 1801). Su puerto se convirtió en lugar de amarre para la flota inglesa y de paso de los expedicionarios que —a la postre— truncaron los planes de Napoleón en Egipto. Además, desde 1803, se concedieron patentes de corso contra la flota enemiga. La primera embarcación autorizada en Gibraltar fue la jábega Envy. En tan solo un mes se emitieron 34 patentes. Si bien, “el corso no era muy diferente al trabajo corriente de ‘contrabando armado’ que venían realizando muchos de los barcos registrados en el puerto gibraltareño” (Benady, 2014: 469). El establecimiento de un

tribunal de presas en la plaza, donde se subastaban los buques enemigos capturados y sus mercancías, dinamizó la actividad económica local. La plaza principal donde se pujaba recibiría el nombre de “El Martillo”. Solo en 1807 se apresaron 320 barcos (Grocott y Stockey, 2012: 31). Pero, sin duda, sería la gesta del vicealmirante Horatio Nelson (1758-1805) en 1805 con el hundimiento de la escuadra hispano-francesa en Trafalgar la que confirmaría la importancia del Peñón como base naval (Musteen, 2011).

Pero el impulso comercial que recibió Gibraltar a principios del siglo XIX no significó que la vida fuera fácil para sus 5.000 habitantes. Para empezar, el espacio físico disponible hacía incompatible el desarrollo demográfico con soluciones habitacionales dignas y salubres: un brote de fiebre amarilla entre 1804 y 1805 tuvo efectos devastadores sobre más del 40% de la población. A los problemas higiénico-sanitarios se añadieron los ya recurrentes de indisciplina potenciados por el lucrativo comercio local de bebidas alcohólicas. Parece que los militares se sentían más interpelados por los más de 90 despachos de vino existentes en Gibraltar que por cualquier otro tipo de distracción. Cuando el cuarto hijo del rey Jorge III, el duque de Kent (1767-1820), llegó a Gibraltar tras la muerte del gobernador Charles O’Hara (1740-1802), decidió tomar cartas en el asunto. Reguló el despacho autorizado de cerveza, que en adelante tendría que ser importada de Bristol. Promovió la apertura de una cervecería en la parte sur, en Punta de Europa, “que, a diferencia de los establecimientos locales, fabricaría cerveza sin adulterar”, y cerró más de 50 casas de vino. Las nuevas medidas provocaron durante las Navidades de 1802-1803 una grave insubordinación, incluyendo una tentativa de acabar con la vida de Kent (Grocott y Stockey, 2012: 28-29, cfr. Hills, 1974: 433-434).

Precisamente, la emblemática Garrison Library —desde su creación a instancias del capitán e historiador John Drinkwater en 1793— trató de ofrecer alternativas de ocio a la oficialidad y construir dinámicas de sociabilidad en Gibraltar sobre bases más edificantes y saludables. El mismísimo William Pitt (1759-1806) haría llegar los fondos “para la construcción del edificio destinado a la solicitada biblioteca” (Langa, 2008: 95). Pero aquella era una institución

demasiado elitista. Solo una minoría tenía acceso a ella. Incluso los prósperos hombres de negocios de la plaza tuvieron vedado el ingreso a este exclusivo club (Constantine, 2006: 26). Bajo el mandato de O'Hara comenzó la publicación del Gibraltar Chronicle, como gaceta oficial de la colonia ligada a la Garrison Library. La prensa y los accesorios necesarios para ello llegaron desde Inglaterra. Cobraba así vida el mítico boletín de noticias, de cuatro páginas a dos columnas: "La marcha desde Gibraltar de cinco regimientos de soldados a Egipto y la necesidad de noticias de sus familias en la guarnición estuvo detrás del primer número de la crónica que vio la luz el 4 de mayo de 1801 bajo el título Intelligence from Egypt" (Langa, 2008: 95). Ante la consolidación de la tendencia en términos expansivos de la vida urbana en Gibraltar, el gobierno colonial mantuvo un "férreo control de todos los medios de difusión cultural" (Yborra Aznar, 2005: 55). De esa forma se forjaría una sociedad dual: la de los militares y la de los civiles. La población crecía y el inglés, idioma en el que se publicaba el decano de la prensa gibraltareña, no era ni mucho menos el idioma dominante en la vida social gibraltareña.

En ese mismo clima favorable para los negocios, coincidiendo con la invasión napoleónica de España, Marcus Henry Bland, un hombre de negocios de Liverpool, fundó una agencia de navegación en 1810. Esta terminó realizando los servicios de transporte de mercancías para la guarnición y con el tiempo se convertiría en una de las navieras y conglomerado de negocios más importantes de Gibraltar (Ponce, 2010: 339). De hecho, la plaza jugó un papel importantísimo en el abastecimiento de los ejércitos y de las ciudades sitiadas por Napoleón. En 1811 la población gibraltareña alcanzó los 11.173 habitantes (Grocott y Stockey, 2012: 32). Emigrantes españoles como la familia Larios, originaria de La Rioja y protagonista en el primer proceso de industrialización en el sur de España, fueron atraídos a la colonia ante la expectativa de hacer negocios. Pablo Larios (1755-1814) fue el primero de la familia que llegó a Gibraltar en 1809. Otra rama de la familia se establecería en Málaga (Ballantine Perera, 2010: 350; 2008: 65-90).

Ironías del destino, las aportaciones económicas de la comunidad mercantil gibraltareña al ejército del General Castaños (1758-1852), el mismo que había participado en el Gran Asedio, contribuyeron a

frenar el avance francés en el sur peninsular. Estas ayudas en forma de préstamos sin interés llegaron a alcanzar las 12.000 libras (Constantine, 2009: 81). Destacó, particularmente, la función mediadora que algunos hombres de la incipiente clase de negocios local llevaron a cabo entre ingleses y españoles. Este fue el caso de Juan Arengo, venerable maestro de la logia católica gibraltareña Friendship, quien actuó como vicecónsul español en Gibraltar y realizó una importante labor de interlocución entre los patriotas españoles y el duque de Wellington, Arthur Wellesley (1769-1852). Arengo amasó una espectacular fortuna como cambista de libras y oro a pesetas (Sheriff, 2014: 29). En esa misma coyuntura de cooperación con los españoles, el Gibraltar Chronicle se publicó excepcionalmente en castellano dado el elevado número de refugiados hispanohablantes y con fines propagandísticos (Yborra Aznar, 2005: 56). Así, el Cronista de Gibraltar comenzó a circular en la primavera de 1813 en pequeño formato (cuatro páginas de 15 x 22 cm) como edición en español de su homónimo inglés (Langa, 2008: 98-99).

Pero aquella colaboración militar, económica (y cultural si puede denominarse así) hispano-británica frente a Napoleón también tendría consecuencias de largo alcance. La más importante de ellas afectó a la cuestión de las fronteras. Para empezar, implicó la desaparición de la línea española de defensa en el istmo, donde se habían colocado las baterías durante los asedios del siglo XVIII. Cuando los franceses amenazaron Cádiz, los británicos volaron las fortalezas de Santa Bárbara y San Felipe, situadas en los extremos de aquella línea de contravalación. Tras el conflicto, las autoridades británicas señalaron a las españolas que cualquier reocupación de la línea o restablecimiento defensivo se tomaría "como un acto de abierta hostilidad" (Sánchez Mantero, 1989: 51). Pero no solo se diluyeron las barreras defensivas entre Gibraltar y su Campo, también las económicas. El constante trasiego de personas y mercancías por límites terrestres y marítimos durante la coyuntura bélica provocó que el tradicional número de andaluces, que habían ejercido el contrabando en la comarca, se multiplicara exponencialmente con gravísimas consecuencias para el tan necesitado fisco español en el siglo XIX. Con este panorama, las batallas que libraría el Estado español contra Gibraltar en la nueva centuria serían de un tipo muy distinto a las del siglo XVIII.

CAPíTULO 3

De fortaleza a colonia. La ‘guarida’ victoriana

This Rock is a wonderful place […] (“Este Peñón es una maravilla […]”).

Benjamin Disraeli (

1830), en Hibbert (2015: 43)

En el verano de 1830 Benjamin Disraeli (1804-1881) hizo escala en el Peñón durante un tour que lo llevó por España, Malta, Corfú, Albania y Oriente Próximo (Sultana, 1975). El político conservador, como un viajero romántico más, se sintió fascinado por la diversidad étnica y particular idiosincrasia de la flamante colonia. Gibraltar acababa de obtener el estatus colonial, aunque mantenía intacto su carácter de fortaleza (Sepúlveda, 2004: 263). El literato victoriano William M. Thackeray (1811-1863) refirió con sorna que —durante una estancia en el Club House Hotel— alguien le aseguró en la Navidad de 1845 que “el gobernador se duerme cada noche con las llaves de Gibraltar bajo su almohada. Es una estampa horrenda; y de algún modo completa la noción de la fortaleza durmiente. Imaginen a sir Robert Wilson, su nariz apenas visible por encima de las sábanas, su gorro de dormir y la enorme llave asomando bajo el almohadón” (Ballesta, 2005: 167). Gibraltar continuó alimentando la imaginación de los británicos en el siglo XIX, tanto o más como lo había hecho en la centuria anterior.

1. Claves para un nuevo tiempo

Tras el fin de la guerra de la Independencia, el gobernador Colin Campbell (1754-1814) fue sustituido por sir George Don (1756-1832), cuyo mandato de casi dos décadas quedó asociado al inicio de un nuevo tiempo en Gibraltar[23]. En este periodo la población civil, especialmente la clase de negocios, ganó lentamente protagonismo en la vida pública. En 1817 la burguesía financiera y comercial fundó la Exchange and Commercial Library. La élite local buscó su propio espacio de sociabilidad y expresión cívica (Archer, 2006: 76), pues había vida más allá de la Garrison Library.

Coincidiendo con la paz en Europa se realizó una nueva regulación del acceso a la propiedad en el Peñón. Además, las Ordenanzas de 1817 y 1819 extendieron el derecho de residencia a quienes habían vivido en Gibraltar durante más de 15 años. Se intentó también sistematizar los permisos de los que gozaban los trabajadores españoles (Ballantine Perera, 2008: 81). Se estableció un hospital civil y se introdujeron reformas en el sistema judicial. Gibraltar logró su Charter of Justice (reglamento judicial) en 1830. Se creó un tribunal de rango superior, aunque "muy pocos gibraltareños pudieron actuar como jurados, y mucho menos aspirar a altos cargos en el organigrama judicial como los de juez o fiscal general" (Stockey, 2009: 23). Ese mismo año de 1830 se organizó una policía civil, inspirada en la Policía Metropolitana, para vigilar las entradas y salidas en el Peñón. En junio el mayor James Rowan fue puesto al mando de la primera policía de este tipo en una colonia inglesa[24]. Rowan, cuyo hermano Charles había sido uno de los primeros comisarios de la metropolitana, se encargó de realizar un censo de residentes (Constantine, 2008: 1166-1192). Los gibraltareños que ingresaron en ese cuerpo tendrían muy pocas oportunidades de promoción.

La administración colonial comenzó su andadura con un cuerpo de 150 funcionarios. El papel clave del puerto en la vida económica de

la ciudad comportó también una reorganización de su gestión, donde cobraría importancia el elemento civil en sus infraestructuras, al calor del importantísimo tráfico mercantil que registraría en el último cuarto del siglo XIX. Los gastos de personal de la administración colonial —incluido el sueldo del gobernador— se incrementaron ostensiblemente, pero también la recaudación local de impuestos sobre determinados productos (en especial las bebidas alcohólicas), licencias sobre ciertas actividades, el alquiler de casas y los derechos portuarios. De hecho, a lo largo del siglo, casi siempre se mantendría un equilibrio entre ingresos y gastos anuales en la colonia, lo que permitiría la propia sostenibilidad de la maquinaria administrativa (Sánchez Mantero, 1989: 26).

La ordenación del régimen político-administrativo pero también el afianzamiento de la autoridad del gobernador fueron las principales consecuencias de un proceso global orientado a integrar Gibraltar en el entramado imperial británico. Sin embargo, los cambios que trajo consigo este nuevo tiempo en la colonia no solo afectaron al modo en que los gibraltareños fueron gobernados, también a cómo se habrían de sentir respecto a Gran Bretaña. Pese a "los techos de cristal" existentes para la población local (Stockey, 2009: 23), en un informe de 1838 sobre la visita a Gibraltar de la reina viuda Adelaida (1792-1849) se describe, por ejemplo, el efecto movilizador que esta tuvo en la ciudad. Se desplegó una guardia de honor desde el puerto hasta la residencia del gobernador en el Convento. No resulta anecdótico que la viuda de Guillermo IV (1765-1837) presidiera la consagración de la catedral anglicana de la Santísima Trinidad en una ciudad mayoritariamente católica (Constantine, 2006: 25). Tres años más tarde, "en una breve ceremonia de la que serían testigos unas 10.000 personas", se inauguró el faro de Europa Point, cuyos trabajos de construcción se iniciaron bajo el mandato de Alexander George Woodford (1782-1870) gracias a la contribución de los masones gibraltareños[25]. Sin duda la era victoriana puso la simiente para la germinación de un sentido comunitario en el Peñón, basado en una identidad distinta a la de sus vecinos españoles.

Pero también, a lo largo de la centuria decimonónica, se dio normalidad a las relaciones con España. Gibraltar y su Campo casi siempre habían formado una unidad sinérgica que, ni siquiera las

guerras y los bloqueos de la centuria precedente habían podido vencer. Los contactos transfronterizos se hicieron más plurales, frecuentes y estrechos, siendo difícil de distinguir entre la naturaleza institucional o personal de determinado tipo de relaciones entre españoles e ingleses o entre gibraltareños y campogibraltareños. Un ejemplo de ello lo encontramos en las actividades del Calpe Hunt: una institución militar inglesa dedicada a la montería de zorros en el Campo de Gibraltar. Las autoridades de San Roque y Algeciras fueron con asiduidad invitadas a montar con sus homólogos ingleses, quienes mientras cazaban en España gozaban de la protección de la Guardia Civil (Ballantine Perera, 2010: 347-355)[26]. El gobernador Don realizó frecuentes visitas al Campo para participar en cacerías con españoles (Sánchez Mantero, 1989: 25) y mientras los hombres practicaban su afición cinegética, sus esposas e hijas organizaban picnics en los alcornocales (Grocott y Stockey, 2012: 34). Son muchas las estampas costumbristas —cuando no chascarrillos— que se han reproducido sobre las buenas relaciones entre los mandos militares ingleses y españoles en el siglo XIX, así como de la hospitalidad que se brindaban mutuamente ya fuera a un lado u otro de la frontera: "A lady Adye [esposa del gobernador sir John Miller Adye (1819-1900)] y a sus hijas les resultaba divertido observar cómo los componentes de la escolta de caballería del gobernador de Algeciras, mientras reponían fuerzas en el patio trasero del Convento, sin rubor llenaban de tabaco bolsillos y bolsos" (Ballesta, 2005: 195).

Pero, también, la sintonía entre vecinos se observó en más ámbitos que el de la camaradería entre militares. Con matices políticos más comprometedores, se halló la cooperación de algunos sectores de la sociedad gibraltareña con los revolucionarios españoles. La mítica logia Friendship (1791-1815), integrada mayoritariamente por católicos, como vimos, jugó un papel destacado durante la guerra de la Independencia en España. De hecho, en los tumultuosos inicios del liberalismo constitucional español "los puertos de Cádiz, Gibraltar y Málaga no solo estaban conectados comercialmente sino fraternalmente también" (Sheriff, 2014: 36, 49). De la misma forma operarían lazos personales e ideológicos en iniciativas culturales y científicas, tan propias de la mentalidad y espíritu del nuevo siglo. La Gibraltar Scientific Society (Sociedad Científica de Gibraltar), fundada en 1835 y vinculada al descubrimiento de un famoso

cráneo de Neandertal en el Peñón que sería exhibido en el Museo Británico, contó con miembros honorarios como don José Sánchez Cerquero (1784-1850), director del Real Observatorio de San Fernando (Menez, 2018: 38).

Pese a ejemplos como estos, de entendimiento político, militar, social o cultural, la realidad de las relaciones transfronterizas —como se verá en este capítulo— sería a la postre mucho más rica y compleja y, desde luego, no estuvo exenta de elementos conflictivos. La excepcionalidad de la clase de frontera que se creó en el siglo XIX sacaría a relucir problemas de vecindad de tanto en tanto.

2. La frontera móvil

El nuevo orden territorial y fronterizo sancionado en el Congreso de Viena (1815) no se ocupó específicamente de la cuestión de Gibraltar. Por eso, hay quien señala que el sistema posnapoleónico confirmó "por defecto la retención de soberanía inglesa" (Constantine, 2009: 93). Uno de los asuntos más polémicos de la consolidación del dominio británico sobre la plaza fue el progresivo avance de la frontera sobre la zona neutral. De hecho, el Tratado de Utrecht no reconocía ningún tipo de soberanía a los británicos sobre el istmo arenoso que tenía tal consideración.

En 1820 la zona neutral comprendía una especie de tierra de nadie entre las garitas de vigilancia española e inglesa. Se trataba de un paisaje muy poco edificante, un humedal invadido por "algas podridas y otros detritos" que se filtraban subterráneamente en el sistema de aguas del Peñón (Pack, 2014: 73-74). Como gesto de buena vecindad, la administración española no se opuso a que en sus proximidades los ingleses cultivasen parcelas e incluso instalasen dos mataderos, cuyos desechos desde luego tampoco contribuían a mejorar las condiciones higiénicas del lugar. El panorama lo completaba un cementerio, en el que "los muertos no podían ser enterrados a una profundidad superior de cinco pies, lo que ocasionalmente conducía a descubrimientos macabros durante los períodos de inundación" (ibídem).

No es de extrañar que aquella tétrica zona les pareciera a las autoridades de la colonia más que adecuada para colocar un patíbulo. Uno de los ajusticiamientos públicos más célebres de la época fue precisamente el de un pirata español: el gallego Benito Soto (1805-1830). En 1828 la consternación del gobernador de Gibraltar fue mayúscula cuando descubrió la facilidad con la que Soto, cuya fama le precedía por el saqueo de una decena de barcos y más de 70 asesinatos, había entrado en la fortaleza con documentación consular falsa. El revuelo causado por este caso

llegó hasta Londres. La Secretaría de Estado británica tomó nota de cómo aquel "sanguinario pirata", tras encallar en el litoral de Cádiz, había burlado los controles de acceso a la fortaleza (Constantine, 2008: 1174). Soto no solo puso en evidencia el sistema de vigilancia del general Don, también la extraordinaria porosidad de los límites terrestres y marítimos entre Gibraltar y España.

Pero, pese a los lógicos inconvenientes de una frontera tan permeable, la ambigüedad en sus términos para los británicos era también una ventaja. Siempre cabía la posibilidad de ejercer la discrecionalidad para modificar sus límites cuando viniera bien. La cuestión no solo era impedir el acceso a Gibraltar, según el caso podía convenir facilitar desde la colonia la entrada a España. En 1827 el velero de contrabando Lord Racodon, matriculado en el Peñón, fue apresado por el servicio de guardacostas en Cádiz. Cinco años más tarde, el capitán español responsable de la operación sería arrestado en Gibraltar. Fue acusado de un acto de piratería contra el Lord Racodon, pues "los ingleses consideraban como suyas todas las aguas que bañaban la costa" (Sánchez Mantero, 1989: 49-50)[27]. La misma maleabilidad se aplicaba a los límites terrestres. La consolidación de un pequeño asentamiento, La Línea, detrás de la antigua zona militarizada comenzó a representar para los ingleses la frontera real con España, más allá de lo que se hubiese acordado un siglo antes en Utrecht. Un viajero estadounidense escribiría que "la línea española era como una caseta de vigilancia en ruinas que estaba repleta de mendigos, vagabundos, mujeres semidesnudas y tropas mal alimentadas que daban paso por un soborno de un dólar" (Pack, 2014: 74).

Así los ingleses fueron ganando progresivamente terreno sobre la zona neutral. En 1845 el embajador español en Londres se quejó —sin éxito— de que las autoridades en Gibraltar habían acortado la distancia que separaba sus garitas de las españolas. En este sentido, la política inglesa era claramente la de los hechos consumados. Por el contrario, la fijación de unos parasoles para resguardar a los guardias españoles fue inmediatamente contestada por las autoridades británicas exigiendo su inmediata retirada (Sánchez Mantero, 1989: 52-54). Pero la más reveladora de las usurpaciones, si empleamos la terminología de la literatura del contencioso, se produjo durante la epidemia de cólera de 1854. Aquella fue la más

grave en más de 20 años, coincidiendo con los movimientos de tropas por la guerra en Crimea (1854-1856). Los ingleses levantaron en la zona neutral una serie de barracas que servían como lazaretos. Una vez finalizado el brote, las barracas no fueron del todo desmanteladas. Llamativamente el embajador español en Londres, en vez de exigir la completa retirada inglesa, "se limitaba a rogar encarecidamente que "[…] no vuelvan a repetirse los hechos que dan lugar a la presente comunicación" (Sánchez Mantero, 1989: 52, cfr. Pack, 2014: 80). Estaba claro que España y Gran Bretaña compartían una frontera tan porosa como peculiar. Podrían ser vecinas, pero nunca iguales. Allí prevalecían las leyes de ingleses.

Pero lo más interesante de lo sucedido en el siglo XIX con aquella sui géneris frontera no radicaría tanto en la disputada alteración de sus límites, como en la cristalización de diferentes dinámicas y tipos de experiencia de movilidad transnacional. Se ha señalado incluso que los términos de debate establecidos en la literatura legal solo constituyen "una pobre guía histórica para la invención de la frontera España-Gibraltar" (Pack, 2014: 73). Sea como fuere, el Estado español pudo contestar con mayor o menor vigor la ampliación del territorio inglés a costa de la zona neutral, pero ya no cuestionó la existencia misma de una frontera política con Gran Bretaña en Andalucía. Los españoles dejaron de ser una amenaza real para la posesión británica del Peñón.

Como se verá en los apartados siguientes, los enemigos que asediarían Gibraltar en el siglo XIX nunca necesitaron de llaves para traspasar su perímetro fortificado. Patógenos, como el virus de la viruela o el de la fiebre amarilla o bacterias como las causantes del cólera fueron las amenazas más serias para la vida en la plaza[28]. Del mismo modo, dejó de temerse una invasión por tierra. El peligro vendría desde el mar: paradójicamente el medio sobre el que la marina inglesa ejercería un dominio aplastante tras la apertura del Canal de Suez en 1869. La emigración económica de malteses entre 1871 y 1891 o de hindúes, como consecuencia del abaratamiento del transporte en los vapores que hacían la ruta Inglaterra-Suez-India (Benady, 2017a: 336-338), fue percibida en ocasiones como una amenaza. La mundialización de la red de comunicaciones británica agudizó los problemas endémicos de espacio y superpoblación que arrastraba aquella colonia cosmopolita desde

las guerras napoleónicas.

2.1. Superpoblación, bibliotecas, virus y vicios

“La posición de Gibraltar como laboratorio natural para el estudio de la salud humana se valoró durante mucho tiempo incluso en el siglo XIX”.

Louis

et al.

, 1830; Pettenkofer, 1870,

en Sawchuk, Tripp y Samakaroon (

2020)

“Las condiciones bajo las que vivieron los soldados del ejército victoriano en tiempos de paz fueron excesivamente duras. Barracas hacinadas e insalubres, compartidas por las mujeres e hijos de aquellos soldados a los que se les había dado permiso para casarse. Faltaban instalaciones adecuadas de saneamiento y medios de eliminación de desechos, lo que favorecía la propagación de enfermedades, las raciones de alimentos eran inadecuadas y la paga mínima […] los soldados del ejército victoriano recurrían con frecuencia al alcohol y a las prostitutas como alivio de sus tediosas rutinas y triste vida”.

Calabria (1994: 369)

El espectacular boom que experimentó la población gibraltareña en el siglo XIX constituyó un caldo de cultivo muy favorable para la propagación de enfermedades. Pese a la epidemia de fiebre amarilla

de 1804 y los rebrotes, de esa enfermedad u otras como la viruela o el cólera, la tendencia demográfica ascendente no se interrumpió. La población de Gibraltar se sextuplicó en el siglo XIX, llegando a superar las 18.000 personas. Concretamente el incremento en el número de habitantes, entre 1814 y 1826, se cuantificó en un 51% (Constantine: 2009: 96-97). Y, como es lógico, fueron muchos los desafíos inherentes a la superpoblación de un espacio por entonces de poco más de 3 km^2 de territorio. Por el contrario, la población militar destinada en el Peñón, incluyendo a las esposas e hijos desplazados junto a la guarnición, se mantuvo relativamente estable a lo largo del siglo XIX. La cifra osciló de 6.754 en 1814 a 6.475 en 1901 (ibídem: 48-49). En el censo de 1814 se registraron 1.600 casas y solo una minoría de oficiales británicos, junto a judíos y católicos acomodados, disponían de soluciones habitacionales dignas y aceptables (Hills, 1974: 448).

Razones económicas explican el efecto llamada de la colonia en términos demográficos. En primer lugar, habría que mencionar el importante flujo de contrabando que se introducía en la Península desde Gibraltar. En 1827 un diplomático francés destinado en Madrid, el conde de Bois-le-Comte (1796-1863), calificó dicho tráfico de “escandaloso” (Sánchez Mantero, 1989: 51-58). En segundo lugar, habría que señalar el impacto de la apertura del Canal de Suez en 1869. La internacionalización de la vida económica de la colonia la hizo tan sensible a las enfermedades como a las oscilaciones de los mercados. No era fácil lograr el equilibrio. El movimiento de contrabando se fue estabilizando conforme avanzó la centuria, afectando también a la población, que de 16.394 en 1829 se redujo a 15.462 en 1860. El número de desempleados locales también se incrementó (en 1844, 4.553 habitantes no tenían oficio ni beneficio conocido [Grocott y Stockey, 2012: 42]).

Tras un periodo de crisis económica en las décadas centrales del siglo, la consolidación de la nueva ruta de navegación hacia oriente resultó un auténtico revulsivo para la colonia. Un tercio del comercio exterior británico discurriría por esta vía. El Gobierno británico suscribió un contrato con la naviera Peninsular and Orient (P&O), cuyos vapores hacían escala en Gibraltar y Malta. Esa nueva línea de navegación fue decisiva para la inmigración de

trabajadores malteses, que trabajarían en el Peñón como carboneros en el puerto, operarios en el astillero o en la construcción (Benady, 2017a: 335). En 1882, 2.483 vapores de más de 800 toneladas atracaron en las aguas de Gibraltar, convertida en centro internacional de redistribución de mercancías, estación carbonera y de foco de atracción de trabajadores transfronterizos (Constantine, 2009: 140).

Pero por la colonia no solo pasaban masivamente personas y mercancías, también letales virus y bacterias. La exposición de la población gibraltareña a la enfermedad en el siglo XIX es bien conocida gracias a los datos recabados tanto por el mando militar como por los sanitarios que se desplazaron para conocer la situación de primera mano. No solo camparon por la plaza la fiebre amarilla o el cólera, también lo hicieron enfermedades venéreas como la gonorrea o la sífilis. Gibraltar fue, de hecho, un observatorio privilegiado para el higienismo y el reformismo social victoriano, impulsado por figuras tan carismáticas como Florence Nightingale (1820-1910). Esta se involucró personalmente en la situación de la guarnición[29].

El doctor John Sutherland (1808-1891) y el capitán Douglas Galton (1822-1899) del cuerpo de Ingenieros Reales publicaron en la década de los años sesenta uno de los informes más reveladores de la mentalidad higienista en el Ejército. Salud pública y reforma social eran dos caras de una misma moneda, del mismo modo que el vicio y la enfermedad. Muchos creían en la necesidad de crear las condiciones adecuadas para un ambiente “sano y agradable” en Gibraltar, que mejorara la calidad de vida de la tropa. La educación se presentaba como el mejor antídoto contra la enfermedad, en tanto que alejaría a los soldados de los peligros del alcohol y de la prostitución.

En 1859 en un intento de democratización de los estándares mínimos de calidad de vida para quienes no podían gozar de los mismos privilegios que la oficialidad —como el ingreso en la Garrison Library— se puso en marcha un instituto del soldado en Gibraltar. La iniciativa del capitán Pilkington Jackson (1834-1907) consistía en crear un espacio para la lectura donde los soldados pudieran tener libre acceso a libros, prensa y diversos pasatiempos.

Con ello, se proporcionaban “algunos medios para mejorar sus mentes, y emplear racional e inocentemente sus horas de ocio” (Calabria, 1994: 379). Sin embargo, la habitación alquilada —donde se ubicó ese centro de instrucción y ocio— en unas semanas resultó ser insuficiente para dar cabida al más de medio millar de suscriptores. De ahí que Jackson pidiera ayuda al gobernador, William J. Codrington (1804-1884). La idea era asegurar el alquiler de dos habitaciones durante cinco años con el apoyo del Ministerio de la Guerra (War Office). En Inglaterra, destacadas personalidades como la citada Florence Nightingale, pero también la novelista Elizabeth Gaskell (1810-1865), colaborarían con la causa para mantener este establecimiento en Gibraltar y garantizar el suministro de periódicos y otras publicaciones como The Illustrated London News, The Leisure Hour, The British Workman o Punch. Sin embargo, los fondos recaudados no fueron suficientes (ibídem: 380-382).

Pero por duras que resultaran las condiciones de vida de la tropa, eran menos halagüeñas las de la mayoría de la población civil. Muchos gibraltareños vivían en condiciones paupérrimas e insalubres, exponiéndose a las enfermedades y representando una amenaza también para los militares, con los que convivían en un espacio reducido. Asociaciones benéficas y religiosas trataron de mitigar las condiciones extremas en las que se encontraban los grupos más desfavorecidos.

La mayoría de los gibraltareños se alojaba en los característicos patios: edificios de viviendas de distintos tamaños compartidas por varias familias. La entrada y las escaleras eran comunes y solo los más afortunados podían hacer uso, también colectivo, de “insalubres depósitos de agua y pestilentes retretes”. En torno al 21% de la población no tenía acceso a cisternas ni a otras fuentes de agua con regularidad. Según el censo de 1868, había registrados 720 patios en los que se alojaban más de 13.000 personas (Galton y Sutherland, 1862 en Sawchuk, Tripp y Samakaroon, 2020). Un informe de 1870 calculó un promedio de 22 habitantes por vivienda (Grocott y Stockey, 2012: 45).

Los sectores con menos recursos lógicamente padecían condiciones de mayor hacinamiento. Se ha señalado incluso que, en los edificios

más densamente poblados, podían convivir más de 100 personas. Compartían el espacio con animales domésticos y de carga, además de con insectos como mosquitos, que proliferaban en las aguas fecales esparcidas en las inmediaciones de las viviendas. El ambiente no podía ser más favorable para la transmisión de todo tipo de virus y bacterias, que contaminaban alimentos y depósitos de agua. El viajero escocés Henry David Inglis (1795-1835) llegó a escribir durante su viaje por España de 1830 que "nada puede juzgarse peor que la forma en que ha sido construida la ciudad de Gibraltar; las casas están fabricadas para la latitud de Inglaterra en vez de la latitud de África […] Lo cierto es que cuando las epidemias hacen acto de presencia en Gibraltar su avance se hace irresistible 'aquí […] no hay patios, ni fuentes, ni galerías abiertas para permitir la libre circulación del aire como en Sevilla'" (Sánchez Mantero, 1989: 26). Otros ilustres viajeros como Richard Ford (1796-1858) o el funcionario civil Robert Montgomery Martin (1801-1867) se expresarían en términos muy similares sobre el idiosincrásico y poco saludable urbanismo en la colonia (ibídem: 26-27)[30].

Lógicamente, en cuanto se declaraban casos de cólera o de otra enfermedad infectocontagiosa en Gibraltar, los patógenos y el pánico traspasaban a la par la permeable frontera con España. En la colonia solía causar preocupación y malestar la imposición de medidas de cuarentena desde España que, no obstante, a veces se consideraban "caprichosas y punitivas" (Nechtman, 2011; Pack, 2014). Las autoridades locales se quejaron en alguna ocasión de que los españoles habían sustituido los asedios del siglo XVIII por las cuarentenas o cordones sanitarios en el siglo XIX. De hecho, las relaciones se tensaron coyunturalmente entre las gobernaciones de la colonia y del Campo por este motivo. La interrupción de las comunicaciones con el Campo siempre representaba un trastorno para la plaza. Por ejemplo, el gobernador Robert William Gardiner (1781-1864), pese a su interés en el mantenimiento de las relaciones de buena vecindad, se opuso a las medidas de cuarentena impuestas a los barcos que viajaban a o desde Gibraltar. Consideraba que eran lesivas para el mantenimiento de las comunicaciones imperiales y, en general, para el buen funcionamiento naval y comercial de la plaza (Grocott y Stockey, 2012: 40).

Por lo general, el impacto de la atención médica ante un brote epidémico era bastante limitado en esta época. Poco se podía hacer, además de rezar, frente a determinadas enfermedades. La prescripción ante un cuadro de cólera consistía básicamente en hidratar y esperar acontecimientos. Y pese a la existencia de barreras profilácticas contra el virus de la viruela, continuaron los brotes de esta enfermedad. En 1865 se produjo una sindemia o concurrencia de cólera y viruela, que dejó un saldo mortal de casi 600 personas. La experiencia en Gibraltar con la vacunación contra la viruela se remontaba a 1801, cuando fue administrada por una expedición médica de la marina real. En 1815, el gobernador Don introdujo la vacunación gratuita para la población civil. Sin embargo, el cirujano del Hospital Civil de la colonia se lamentaría décadas después de que "hay muchos padres que descuidan la bendición ofrecida [de la vacunación]: y si no fuera por la actividad del portero del hospital que llama a las puertas de los barrios de las familias más pobres, habría una ausencia casi total de casos de vacunación" (Sawchuk, Tripp y Samakaroon, 2020). Este asunto llevó incluso a una investigación policial en el otoño de 1866 en los distritos altos de la ciudad, donde se hacinaban los trabajadores más pobres.

Dados los graves problemas sanitarios por los que atravesó la colonia, la creación en 1865 de una Comisión Sanitaria (Sanitary Commission) integrada por miembros destacados de la sociedad civil local suele considerarse un hito clave en el empoderamiento de la población gibraltareña (Grocott y Stockey, 2012: 45-50). Este órgano colegiado y por designación, integrado por una selección de representantes de la clase de negocios tomaría decisiones sobre el suministro hídrico (el agua se importaba o almacenaba tras periodos de lluvias) o las obras públicas. Dicha institución actuaría como una proto-corporación municipal, considerándose la entidad precursora del Ayuntamiento de Gibraltar creado tras la Primera Guerra Mundial[31]. El establecimiento de la Comisión Sanitaria coincidió además con la llegada a Gibraltar del magistrado Frederick Solly Flood (1801-1888), quien implementaría férreas e impopulares medidas de control social.

Un caso particular entre los habitantes de Gibraltar fue el de la población reclusa, hacinada en las 78 celdas de las que disponía la

prisión en el castillo moro. En 1861, un documento oficial cifraba su número en 563. Los convictos llegaban a la colonia para trabajar en obras públicas, como en la carretera a Europa Point, y en labores de saneamiento como los tan necesarios depósitos de agua. Su jornada se prolongaba desde las "8 de la mañana a 12 del mediodía y de 2 de la tarde hasta la puesta de sol" (Sánchez Mantero, 1989: 24-25). A pesar de su menor rendimiento respecto a la mano de obra libre, resultaba una fuerza de trabajo muy barata y compensaba. Cada preso costaba 28 libras al año frente a las 44 que habría que pagar a un operario estándar por su misma labor. Los últimos 127 convictos retornaron a Inglaterra en la primavera de 1875 tras la modificación de la legislación penal en 1868 (Constantine, 2009: 156-157).

Conforme avanzó el siglo, la gobernación no escatimó en medios para mantener la higiene pública, interpretada en un sentido moralista. Intentó incluso regular aspectos íntimos de la vida de los gibraltareños, considerados potencialmente peligrosos para la salud comunitaria. La recurrencia de enfermedades venéreas en el ejército y la marina justificó una serie de medidas "como el registro, la inspección médica periódica y la detención sanitaria de cualquier mujer que se considere una amenaza para la salud y la eficiencia de las guarniciones" (Howell, 2004: 445). Las Contagious Diseases (CD) Acts (1864-1869) (regulaciones para prevenir enfermedades de transmisión sexual) se aplicaron en Gibraltar. Para ello, se establecieron distintos sistemas de vigilancia sobre mujeres estigmatizadas social y racialmente, así como mecanismos para impedir su residencia en la colonia. Como se verá más adelante, las mujeres españolas, sospechosas de ejercer el oficio más viejo del mundo, fueron automáticamente elevadas a la categoría de villanas en la guarida victoriana. La colonia, como otros tantos puertos del Imperio, tendría su propio barrio o distrito rojo en Serruya's Lane.

En este sentido, la crisis sanitaria de 1865 y la llegada del magistrado Flood marcarían un punto de inflexión en las políticas de salud pública, organización urbanística y control social de la población en Gibraltar (Pack, 2014: 82). Pero, más allá del higienismo rampante en la racionalidad del poder en la colonia, las enfermedades no dejaron de atenazar al Peñón. La incidencia del cólera fue reemplazada por la de la tuberculosis a principios del

siglo XX.

2.2. Contrabandistas. Héroes y villanos

“En el siglo XIX, el camino que lindaba entre Conil —que a decir de algún viajero era ‘donde vivían las personas’— y las lindes del Estrecho estribaba en un sendero peligroso al que llamaban la trocha, un paraje infestado de bandidos. Otros predios de los alrededores eran dominados por bandoleros y contrabandistas, herencia en gran medida de la España que siguió a la guerra de la Independencia y, sobre todo, de la que sobrevivía al absolutismo monárquico”.

Téllez (2013: 127)

“Las actuales leyes fiscales de España no sólo resultan, por tanto, perjudiciales para los intereses comerciales y fabriles de naciones amigas y aliadas de España, sino que también imponen privaciones molestas al pueblo español”.

Lord Palmerston [1784-1865]

al representante de España en Londres, 1841, en Sánchez Mantero (1989: 68)

Uno de los principales escollos en las relaciones hispano-británicas del siglo XIX fue el contrabando que entraba en España a través de Gibraltar. Sus efectos fueron muy lesivos para un más que necesitado fisco español (Sánchez Mantero, 1989: 48, cfr. Hills, 1974: 449-450). Como ya se apuntó, las disputas sobre aguas jurisdiccionales tuvieron frecuentemente que ver con el tráfico ilegal, sobre todo de alcohol y textiles de algodón, que se operaba en la bahía de Algeciras.

Las redes de contrabando regional no solo eran otra manifestación más de la extraordinaria fluidez de los límites físicos entre España y Gibraltar, sino sobre todo de la complejidad de las interacciones económicas que configuraron históricamente ese espacio de frontera. En 1826 el secretario de Estado británico, George Canning (1770-1827), notificó al representante español en Londres la territorialidad de las aguas en "la curvatura de la costa que termina en Punta Mala, cuyo espacio, en su totalidad, se halla dentro del alcance de los cañones de la guarnición" (Verdú Baeza, 2015: 109). Solo unos años más tarde el Almirantazgo convirtió Malta en centro de operaciones en el Mediterráneo, con importantes consecuencias para la emergente economía civil del Peñón, dependiente del comercio ilegal con España.

Según se estimaba en un documento publicado en Londres en 1843, aproximadamente 300.000 personas estaban vinculadas o participaban de algún modo en el tráfico ilegal de mercancías en España (Sánchez Mantero, 1989: 60). El contrabando gozaba de arraigo en una región que, durante mucho tiempo, había actuado como cabeza de puente para el comercio indiano. La comunidad hebrea sería especialmente señalada por su participación en las actividades de contrabando desde Gibraltar. Durante la ocupación napoleónica de España, la colonia judía había abierto canales de suministro de productos básicos, alimentos y ganado, a través de sus contactos en Marruecos. Israel Cabeça o Aaron Cardozo se convirtieron en conspicuos representantes de un próspero grupo de gibraltareños, cuyos negocios habían estado conectados con este tipo de comercio. Otros apellidos que suelen citarse dentro de este influyente sector son los de Tauriel, Serrucha, Benseria o Benoliel (Vilar Ramírez, 1975, en Martín Corrales, 2003: 253-281). Concretamente, el banquero Judah Benoliel, socio del masón Juan Arengo durante la guerra de la Independencia, dejó a su muerte en 1839, "una fortuna que se calculaba en tres millones de duros, que hoy posiblemente sería equivalente a cien millones de euros" (Benady, 2014: 472).

Sin embargo, algunos miembros de la comunidad hebrea no fueron los únicos en sacar partido de un espacio transfronterizo tan propicio para los negocios, ya fueran o no legales. Algunos militares ingleses decidieron pasarse a la vida civil para poder disfrutar

abiertamente de sus pingües beneficios. Un ejemplo temprano fue el teniente John Ward, veterano de la campaña de 1704 y uno de los primeros miembros de la logia masónica Saint John of Jerusalem nº 25 de Gibraltar. Ward "fue considerado un ciudadano prominente en la plaza, a pesar de que dentro de sus negocios incluía el contrabando y posesión de varias licencias de piratería, actividades consideradas legítimas en Gibraltar que no perjudicaron su reputación en absoluto" (Sheriff, 2014: 30). Incluso los misioneros evangélicos se sirvieron de Gibraltar como base de contrabando "contratando bandidos andaluces para introducir ilegalmente y hacer circular sus folletos" y biblias por España (Vilar, 1994: 143-144, en Pack, 2019: 37).

La reventa formaba parte del modus vivendi de los españoles en una región deprimida, que había subsistido durante toda la centuria anterior como retaguardia. Después del Gran Asedio, tras la línea de fortificaciones, se consolidó una población que continuaría creciendo al calor del abastecimiento de alimentos frescos y mano de obra a Gibraltar. Un cronista sanroqueño describió la génesis de la Línea de la Concepción como un lugar de paso y de comercio. Vendedores ambulantes, que transportaban bienes tan preciados en la colonia como el agua potable, las verduras, frutas u otros productos frescos, regresaban a España con tabaco, tejidos de algodón y otras mercancías obtenidas a un precio ventajoso. Prácticamente todo el ganado vacuno y ovino sacrificado en Gibraltar era importado. En 1860, por ejemplo, la cifra alcanzaba más de 8.000 animales (Constantine, 2009: 139). Cuando trató de regularizarse el tráfico transfronterizo que se venía dando desde hacía casi un siglo por Puerta de Tierra, la habilitación de una aduana terrestre fue considerada como "un reconocimiento tardío (por parte de España) de que el istmo de Gibraltar sí era un lugar de comercio y tráfico, en contra de 'la letra muerta de Utrecht' que prohibía tal actividad. Pero la nueva aduana de La Línea era poco más que un 'cobertizo sucio' (zaquizamí) donde los contrabandistas preferían sobornar a los guardias mal pagados antes que someterse al nuevo régimen arancelario" (Pack, 2014: 75).

En la segunda mitad del siglo XIX, La Línea se consolidaría como ciudad dormitorio de Gibraltar (Ballantine Perera, 2008: 85). El Peñón continuaba demandando mano de obra para un amplísimo

abanico de actividades más o menos confesables (incluyendo a contrabandistas para pasar las mercancías y a empleadas de burdeles). La población de La Línea alcanzó la cifra de 11.000 habitantes en 1882. En 1887, de los 2.170 trabajadores empleados en los depósitos de carbón de Gibraltar, más de la mitad residían en la localidad española limítrofe (Constantine, 2009: 153). El trasiego de miles de personas entre el Campo y la colonia, obreros o empleados domésticos y proveedores de víveres, constituía la fuente de un lucrativo negocio para casas de comercio, tiendas y despachos minoristas, cafés y tabernas y, por supuesto, para los importadores gibraltareños.

Pero el contrabando o reventa al por menor, "contrabando de hormigas" (ant-smuggling en Hills, 1974: 449) solo representó una porción de un inmenso pastel. El negocio de verdad estaba en la entrada de grandes cantidades de productos como el algodón, el lino o la lana en un mercado protegido como España. En 1820 las exportaciones oficiales británicas de algodón a Gibraltar eran ocho veces superiores a las destinadas a toda España. En 1840 el valor de las primeras superaba más de 50 veces a las segundas (Sánchez Mantero, 1989: 92).

Gibraltar se convirtió en un centro de reexportación masiva e ilegal de textil de algodón. Su principal damnificada fue la industria catalana. Durante el Trienio Liberal (1820-1823), el cuerpo de Resguardo militar fracasó estrepitosamente en su objetivo de reducir el tráfico ilícito y el fraude aduanero. Además, los sobornos estuvieron a la orden del día. Más tarde, mediante un Real Decreto de marzo de 1829, se creó con el mismo objetivo el Real Cuerpo de Carabineros de Costas y Fronteras. En 1940 se asignaría a la Guardia Civil la persecución de este tipo de contrabando. Sin embargo, eran muchos en España los que —como algún aristócrata andaluz confesaría— preferían las "importaciones inglesas, de mejor textura y más perfecto acabado que los textiles catalanes" (Sánchez Mantero, 1989: 92-93). Por eso, pese a la política fiscal menos proteccionista del general Baldomero Espartero (1793-1879), regente entre 1840 y 1843, el contrabando continuó entrando en grandes cantidades por Gibraltar.

El arqueo de los barcos empleados en este tráfico, matriculados en

Gibraltar y con la protección del pabellón británico, podía alcanzar hasta las 150 toneladas métricas. Muchos de ellos estaban artillados, por lo que las escaramuzas con la guardia costera española a veces se resolvían violentamente. Embarcaciones como el Terrible fueron construidas en los astilleros de Gibraltar, para destinarse específicamente a este tipo de actividades. Sin embargo, también participaron en este lucrativo transporte faluchos españoles, cuyos servicios fueron financiados por las casas de comercio gibraltareñas. Cuando la situación lo requería, estos recibían la protección de barcos ingleses. Cádiz y Sanlúcar de Barrameda fueron destinos habituales de desembarco de las mercancías. Una vez los fardos eran descargados, porteadores y mulas se encargaban de su distribución en el interior. Ronda, en la sierra de Málaga, se convirtió en un punto logístico seguro desde el que redirigir aquel tráfico ilegal (ibídem: 64-65).

A Gibraltar llegaban todo tipo de productos. Hubo quienes en la metrópoli y en la colonia justificaron las operaciones de contrabando a gran escala como parte de una lucha justa entre el modelo librecambista británico (identificado como juego limpio comercial) y el proteccionista español (calificado de abuso estatal). Gibraltar era una plaza comercial y resultaba natural que muchos de los negocios locales se dedicaran a vender a quien quería comprar. En general, los gobernadores mantuvieron una actitud tolerante o, cuanto menos, de inhibición frente al contrabando. Existían muchos e importantes intereses locales en juego y no deseaban ver perturbado su mandato por una cuestión que no consideraban de su interés. Afectaba al fisco español y, por tanto, no era de su incumbencia ni mucho menos objeto de sus competencias como comandantes en jefe de la plaza. El gobernador Gardiner encarnó la excepción a esta regla. Su actuación en materia de contrabando le valió el apelativo de hispanófilo. Gardiner fue un distinguido general de artillería, condecorado con la medalla de Waterloo y no estuvo dispuesto a “escurrir el bulto” a su llegada a la colonia en 1848. Una prueba de su implicación en los asuntos de gobierno fue su famoso Report on Gibraltar Considered As a Fortress and a Colony: Respectfully Addressed to the Right Honourable the Lord Viscount Palmerston (1854) (Informe sobre Gibraltar considerada como una Fortaleza y una colonia: respetuosamente dirigida al muy honorable Lord Vizconde de

Palmerston). La posición de Gardiner contraria al contrabando, como es lógico, no fue bienvenida en Gibraltar. Nadie le había pedido su opinión sobre la naturaleza ética o no de aquel comercio.

Gardiner se lamentó de que la plaza estuviera dominada por intereses comerciales que "afirman incluso el derecho de obligar a España a comprar sus algodones y tabaco", y "que viven de la corrupción moral y el contrabando de pobres e indigentes" (Pack, 2014: 76). Consideraba, además, que el contrabando exponía a la tropa a los peligros del "vicio y al crimen". De hecho, sus juicios fueron respondidos contundentemente en folletos o documentos de pública circulación por los empresarios locales[32]. La comunidad comercial se sintió atacada y sus quejas, refrendadas por 394 gibraltareños, llegaron políticamente al más alto nivel en la metrópoli. En 1848, Gardiner criticó además a los representantes de la burguesía comercial por alentar "nociones de derechos políticos que nunca ha sido la intención de ningún gobierno británico […] conceder a los hombres de negocio en la Roca" (Azopardi, 2009: 31). De ahí que el Exchange Committee constituido como "representación política civil de la burguesía local" (Martens en Archer, 2013: 77) presionara todo lo que pudo y más para que el gobernador modificara su posición.

Marcus Henry Bland, propietario de la naviera más importante de Gibraltar, ya había solicitado "ingenua o cínicamente" —según se mire— que se permitiera a los contrabandistas españoles entrar en Gibraltar, "con pasaportes falsos ante la incompetencia de las autoridades españolas" (Constatine, 2009: 148). Otro destacado comerciante local, Benjamin Carver, utilizó sus contactos en la Cámara de Comercio de Mánchester para elevar una petición al Parlamento. Este último participó incluso en una delegación que interpelaría al duque de Newcastle (1811-1864). De hecho, Newcastle, secretario de Estado para las colonias y campeón del libre comercio, se mostró favorable a la posición de los comerciantes en Gibraltar y en Mánchester (Grocott y Stockey, 2012: 41). Pero la batalla contra Gardiner se libró en todos los frentes. El desfavorable estado de ánimo local contra el gobernador puede ejemplificarse en un dramático hecho acaecido en la zona neutral en 1853:

Una partida de españoles que había pasado la noche en el lugar, esperando seguramente la ocasión más propicia para pasar sus alijos de contrabando a la parte española, fueron sorprendidos y atacados por los agentes del Resguardo españoles. Uno de esos contrabandistas que se quedó dormido, fue brutalmente muerto por los carabineros, y tres de los compañeros fueron heridos seriamente. Los comerciantes gibraltareños quisieron dejar claro que no se trataba de exculpar a ningún español que cometiese una violación contra las leyes de su país, sino de rechazar el insulto que suponía para la comunidad de Gibraltar la nota que aquella misma noche publicó el Gobernador, y en la que se trataba de "asesino", no al funcionario que disparó a una persona indefensa delante de los fusiles ingleses, sino al comercio que era alentado e impulsado "por la política restrictiva de la Corte del Escorial" (Sánchez Mantero, 1989: 105).

Gardiner tuvo que flexibilizar su posición y finalmente abandonar Gibraltar dos años después de aquel suceso. Su marcha ha sido atribuida por algunos a la capacidad de presión del lobby gibraltareño en Londres. Sin embargo, no existen evidencias sólidas respecto a las verdaderas razones detrás de la decisión política de su traslado (Grocott y Stockey, 2012: 41). James Fergusson (1787-1865), como nuevo gobernador al frente de la plaza, regresaría a la posición habitual de quienes le antecedieron en el cargo. Como reclamaba Henry John Foote, desde Gibraltar, en una carta al editor del Times en agosto de 1875, "¿Es que los Estados de Europa se constituyen en guardianes de las leyes aduaneras de los demás?" (Sánchez Mantero, 1989: 114).

Tras la progresiva flexibilización arancelaria en España, con la ley de Alejandro Mon (1801-1882) de 1849 y la reforma de Laureano Figuerola (1816-1903) de 1869, el algodón dejaría de ser el primer producto de contrabando. Fue entonces sustituido por el tabaco procedente del sur de Estados Unidos. Un viajero inglés, Terence Manson Hughes, ya anotaba en 1845 que "si Gibraltar tenía 15.800 habitantes, se dedicaban a la manufactura de cigarros 3.000 personas de esta población, lo que significaba una de cada cinco

personas. ¡Cuánto se debe fumar en Gibraltar!" (Téllez, 2013: 130). En 1854, un cónsul francés estimaba que entraban en España mercancías por valor de 8 millones de francos (Pack, 2014: 79). A finales del siglo XIX, existían 42 fábricas de tabaco en la colonia. Y cuando se trató de introducir un impuesto sobre este producto, miembros del Exchange Committee con el apoyo de sus socios en Mánchester, Glasgow y Liverpool volverían a movilizarse contra lo que consideraban un atentado a sus intereses (Sánchez Mantero, 1989: 25).

El contrabando, pese a las distintas revisiones de los tipos fiscales en la España del siglo XIX, continuó siendo un estímulo para los negocios gibraltareños y una práctica endémica en la región. Como algunos testimonios campogibraltareños recogen, aún en el siglo XX, los niños jugarían en la Línea a una versión del escondite conocida como "contrabandistas y carabineros" (Sánchez-Cabeza, 1978 en Pack, 2019: 24). Quizás incluso hoy exista una versión 2.0 actualizada de ese juego. No cabe duda de que Gibraltar siempre ha ocupado un espacio, muchas veces real, otro tanto imaginario, en las historias españolas de evasión por razones más o menos confesables.

2.3. 'Tabla del naufragio liberal'

"Ya desde el principio, o sea desde el año de 1823, los emigrados españoles habían con harta dificultad podido permanecer en Gibraltar, y el rigor y la dureza ejercidos y aumentados progresivamente contra ellos en los actos de sus expulsiones de aquella tabla inmediata a que se habían acogido en su naufragio político, habían llegado a un punto que ya no era dable a ningún liberal español emigrado habilitarse como tal con el permiso o boleto indispensable de permanencia".

La viuda de José María Torrijos,

en Sánchez Mantero (1989: 34)

La historia del exilio político español en el Peñón puede remontarse a la huida del famoso abate José Marchena (1768-1821) en 1792[33]. Si bien, fue durante la guerra de la Independencia cuando Gibraltar quedó definitivamente ligada a los avatares del constitucionalismo español. El papel de la masonería fue muy destacado tanto en los contactos como en la cooperación transfronteriza durante esa excepcional coyuntura. Desde finales del siglo XVIII Gibraltar había sido un centro de actividad masónica en el Mediterráneo. De hecho, logias civiles y militares rivalizaban entre sí en el Peñón. Allí la masonería "no sufriría el mismo estigma" que en los países católicos y se vería impulsada por las logias madres en Inglaterra y Escocia. Incluso la comunidad hebrea tuvo su propia logia Hiram (Sheriff, 2014: 29, 31, 40).

En 1819 Francisco Javier de Istúriz (1790-1871), representante político del "liberalismo exaltado", pudo refugiarse en Gibraltar por su condición de masón (Delgado Idarreta, 2014: 644). La logia Calpean, que empleaba el castellano en su ritual, tuvo incluso problemas para "atender tanta afluencia" de españoles por el elevado número de opositores a Fernando VII (Sheriff, 2014: 49-50). El flujo más importante de exiliados liberales tuvo lugar tras el fracaso del Trienio constitucional (1820-1823). Sin embargo, Gibraltar solía ser una etapa en el camino hacia otros destinos como Francia, Portugal y sobre todo Inglaterra. Una emigración política que, aunque siempre coyuntural, no era bien acogida por las autoridades del Peñón. Por un lado, la presencia de este grupo desafiaba la política restrictiva de acceso a la colonia ante los problemas de superpoblación y, por otro, ponía en jaque las relaciones con España. Incluso se produjeron evacuaciones temporales de refugiados políticos a otros puertos como Tánger o Malta.

El insigne liberal Andrés Borrego (1802-1891) lamentó las dificultades por las que atravesaban quienes —como él mismo— buscaban una salida desde España a través de Gibraltar y la poca voluntad de auxilio en esta materia de los mandos ingleses. Otro ilustre exponente del liberalismo español, Antonio Alcalá Galiano (1789-1865), también escribió sobre la precariedad del socorrido

(por proximidad) refugio gibraltareño: "[…] allí no era posible permanecer, ni el Gobierno inglés consentía la estancia de los enemigos del Gobierno español en un lugar que, si bien con mengua nuestra de dueño extranjero, es por su situación parte de España" (Sánchez Mantero, 1989: 34). Pero además, la persecución política absolutista trató de extender sus tentáculos en el interior de la colonia. No era fácil sentirse a salvo tras la rendición de Cádiz ante los Cien Mil Hijos de San Luis del Duque de Angulema (1775-1844). El representante de la España de Fernando VII pidió reiteradamente la expulsión de los enemigos de su patria y de su rey. En el primer listado de opositores que el cónsul español en Gibraltar elaboró en 1823 fueron incluidos "82 diputados a Cortes, 19 generales, 43 militares de diferentes graduaciones, algún que otro profesional y el resto, funcionarios". Sin demasiado éxito, el cónsul también trataría de atraer a España a los exiliados con el señuelo de un "juicio justo" (ibídem).

Sin embargo, pese a todas estas dificultades, los refugiados políticos continuaron llegando a Gibraltar durante la década absolutista (1823-1833). La fortaleza inglesa no solo jugó un papel destacado como refugio para los disidentes del régimen fernandino, también actuó como base para lanzar fallidos golpes revolucionarios. Las delaciones estuvieron detrás del fracaso de la mayoría de estos. En 1824 ya se produjo un intento de restaurar la constitución en Almería por Los Coloraos, un grupo de liberales procedentes de Gibraltar (Téllez, 2013: 122). Si bien, las expediciones más conocidas son las que saldrían de la colonia para desembarcar en el litoral malagueño.

Este tipo de conspiraciones ponían aún más en el disparadero a los españoles que residían clandestinamente en el Peñón y a quienes les daban cobijo, pese a no tener autorización para ello. Tenían muy difícil pasar desapercibidos. El cerco sobre los revolucionarios españoles se estrechó en la primavera de 1831 después de la intentona de Salvador Manzanares (1788-1831), ministro del último gobierno constitucional del Trienio. El famoso Torrijos (1791-1831) que, contaba con influyentes amigos en Londres y en Gibraltar "para escapar a la vigilancia de la policía, tuvo que acogerse a la protección de Aaron Cardozo y otros gibraltareños, especialmente Ángel Bonfante, rico propietario que en los momentos de mayor

peligro llegó a ocultarlo en un escondite que había construido en su propio domicilio. Cuando tenía que salir a la calle, se disfrazaba, y su dominio del inglés hablado le ayudó mucho a disimular su condición de español para escapar del control policial […] El general Torrijos consumía su tiempo pescando o leyendo y tanto los que le acompañaban como los gibraltareños que conocían su situación se referían a él llamándole Tío Pepe para evitar su identificación" (Sánchez Mantero, 1989: 44). Su expedición a Málaga, donde murió fusilado junto a sus compañeros de ideas y armas en diciembre de 1831, sería la última de las protagonizadas por aquella generación de liberales y cuya historia en Gibraltar es la mejor conocida de la centuria decimonónica.

La instauración de una monarquía liberal con Isabel II (1833-1868), lejos de significar el fin de los exilios políticos, consolidó aquella penosa dinámica en la historia española del siglo XIX (que lamentablemente continuaría en el siglo XX). Gibraltar acogería a disidentes progresistas y republicanos, pero también a conservadores en distintas encrucijadas como las de 1840, 1854 o 1868. Además, hasta finales de siglo, las logias masónicas de la colonia siguieron atrayendo a sus vecinos campogibraltareños. La logia San Juan nº 115 o de los españoles, entre 1881 y 1888, inició a 46 españoles (Morales Benítez, 2014: 210).

En general, el apoyo prestado y solidaridad exhibida por distintos sectores de la población gibraltareña, movilizada y financieramente implicada con el destino político de los españoles, en distintas coyunturas revolucionarias, representaron otra prueba más de la independencia -cuando no abierta resistencia- del tejido civil local respecto a las estrategias de control social de las autoridades militares inglesas.

3. Biopolítica o cómo ‘poner puertas al campo’

“A los extranjeros que estén casados con nativos o con ingleses hasta la fecha se les permite residir con permisos temporales siempre que, en caso de que sus esposas se queden embarazadas, abandonen la guarnición. En caso de que no lo hicieran sus permisos de residencia temporal serán cancelados y tendrán que abandonar permanentemente la guarnición. Todos los extranjeros que se casen con nativos o ingleses después de esta fecha no podrán residir aquí más allá de un período limitado”.

Gobernador Gardiner, 1850,

en Burke y Sawchuk (2012: 539)

Se ha afirmado que el bienestar y la prosperidad de la población gibraltareña en el siglo XIX dependió “en gran medida de las fronteras abiertas” (Constantine, 2009: 137). Pero mientras que las mercancías y servicios siempre fueron bien recibidos en Gibraltar, no sucedería lo mismo con las personas. Esto último ocurrió sobre todo con los españoles que cruzaban a diario la frontera para trabajar en Gibraltar. Los empresarios locales los preferían a los obreros gibraltareños porque cobraban menos. Sus permisos eran visados a la entrada de la colonia y se expedían por un solo día. Podían ser prorrogados hasta un máximo de diez jornadas, aunque también existía la posibilidad —menos frecuente y más difícil— de obtener un permiso mensual de entrada diaria. Pero la solicitud de estos debía estar avalada y conllevaba además un coste económico (Sánchez Mantero, 1989: 22-23, cfr. Constantine, 2009: 119).

Pese a mantenerse una línea restrictiva sobre los permisos de entrada y residencia en la colonia, el rigor con que se aplicó dependió mucho de la discrecionalidad de quien ocupaba el cargo al frente de la gobernación. Sir Robert Thomas Wilson (1777-1849),

comandante en jefe en la plaza entre 1842 y 1848, fue más estricto que su sucesor Gardiner (Constantine, 2009: 105). Las trabas administrativas de los ingleses para que los extranjeros no pernoctasen en Gibraltar explican la expansión demográfica que experimentó la ciudad dormitorio de La Línea en la década de los años setenta. Como objetaban desde el Ayuntamiento de San Roque sobre la independencia administrativa de la Línea en 1870: "[…] portugueses, genoveses, judíos, otros extranjeros y muchos españoles, a quienes no se les permite pernoctar en el territorio inglés, viven en La Línea para poder entrar todos los días en aquella plaza" (Lázaro Bruña, 2020: 213). Durante un solo mes de ese año entraban en Gibraltar por la frontera terrestre, con permisos de un día, 42.145 personas. De ellas, 11.959 eran mujeres (Ballantine, 2008: 84).

En general leyes gubernamentales y ordenanzas locales trataban de regular la inmigración e impedir los nacimientos en Gibraltar de personas cuya ascendencia no fuera británica. El matrimonio y la natalidad fueron el centro de políticas demográficas, cuyas implicaciones iban mucho más allá de la sistematización del derecho de residencia. Para empezar, las licencias matrimoniales eran autorizadas por el gobernador. En 1822 lord Chatham, John Pitt (1756-1835), que había participado en la defensa de la ciudad durante el Gran Asedio y había sucedido al duque de Kent como gobernador, restringió los permisos de matrimonio. En 1837 el vicario católico local, John Baptist Nosardy Zino, se quejó de lo que consideraba una intromisión del gobernador en sus atribuciones como prelado. El nuevo régimen impedía celebrar matrimonios entre sus parroquianos ya que "en los casos en que ambas o una de las partes sean extranjeras (aunque residente durante mucho tiempo en Gibraltar) la sanción es denegada con mucha frecuencia" (Burke y Sawchuk, 2001: 537-538).

Con todo, el amor (o la lujuria según señalan algunos) se resistieron a "un apartheid basado en la soberanía territorial" (Constantine, 2009: 110). En este sentido, se reproducen aquí algunas opciones insumisas de vida que fueron recogidas en el censo de 1834:

John Ghiglizza, un jardinero "extranjero" de 51 años de Génova,

estaba casado con Ana, una “extranjera” de 48 años de España, y tenían tres niños y cuatro niñas. John Bosura, de 41 años, un almacenista de Génova estaba casado con Catalina, de 41 años, nativa de Gibraltar, y tuvieron seis hijos. Abraham Cohen, de 58 años, un comerciante “extranjero” de Marruecos, se había casado con Esther, una nativa de Gran Bretaña, y tenían tres hijos. Nicolas Traverso, de 43 años, natural de Gibraltar y sargento de policía, estaba casado con Gertrudes, de Portugal, también de 43 años. Augustin y Maria Parody, él un empleado de 31 años y nacido en Gibraltar, ella de 19 años de España, tenían dos bebés menores de 2 años. John McDonald, comerciante, de Gran Bretaña, se había enamorado de Juana de España y, con 50 y 42 años, habían criado cuatro hijos, dos nacidos en España (ibídem).

Los intentos de control gubernamental no solo sobre el paisaje humano, sino de relaciones y afectos íntimos, contribuyeron a tensar las relaciones entre las autoridades inglesas y los gibraltareños, cansados de ser considerados ciudadanos de segunda clase. Bajo el mandato del gobernador Codrington, entre 1859 y 1865, se endurecieron todavía más las condiciones para la obtención de permisos de residencia, cuya duración no podía exceder el año. Durante la revolución española de 1868, medios oficiales insistían en que “permitir a los ‘españoles angustiados’ entrar en una superpoblada Gibraltar era un acto de caridad o beneficencia malentendida (misplaced charity)” (Constantine, 2009: 105-116). Con todo, la septembrina dejaría huella en la plaza con el nacimiento del emblemático periódico editado en castellano El Calpense. Esta cabecera, pese a la reticencia de la gobernación a la concesión de licencias de prensa que no fueran en inglés, despejó el camino a otras publicaciones para hispanohablantes. Y es que el español era la primera lengua en Gibraltar.

En realidad, lo que subyacía detrás de distintas leyes aprobadas en el parlamento inglés sobre emigración y naturalización era evitar que grupos de población etiquetados como no deseables (undesirable inmigrants) accediesen al ius soli (según el cual los nacidos en los territorios del Imperio británico adquirían automáticamente la nacionalidad y, por tanto, la libertad de

movimientos y el derecho de residencia). Aquel era un aparataje legal para ser férreamente aplicado en fronteras tan permeables como la de Gibraltar con España. Una figura clave en la aplicación de estas medidas fue la del magistrado Frederick Solly Flood. Su mandato se caracterizó por la falta de entendimiento con los católicos de la plaza, "a quienes consideraba extraños" (Pack, 2014: 83). El discurso abusivo y discriminatorio de Flood sobre este grupo fue denunciado ante el Gobierno inglés por el vicario católico de Gibraltar, John Scandella (Ballantine Perera, 2007: 223). Para Flood, había que evitar a toda costa el "embarazo malvado" de una población en constante aumento, calificando de "llanto malvado" el de los niños nacidos de padres extranjeros (Ballantine Perera, 2008: 86). Por eso, las gibraltareñas casadas con extranjeros debían dar a luz fuera de la colonia so pena de expulsión. En 1869 más de medio centenar de ellas "con motivo de evitar la expulsión fueron transportadas en carro, a veces ya de parto, hacia La Línea para dar a luz allí […] La madre y el bebé podían regresar más tarde a Gibraltar pero el bebé entraba como extranjero y sin derechos de residencia" (ibídem). Algunas optaban por abortar para que sus maridos no fuesen expulsados (Sánchez Mantero, 1989: 22).

De hecho, los prejuicios operantes en la forma mentis de los legisladores en Londres y de los poderes ejecutivos en la colonia se tradujeron en prácticas administrativas tan discrecionales como discriminatorias. Esto fue así con determinados colectivos especialmente desprotegidos, como el triplemente estigmatizado de las prostitutas españolas (por extranjeras, mujeres y descarriadas). Las autoridades de la colonia consideraban a las mujeres —que trabajaban en las calles del entorno de Serruya's Lane— como una amenaza colectiva. Sostenían que su objetivo no era ganarse la vida como buenamente podían sino seducir a cándidos soldados para lograr la nacionalidad británica. La lógica discursiva expuesta por Flood reveló hasta qué punto "el problema de la población extranjera y el derecho de residencia estuvo ligado a las preocupaciones sobre el trabajo sexual", cada vez más demandado en la colonia (Howell, 2004: 455). De hecho, hubo casos en los que el prejuicio se impuso a la ley. Así sucedió con la española Carmen Hernández, una prostituta casada con un gibraltareño, expulsada de Gibraltar como medida profiláctica disuasoria de futuros enlaces de esas mismas características (Burke y Sawchuk, 2001: 540, cfr.

Sánchez, 2007)[34].

La cuestión legal era indudablemente una cuestión racial, pero también sexual. En este sentido, la preservación de una imagen racial normativa de la nación exigió artefactos legales o leyes de ingleses como la Naturalisation Act (1870) o la Aliens Order-in-Council (1873). Consideraciones legales y emocionales iban de la mano en un discurso público excluyente y punitivo sobre realidades sociales, que se consideraban anómalas, pero que resultaban ser las dominantes en el contexto gibraltareño (Ballantine Perera, 2007: 209-234). Las mujeres gibraltareñas, con estatus nacional, terminaron perdiendo todos sus derechos al contraer matrimonio con un extranjero. A veces, algunas de ellas incluso tuvieron que pagar un peaje intracomunitario. En 1891 Paulina Bensusan, natural de Gibraltar, huyó con su profesor español de guitarra José Rivero: "La reacción de la comunidad [hebrea] fue borrarla del libro de oraciones y se prohibió incluso hablar de ella" (Lázaro Bruña, 2020: 223).

3.1. Victorianos y multiculturales

Pero ni los gravísimos problemas estructurales habitacionales ni la sumaria aplicación de ciertas leyes sobre la población impidieron que, pese a todo, Gibraltar se convirtiera en una ciudad próspera y multiétnica en el siglo XIX[35]. También hubo historias de emigración exitosa como la del maltés Carmelo Caruana, abuelo del que fuera entre 1996 y 2011 ministro principal en la Roca, "que se estableció en Gibraltar como sastre de uniformes para la Royal Navy; su tienda de ropas de caballero tuvo gran éxito y evidentemente el negocio prosperó permitiendo la educación de sus descendientes en public schools (colegios de prestigio) en Inglaterra" (Benady, 2017: 335).

El Gibraltar victoriano se convirtió además en un atractivo destino turístico, en cuyo puerto hacían escala viajeros de todas las partes del mundo. En 1886 se introdujo el teléfono en la colonia (Beanland, 2001)[36]. Existía también una sociedad científica y otras instituciones educativas o culturales que trataban de emular a las de

la metrópoli. Por todo ello, el victorianismo gibraltareño, cuya impronta sería visible en el —no siempre apreciado— urbanismo de la ciudad, sería tan cosmopolita como local (Stewart, 1968: 201)[37].

Gibraltar fue también sede de monterías y otras actividades deportivas y lúdicas como las carreras de caballos, que se celebraban en la cara norte del Peñón, o la navegación en yate. En la guía de 1883 de Gilbard (teniente coronel George James) sobre los principales lugares y objetos de interés se mencionaba también el Gibraltar Yatch Club (Gilbard, 1883: 133). Aquel club náutico fue creado en 1829 por oficiales británicos y, para pertenecer a él, además de participar en sus actividades, había que poseer una embarcación y "ser socialmente aceptable": en 1896 solo 22 de sus 70 miembros eran civiles, reduciéndose el número a 6 cuando se trataba de socios nacidos en Gibraltar. Por el contrario, en la Gibraltar Football Association a finales de siglo predominarían los civiles (Spence, 2015: 99). Sin duda, el deporte rey siempre ha sido popular.

La colonia contaba también con un Teatro Real (Royal Theatre), cuyo espectáculo inaugural en 1847 había sido la ópera de Verdi Nabucodonosor[38]. La clase más acomodada de Gibraltar se caracterizaría con el tiempo por ser "bilingüe y bicultural". En aquel espacio predominarían espectáculos y música en español. Las obras de comediógrafos y dramaturgos como José Echegaray (1832-1916) o Jacinto Benavente (1866-1954) se representaban más que las de Oscar Wilde (1854-1900) o George Bernard Shaw (1856-1950) (Stockey, 2009: 33-34). Las redes intelectuales y artísticas trabadas en ese particular clima tuvieron también un carácter regional. Trayectorias de vida como las del pintor gibraltareño, Gustavo Bacarisas (1873-1971), formado en Roma y más tarde afincado en Sevilla, pueden ser un buen ejemplo de ello[39]. Hasta 1898 la moneda española fue la más empleada en Gibraltar, "lo que indica la intimidad económica entre soberanías supuestamente separadas" (Garcia, 1994: 15-29, en Constantine, 2009: 151).

Para disgusto de los militares y funcionarios ingleses en Gibraltar, el español no solo dominaba la vida privada sino también la pública. Puede conectarse con este particular perfil sociolingüístico, la

publicación en 1837 de El martirio de la joven Hachuel de Eugenio María Romero, una obra de ficción editada en la Imprenta Militar de la ciudad. Su argumento giraba sobre la decapitación de una hebrea tangerina en Fez ante su negativa a convertirse al islam (Yborra Aznar, 2005: 56). La literatura en español tenía mucha mayor difusión. El fenómeno más revelador en este sentido fue la proliferación de cabeceras de prensa. Además del Calpense, circularon el Gibraltar Guardian (pese a su título se publicó en español entre 1872-1886 y algunos meses de 1889), El Mono (1876-1886), Mons Calpe (1883-1900), El Anunciador (1885-1940), La Flora Calpense (1885-1886), El Mico (1885-1888), Vox Populi (1891-1897), Altruismo (1896-1897) o El Cepillo (1899-1902). La frecuencia de publicación de estas cabeceras, según los casos, era diaria, semanal o bisemanal (Langa, 2008: 130-131). El Calpense con 500 ejemplares de tirada diaria, el Gibraltar Guardian con 400 y El Mono con 300 semanales, superaban con mucho a los 400 ejemplares diarios del oficialista Gibraltar Chronicle (Yborra Aznar, 2005: 55). Con todo, el decano de la prensa gibraltareña —vinculado a la oficialidad británica— pugnaría en el siglo XIX por lograr mayores cotas de autonomía como empresa periodística.

Los gibraltareños, además de hispanohablantes, eran católicos. La clase adinerada también compartía ese credo (Stockey, 2009: 27). Todos ellos dependían de la autoridad religiosa de un vicario apostólico, financiado por el Gobierno británico (300 libras esterlinas anuales). La figura del vicario gozó de gran influencia política y social y, como se ha visto, no rehuiría la confrontación con las autoridades cuando consideró lesionados los intereses de su comunidad de feligreses. Además de la catedral de Santa María la Coronada en la calle principal (Main Street) existían templos más pequeños o capillas en el sur de la ciudad y en Catalan Bay.

Por su parte, los protestantes constituían una minoría frente a los aproximadamente 10.000 católicos domiciliados a mediados del siglo XIX. Su número entonces oscilaba alrededor de los 1.500. Desde 1838 los anglicanos contaban con su propia catedral, la de la Santísima Trinidad. Sin embargo, no era infrecuente que anglicanos y metodistas se convirtieran en católicos por la vía matrimonial (Archer, 2013: 41). Pese a ser el credo minoritario, la plaza se convirtió en un centro de irradiación del protestantismo en España.

Con esa misión, fue enviado precisamente el pastor William Harris Rule (1802-1890) en 1832 por la Sociedad Metodista Misionera de Londres (Moreno y Rueda Ramírez, 2021). Además, algunos protestantes españoles —ante el clima hostil de una España constitucionalmente confesional— optaron por instalarse en la colonia. El caso más conocido es el del catalán Francisco de Paula Ruet (1876-1828). Tras el fin del bienio progresista (1854-1856), Ruet fue encarcelado en Cataluña y deportado a Gibraltar. En el Peñón estrechó sus lazos con la Iglesia escocesa, siendo finalmente ordenado pastor en ella. Más tarde, lideraría la Iglesia Reformada Española en Andalucía y Cataluña. Sus actividades en España contaron con el respaldo de la Spanish Evangelical Society de Edimburgo[40]. Ruet, Rule, George Borrow (1803-1881) y el teniente James Newenham Graydon (1775-1869) representaron "los cuatro puntales iniciales de la obra reformista en la España contemporánea" (Vilar, 1994: 228).

Pero la difusión del mensaje evangélico también se orientaba específicamente a Gibraltar. Esta comunidad fue pionera en el establecimiento de escuelas que proporcionaban formación gratuita para los niños en la colonia. En 1842 el Dr. Edward John Burrow (1785–1861), archidiácono en la plaza, impulsó una escuela anglicana para niñas (Anglican School for Girls). Burrow llegó a Gibraltar en 1835 como capellán civil, tras una estancia en Sudáfrica, donde trabajó en la Asociación del Cabo de Buena Esperanza para la exploración de África central. De hecho, contribuiría notablemente a las actividades científicas y museísticas en la colonia fundando la Sociedad Científica de Gibraltar. Esta es sobre todo conocida por su vínculo con el famoso cráneo neandertal (Gibraltar 1), presentado a la Sociedad por su secretario de 23 años, el teniente Edmund Henry Réné Flint (1824-1857) en 1848. La presentación del descubrimiento se registró en el Libro de actas antes de su traslado a Londres en 1864 (Menez, 2018: 36-40).

Los católicos, por su parte, también pondrían en marcha sus propios centros educativos para no perder posiciones frente a sus competidores protestantes. En 1835 se inauguró la primera escuela católica para niños pobres. Le siguió una escuela para niñas fundadas por las hermanas irlandesas de Loreto (Kellerman, 2001: 35). A mediados de siglo ya había en la colonia cinco escuelas

católicas, que no tenían subvención por parte del Gobierno británico. De hecho, en 1849 estudiantes gibraltareños se matricularían en un Instituto de Segunda Enseñanza en Algeciras de existencia, al parecer, muy breve (Yborra Aznar, 2005: 55).

La comunidad hebrea, cuyo número era similar al de protestantes, contaba con varias sinagogas: la gran sinagoga de Gibraltar, la Shaar Hashamyim en Engineer Line, la Esnoga Chica (Sinagoga Chica) cerca de Main Street, y la Esnoga Flamenca o Sinagoga Nefusot Yehudah, inaugurada por sefarditas de procedencia europea en 1800, para preservar su tradición frente a la comunidad de origen marroquí mayoritaria en la gran sinagoga. En las primeras décadas del XIX se crearía la sinagoga Kahal Kadosh en la yeshivá o escuela del rabino Salomon Abudarhams en Parliament Lane. Además, Joseph Bensusan levantaría otra en Punta Europa (Haller, 2000: 18-19, cfr. Lázaro Bruña, 2020: 228). Estos centros religiosos fueron tradicionalmente lugares de instrucción. Suele referirse el establecimiento de una escuela primaria hebrea en 1876 (Haller, 2000: 15) y de otra fundada en 1898 (Kellerman, 2001:35). A finales de siglo, muchos judíos decidieron fijar su residencia en La Línea, donde el coste de la vida era menor que en Gibraltar, e incluso allí tendrían su propia sinagoga. Este fenómeno vino acompañado por un cambio en el tradicional patrón endogámico de los matrimonios entre los judíos gibraltareños. Los matrimonios transfronterizos o interreligiosos comenzarían a ser cada vez más frecuentes en este grupo (Swachuk y Herring, 1988: 195-196, cfr. Lázaro Bruña, 2020).

Por último, en cuanto a la enseñanza, destacaron las escuelas de la guarnición que recibían apoyo financiero del Gobierno británico y cuyos nombres coincidían con los de los regimientos del Ejército en Gibraltar. También existían escuelas privadas como las Wesleyan (Sánchez Mantero, 1989: 23-24). El Gobierno de Gibraltar no financiaría una educación primaria pública hasta 1917 (Stockey, 2009: 43). Con todo, los oficiales y los miembros de la élite comercial local se decantarían por enviar a sus hijos a internados católicos ingleses (Stewart, 1968: 228).

Por lo general, en Gibraltar las diferentes comunidades lingüísticas y religiosas no solo consolidaron sus rasgos idiosincrásicos a lo

largo del siglo XIX, sino que también convivieron y entablaron relaciones personales y familiares. Y pese a las inevitables tensiones entre comunidades y clases, que también las hubo, entre la clase de los negocios y los trabajadores locales, y entre estos últimos y los obreros españoles (Benady y Ballantine Perera, 2018: 394), lo cierto es que la resistencia común a regulaciones inglesas consideradas injustas —dentro y fuera de la colonia— puede considerarse la manifestación de la existencia de un emergente tejido civil, que alcanzaría su expresión más vívida en el siglo XX.

cAPÍTULO 4

Más allá de la 'Roca de los espías':

Gibraltar y los gibraltareños en las grandes guerras del siglo XX

"Para el pueblo inglés, fuera de las islas británicas no existe territorio alguno en todo el planeta que tenga más importancia y que sea tan valioso como Gibraltar. Ya pueden los tratadistas militares, al comparar la importancia de esta plaza con la de Ceuta y Menorca, declarar que la primera vale lo mismo y la segunda más; así y todo nunca lograrán que el pueblo inglés cambie su Peñón por ninguna de ellas. Para los ingleses, Gibraltar representa, a la vez que la gloria del pasado, su fuerza en el presente y la seguridad del porvenir; es la prueba más concluyente del poder naval que han conservado durante cerca de 200 años, así como la más gráfica manifestación de que continúan dominando en los mares. El pueblo británico tiene la más profunda convicción de que del dominio de Gibraltar depende, no solo la importancia naval de la Gran Bretaña en el Mediterráneo, sino también su seguridad en el Atlántico y su fácil acceso al Extremo Oriente y al Canal de Suez".

T. G. Bowles, Gibraltar.

Un peligro nacional (1901: 11)

1. La hora de los gibraltareños

La Primera Guerra Mundial puso fin a un largo siglo XIX, truncando en Gran Bretaña y sus colonias la fe en la idea victoriana del progreso material y espiritual para el conjunto social. Durante ese periodo la población gibraltareña experimentó una fase clave para su definición identitaria, marcada por la resistencia a una racionalidad del poder excluyente e impuesta desde fuera. De hecho, el gobernador de la colonia, pese a sus enormes poderes, no siempre pudo gestionar satisfactoriamente el complejo entramado de intereses políticos, militares y civiles que convivían en la plaza. El desempeño de su papel institucional no fue fácil: representaba a la corona, debía informar al Ministerio de la Guerra (War Office), respondía ante el Ministerio de las Colonias (Colonial Office), tenía que coordinarse con Exteriores (Foreign Office) y atender a las solicitudes del Almirantazgo sobre la base naval (Grocott, 2009: 422).

Esos roles ejecutivos constituyeron piezas de un puzle que no siempre, por cuestiones de talante o experiencia, resultaban fáciles de encajar. Algunos gobernadores carecieron de la formación y habilidades diplomáticas que exigía el cargo (Archer, 2006: 73). Conforme la sociedad local se hizo más compleja, mayores fueron los desafíos para la autoridad militar y la administración colonial en el Peñón. Por un lado, Ralph Champneys Williams (1848-1927), funcionario del ministerio de las Colonias y tesorero en Gibraltar en la década de 1890, se había sentido “horrorizado por la extensión del uso del español en Gibraltar, particularmente entre los miembros del servicio civil” (Stockey, 2009: 16). Por otro, en los años previos a la Gran Guerra, el mandato del general sir Archibald Hunter (1856-1936) evidenció la naturaleza conflictiva de las relaciones entre gobernador y gobernados. Hunter nunca llegó a aceptar la particular idiosincrasia de Gibraltar. Se lamentó de los “agentes de policía, telefonistas y taxistas que no hablaban inglés”, “del mal estado de las carreteras”, “de las calles sucias” o “del uso

indecente de las letrinas" (Groycott, 2009: 431). Abogó por la introducción de la mano de obra india y se opuso al acceso de prominentes gibraltareños a cargos públicos. Suele citarse, en este sentido, el caso de Horace Parodi, que se postuló a magistrado de policía en 1911[41]. Tras tres años en Gibraltar, Hunter —incapaz de reconducir de manera armoniosa las relaciones con los locales— fue sustituido en 1913 por el teniente general sir Herbert Miles (1850-1926). Más tarde, en los años veinte, el gobernador sir Alexander John Godley (1867-1957) se sentiría muy decepcionado por el hecho de que "el español fuera el idioma casi universalmente hablado en la colonia […] tras dos siglos de ocupación británica". En 1933 otro alto oficial colonial tuvo que ser reconvenido por "quejarse del uso en la Roca del español sobre el inglés ante un grupo de boy scouts gibraltareños" (Stockey, 2009: 16). Atendiendo al tipo de matrimonio más común en las primeras décadas del siglo XX, las madres en Gibraltar solían ser españolas.

Con todo, el siglo XX marcó la singladura del progresivo empoderamiento de los gibraltareños en la vida pública de la colonia. Los principales actores en ese proceso pertenecieron a la próspera burguesía o sociedad de Main Street (Benady, 1999: 330). Sus órganos de expresión y representación fueron el Exchange Committee, la Cámara de Comercio (1882) y la Federación de Empleadores de Gibraltar (Gibraltar Employers' Federation, 1902). Este grupo era anglófono pero el dominio del español les resultaba clave para sus negocios al otro lado de la frontera. El Calpense y El Anunciador, vinculados a la clase empresarial, eran las cabeceras más leídas. Pero también la clase trabajadora o la Buena Vista Society, "la gente de la Buena Vista"[42], reclamó su lugar en el espacio público. Este sector de población desarrolló un particular perfil social con "una cultura distinta, o más española, a la que expresaba la clase burguesa en Gibraltar" (Benady y Ballantine Perera, 2018: 392). La consolidación de la disputada frontera, con una verja en 1909, no impidió que los lazos sociales y culturales entre los gibraltareños y los españoles continuaran estrechándose[43]. Pese a la introducción de aquella barrera física, 10.000 trabajadores españoles continuaron entrando diariamente en el Peñón (Grocott, 2009: 421). De hecho, en 1900 ya se había solicitado una licencia para una publicación obrera en español (Círculo Obrero) que fue denegada por las autoridades (Grocott, Stockey y Grady, 2019:

73-74).

El marqués de Marzales, Pablo Larios (1862-1938), fue una de las figuras más destacadas de la vida pública gibraltareña en el primer tercio del siglo XX. Presidió la Comisión Sanitaria y actuó como montero principal del Calpe Hunt durante décadas. Sus influencias garantizaron el desenvolvimiento de las actividades del Calpe en suelo español, así como el patrocinio de Eduardo VII (1841-1910) y Alfonso XIII. En 1906 el Calpe se re-denominó Royal Calpe Hunt (Ballantine Perera, 2010: 360). Las relaciones entre Gibraltar y su Campo eran tan inevitables como simbióticas. El gobernador Hunter invitó a las autoridades militares y a la élite económica del Campo a los fastos en 1911 con motivo de la coronación de Jorge V (1865-1936), que incluyeron una recepción y posterior baile en el Convento. En 1929, cuando un hidroavión pilotado por Ramón Franco (1896-1938) se perdió en el Atlántico, la Royal Navy participó en el rescate en una operación coordinada por las autoridades navales del Peñón. La tripulación española llegó a Gibraltar, donde fueron recibidos por las autoridades militares (Gingell, 2012: 4). También, pese a la progresiva expansión de la libra esterlina, la peseta todavía circuló en la colonia durante décadas (Garcia, 2016: 43).

Sin embargo, el sentimiento de proximidad social, cultural y económica con lo español y los españoles no se trasladó al terreno de lo político. Desde la centuria anterior, los gibraltareños habían dado muestras de su lealtad a la corona británica. Los festejos de los jubileos de oro y diamante de la reina Victoria (1819-1901) o las visitas de Eduardo VII, cuando era el príncipe de Gales, brindaron ocasiones para ello. Esa tónica continuó en el siglo XX durante la visita en marzo de 1901 del duque de York, futuro rey Jorge V, o la de Eduardo VII ya como rey en abril de 1903. La burguesía local participó activamente en los distintos eventos que se organizaron a nivel local. Tanto la Cámara de Comercio como la Comisión Sanitaria formaron parte de la programación festiva y la comunidad judía publicó en la prensa un mensaje de bienvenida al monarca (Constantine, 2006: 26-29). Hunter también convirtió el Día del Imperio en la Semana del Imperio y promovió la reapertura del emblemático Teatro Real (Groycott, 2009: 425).

Los gibraltareños, aunque en ocasiones no se sintieran conformes con el trato que recibían de las autoridades inglesas, “se enorgullecían de su nacionalidad británica, y de formar parte de lo que consideraban el primer imperio de su tiempo con su gloriosa marina” (Benady, 1999: 332). Al fin y al cabo, el imaginario imperial británico estaba íntimamente ligado a una serie de representaciones y discursos forjados históricamente sobre la Roca inexpugnable y llave del Mediterráneo: una creencia que llegó a ser “tan firme como el Peñón” (Hills, 1974: 468).

2. Despejando dudas sobre Gibraltar

"La guerra no se hace hoy en día con la cortesía con que una vez se practicó, mi argumento ahora es que el puerto y la fortaleza de Gibraltar deben estar siempre listos para lo peor que podría pasar".

El gobernador Hunter,

en Grocott (2009: 426)

En la segunda mitad del siglo XIX comenzó a dudarse sobre la veracidad del mito de Gibraltar, como plaza fuerte inexpugnable. Los avances de la artillería moderna y las mayores facilidades portuarias que ofrecían otros puertos en la región constituyeron los argumentos más recurrentes entre los escépticos. En 1857 Richard Congreve (1818-1899), uno de los referentes del positivismo inglés, reflexionó sobre esa cuestión en Gibraltar; or the Foreign Policy of England. De hecho, se abrió un debate público en el que se sugeriría la devolución a España de Gibraltar a cambio de Ceuta (Larsonneur, 1955: 84). Esa propuesta fue tan controvertida como socialmente contestada. En 1862 la publicación de The History of Gibraltar and of Its Political Relation to Events in Europe (La Historia de Gibraltar y de sus relaciones políticas con los acontecimientos en Europa), del capitán Frederick Sayer volvió a espolear la cuestión de la restitución a España en medios como Daily News o Morning Star (Ramos Rovi, 2008: 29).

Gibraltar era todo un emblema nacional. Sin embargo, la construcción del consenso político en torno al significado nacional de su posesión británica, como sobre tantos asuntos considerados de interés general, no había estado exento de acaloradas polémicas. Y aunque la idea de la permuta fuera descartada, continuaron publicándose artículos favorables a la misma en distintos medios (Ballesteros, 1998: 61; Sepúlveda, 2004). La preocupación por la

vulnerabilidad de Gibraltar coincidió además con la descomposición del sistema de alianzas bismarckiano y la aceleración de la carrera armamentística que desembocaría en un conflicto mundial.

2.1. ¿Fortaleza o peligro?

La consolidación de la posición francesa en el norte de África a finales del siglo XIX y una eventual (aunque improbable) acción hostil por parte de España contra Gran Bretaña actuaron como acicates en el debate inglés sobre el estado de las infraestructuras navales en Gibraltar. Además, la inadecuación de su puerto y de las instalaciones del astillero para acoger y reparar grandes buques de guerra se hizo aún más patente al ser comparadas con las facilidades de este tipo existentes en otras bases imperiales. El ya citado tesorero colonial, Ralph Williams, fue muy explícito al respecto en sus impresiones sobre las deficiencias del Peñón: "El viajero, al llegar en el vapor-correo, contempló con asombro la roca inclinada y sus 'muros inexpugnables' […] pero no había nada, literalmente nada, adecuado para la defensa de la llave del Mediterráneo" (Grocott y Stockey, 2012: 46).

La plaza carecía de defensas antitorpedo y, además, la navegación podría resultar muy peligrosa en condiciones atmosféricas adversas. Lo sucedido en marzo de 1891 con el transatlántico Utopía en ruta desde Trieste a Nueva York (con escalas en Nápoles, Génova y Gibraltar) fue un trágico ejemplo de ello. El Utopía colisionó con el HMS Anson en las aguas del Peñón y se hundió en cuestión de minutos, perdiendo la vida 562 personas. La escasa visibilidad y los insuficientes botes salvavidas causaron una catástrofe humanitaria que quedó grabada por mucho tiempo en la retina de la población gibraltareña. El naufragio sembró "de cadáveres (veintidós a lo largo de un kilómetro) y de curiosos la playa de la Bahía; muchos más cuerpos sin vida devolvería el mar en días sucesivos" (Ballesta, 2005: 205).

En ese contexto de dudas sobre la capacidad defensiva de la base y de las condiciones que ofrecía su puerto para el tráfico marítimo en

el Estrecho, el ambicioso programa de infraestructuras navales para Gibraltar aprobado por el Gobierno británico resultó aún más polémico. Las tensiones bilaterales en la estela de la crisis del 98 por el plan español de artillado en Sierra Carbonera, proyectado por el gabinete de Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903), resultaron significativas no solo de la inseguridad española sobre la defensa de su integridad territorial frente a un ataque inglés, sino también de la británica sobre su propia vulnerabilidad en la icónica plaza. Ante las presiones del Gobierno inglés, el español desistió en su empeño de reforzar las defensas en las proximidades de la colonia.

El periodista y representante conservador en el Parlamento, Thomas Gibson-Bowles (1842-1922), fue una de las voces más críticas contra algunos de los aspectos de la remodelación portuaria en ese contexto finisecular[44]. Gibson-Bowles consideraba que los trabajos de remodelación en el lado occidental del Peñón exponían aún más la plaza a un ataque de artillería desde España. De hecho, participó en una comisión para investigar los posibles riesgos del programa. Aunque sus conclusiones debían ser confidenciales, Gibson-Bowles publicó Gibraltar, a National Danger (1901), una obra que pronto se tradujo al castellano. Para el político inglés, Gibraltar no era propiamente la llave del Mediterráneo, pero sí "el sitio en que está colgada la llave" (Gibson-Bowles, 1901: 12). Por eso, debía protegerse con un cambio de orientación en las obras "con la construcción de arsenales mayores; mejores talleres de reparación (con al menos un dique seco) en la cara oriental del Peñón, su vertiente más inexpugnable; y defensas contra ataques de torpederos para garantizar la protección de barcos de guerra surtos en la base" (García Sanz, 2011: 296). En 1903 Gibson-Bowles cargó de nuevo contra el programa con el opúsculo Gibraltar and the Ministry, a continuation of the story of a national danger. Ese mismo año se intentaron introducir defensas aéreas en el Peñón con el establecimiento de una sección de globos aerostáticos en Windmill Hill (Téllez, 2013: 215). Había mucho en juego, mucho más que las 4.369.000 libras invertidas en la remodelación portuaria de la plaza en la década comprendida entre 1894 y 1904 (García Sanz, 2011: 298).

Con todo, en el periodo precedente a la Primera Guerra Mundial, los planes de remodelación naval del Almirante John Arbuthnot

“Jacky” Fisher (1841-1920) supusieron una revalorización de Gibraltar en el sistema de operaciones del Almirantazgo. Se creó una flota atlántica con base en el Peñón. El astillero local se amplió siguiendo el plan inicial de tres grandes muelles, adaptados para destructores y grandes buques de guerra. Se construyeron instalaciones para máquinas de bombeo y se aumentó la capacidad de almacenamiento hídrico para atender a las necesidades de la guarnición (Grocott y Stockey, 2012: 48). Pero esta expansión de las instalaciones de uso militar y naval tendría también consecuencias negativas para el tráfico comercial en el puerto, generando tensiones entre la Cámara de Comercio y la autoridad militar (Grocott, 2009: 425).

2.2. Una pequeña colonia en una Gran Guerra

“Gibraltar fue probablemente la más ‘internacional’ de las bases y donde la cooperación entre los Aliados pareció ser mejor que en otros puntos del Mediterráneo”.

Halpern (1994: 395)

Hasta hace relativamente poco, se desconocían muchos aspectos sobre el papel de Gibraltar durante la Primera Guerra Mundial. Su localización de retaguardia, la ineficacia de su centro naval ante los movimientos de los submarinos alemanes en el Estrecho, y su dependencia operativa de la política de neutralidad española fueron argumentos frecuentes para asignar a la base del Peñón un lugar muy secundario desde la periferia. Desde este punto de vista, se justificó su perfil bajo llegando “a la paz sin ningún signo evidente de haber estado alguna vez activamente comprometida en una guerra” (Bradford, 1971: 180). Sin embargo, estudios recientes han demostrado la centralidad de la posición no solo para defender los intereses de Gran Bretaña en la España neutral y lanzar las operaciones encubiertas de sus agentes secretos en la península ibérica y el norte de África, sino también en la aplicación del

bloqueo naval contra las potencias centrales y la represión del contrabando de guerra en el Estrecho (García Sanz, 2010; 2016). Gibraltar fue además puerto de escala en la campaña de Gallipoli en 1915 y base del sistema de convoyes entre el Mediterráneo y el Atlántico a partir de la primavera de 1917.

Por todo ello, Algeciras se convirtió en un foco muy activo del espionaje de las potencias centrales, que mantuvieron un estrecho cerco sobre la colonia inglesa. El mismísimo Wilhelm Franz Canaris (1887-1945), que llegaría a ser jefe del espionaje alemán, reclutó colaboradores para espiar a los barcos ingleses en la bahía de Algeciras, "lo que le había permitido observar, por primera vez la característica silueta que [el Peñón] ofrecía desde las ciudades de La Línea y Algeciras" (Escuadra Sánchez, 1997: 92). En aquella época, el joven Canaris se hacía pasar por el chileno Reed Rosas. También se vinculó con el espionaje alemán una supuesta actuación en Cádiz de Margaretha Geertruida Zelle (1876-1917), mucho más conocida como Mata-Hari (Téllez, 2013: 192).

2.2.1. Las batallas de Gibraltar

For the bread that you eat and the biscuits you nibble,

(Por el pan que comes y las galletas que mordisqueas)

The sweets that you suck and the joints that you carve,

(Los dulces que saboreas y la carne que trinchas)

They are brought to you daily by all of us Big Steamers

(Nosotros, los Grandes Mercantes, te los traemos a diario)

And if anyone hinders our coming you'll starve

(Y si alguien nos lo impide, morirás de hambre).

Rudyard Kipling,

En 1913 llegaron a Gibraltar, a bordo del H.M.S. Cormorant, receiving ship (barco base de los oficiales), los mandos del centro de inteligencia naval que jugarían un papel clave en el conflicto que se avecinaba. El Flag Captain John Harvey, al mando de la flotilla de Gibraltar, y Charles Julian Thoroton (1875-1939)[45], su oficial de inteligencia, fueron los responsables de implementar las órdenes recibidas desde Londres. Por un lado, con la beligerancia británica del 4 de agosto, el personal naval y militar destinado en Gibraltar tuvo que orientar sus esfuerzos hacia la vigilancia de los cargos de los mercantes, que accedían al Mediterráneo para evitar el comercio con el enemigo a través de destinos neutrales interpuestos como Italia (hasta su entrada en guerra en mayo de 1915) y Suiza. Y, por otro, se trabajó en la identificación y desmantelamiento de las redes alemanas dedicadas a las tareas de información en España. Además, se reforzó con carácter inmediato la seguridad de la plaza y se introdujo la censura postal.

Las patrulleras navales del Flag Captain John Harvey tenían la misión de detener a los barcos sospechosos de llevar contrabando de guerra a su entrada en el Mediterráneo. Además de inspeccionar su documentación, frecuentemente se les escoltaba hasta Gibraltar para proceder al registro de sus cargos en el puerto (así se comprobaba que su carga se correspondía realmente con la información consignada en el manifiesto de la nave). Entre las mercancías sobre las que se ejercía más control se encontraban el algodón y el cobre, procedentes en su mayor parte de Estados Unidos. También se vigilaban la lana y las pieles de Argentina, el café y otros productos vegetales que llegaban desde Brasil. En agosto de 1915 el almirante Frederic Edward Errington Brock (1854-1929), Naval Senior Officer en Gibraltar, afirmaba que era imposible que ni un solo barco atravesase el Estrecho sin ser registrado (García Sanz, 2016: 111-118). En grandes puertos, como el de Nueva York, incluso se extendió el rumor de que los ingleses usaban la tecnología de rayos X para inspeccionar los fardos que se embarcaban con destino a Europa.

Pero la función estratégica que cumplió Gibraltar durante la guerra

fue mucho más allá de su condición de base de la flotilla para la represión del contrabando. Desde su centro de inteligencia se impulsó el primer servicio secreto de los aliados operativo en la España neutral. Su máximo responsable fue Charles J. Thoroton, apodado "Charles el audaz". Entre septiembre de 1914 y junio de 1915 organizó una red de agentes en los principales puertos del litoral peninsular. Debían vigilar a cónsules extranjeros, gerentes de casas de comercio, fletadores, corredores de seguros, directivos de sociedades bancarias y/o explotaciones mineras, etc. La inteligencia obtenida de tipo naval y comercial era compartida con el responsable de la flotilla. El objetivo siempre fue el mismo: averiguar quiénes mantenían en España relaciones y negocios comerciales con alemanes o supuestos simpatizantes de la causa enemiga.

Uno de los colaboradores españoles de Thoroton fue Juan March (1880-1962), quien trabajó durante la guerra como agente doble. Facilitaba el aprovisionamiento de submarinos alemanes a la vez que pasaba información al otro bando. Además, sus faluchos matriculados en la plaza contaban con la protección del pabellón británico, mientras realizaban el contrabando de tabaco entre el norte de África, Gibraltar y Baleares. March, que puso en jaque el monopolio estatal de la Compañía Arrendataria de Tabacos (CAT), disfrutó sin embargo de importantes y útiles contactos en el mundo de la política y los negocios tanto dentro como fuera de España (Cabrera, 2011). Como es lógico, las acciones del espionaje británico sobre el litoral español se vieron intensificadas conforme avanzó el conflicto. Era fundamental conocer los puntos de repostaje de los submarinos. Thoroton empleó para esas tareas también a gibraltareños y embarcaciones deportivas.

Con todo, la función más conocida entre las desempeñadas por Gibraltar durante la contienda fue la de ser punto de partida del sistema de convoyes a partir de 1917. En septiembre de ese mismo año se estableció además el uso conjunto de su base naval con los Estados Unidos. La formación del convoy se hacía conforme a unas reglas que difícilmente eran posibles de cumplir. En teoría, los convoyes debían de estar compuestos por un mínimo de 16 naves y un máximo de 20. Se preveía un plazo de cuatro días para formar cada convoy. Los mercantes aliados fondeaban con frecuencia en

aguas territoriales españolas, en la desembocadura del río Palmones, a la espera de poder salir de la bahía de Algeciras. El convoy Gibraltar-Reino Unido presentaría dificultades en su encuentro con los barcos escoltas en las zonas de peligro (tanto por problemas con la velocidad de la navegación como en la organización de salida). Según el almirante estadounidense Albert Parker Niblack (1859-1929), de los 225 convoyes que navegaron entre Gibraltar y el Reino Unido, casi el 90% de ellos, fueron escoltados en ambos sentidos por barcos estadounidenses (Still, 2006: 350-351).

El establecimiento del sistema de convoyes exigió, además, una mayor dependencia de la colonia respecto a los suministros desde España. La aduana de La Línea de la Concepción se convirtió desde 1915 en una puerta de entrada discreta de un comercio muy lucrativo de carbón vegetal, aceite de oliva, patatas, harina de trigo y arroz. La intensificación de la actividad portuaria y comercial tuvo un impacto demográfico muy fuerte en la colonia. Tras dos años de conflicto, en el verano de 1916 la población de Gibraltar alcanzaba casi las 20.000 personas. A ello se añadían los miles de operarios españoles que entraban diariamente ante la intensificación de la actividad portuaria. La sobrepoblación en la colonia fue uno de los argumentos más esgrimidos por los ingleses para solicitar un incremento en los pertrechos recibidos por La Línea de la Concepción. Con todo, la exportación real desde España debió de ser muy superior a la consignada por las estadísticas oficiales del Ministerio de Hacienda. Gibraltar no solo abastecía de víveres a la flota angloamericana, también a los mercantes ya fueran de pabellón neutral o aliado, que recalaban a carbonear en su puerto.

A partir de 1917 la cifra de carbón surtido desde Gibraltar alcanzó cotas sin precedentes, superándose el millón de toneladas. De hecho, los empresarios gibraltareños tuvieron un papel clave en esa cadena de distribución logística (Gibraltar Coaling Depot). Destacaron por su importancia, tanto en la distribución del mineral como en la prestación de servicios marítimos, John Mackintosh (1865-1940), figura empresarial decisiva en las relaciones entre gibraltareños e ingleses y filántropo con una impronta muy visible a nivel local[46], las compañías locales Imossi & Sons y M. H. Bland.

Esta última propiedad de Joseph y Manuel Gaggero se dedicó, además, a la reparación de buques (Ponce, 2010: 339).

También, coincidiendo con esta fase de la guerra, se reforzaron los suministros desde Marruecos y se demandó un incremento en la mano de obra española (García Sanz, 2010: 308-312). De hecho, la población de La Línea de la Concepción alcanzó los 63.236 habitantes en 1920. Durante la coyuntura bélica se duplicó el número de habitantes de la ciudad dormitorio de Gibraltar (Ballesta, 2005: 241). Aquel "ejército de trabajadores" españoles constituyó un desafío muy importante para el servicio de inteligencia de la colonia. Además, desde 1914 ya existía el sindicato local Coal Porters Union. En 1917 se formaría la British Workmen's Federation, a la que se afiliaron los operarios gibraltareños. La guerra generó un clima de creciente competencia y división entre trabajadores gibraltareños y españoles que habían formado su propia organización de trabajadores del carbón mineral en La Línea (Stockey, 2009: 41-42). Cualquier huelga fue automáticamente considerada por las autoridades del Peñón como un acto de sabotaje contra la intendencia británica y la causa aliada.

2.2.2. Los voluntarios gibraltareños

"Los soldados con el uniforme azul del hospital se convirtieron en algo muy común en Gibraltar durante la Primera Guerra Mundial"[47].

La guerra impactó en diversas facetas de la vida y del paisaje local. En 1915 tropas de la Royal Garrison Artillery fueron enviadas al frente francés al mismo tiempo que la plaza se estableció como "base para tres hidroaviones y siete biplanos terrestres, que se repartieron respectivamente entre el puerto y la zona del hipódromo, hasta el punto de que uno de dichos aparatos tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en territorio español" (Téllez, 2013:

215). Además, el inicio de la campaña de Gallipoli en febrero de ese mismo año convirtió a Gibraltar en puerto de escala de los cuerpos expedicionarios (British Expeditionary Forces) y de buques hospitales, que repatriaban a los heridos en los Dardanelos. Estos fueron asistidos en la plaza por el personal sanitario militar (Royal Army Medical Corps, RAMC).

La población civil de la colonia fue, por tanto, testigo del coste humanitario de aquella desastrosa campaña en el Mediterráneo oriental, que se prolongó durante casi un año. En ese contexto se creó el Gibraltar Volunteer Corps (Harvey, 1996: 132; Jackson, 1987: 265). Un grupo de miembros del Calpe Rowing Club impulsó esta organización de voluntarios gibraltareños de clase acomodada, que obtuvo el reconocimiento del gobernador Herbert Miles en julio de 1915. Su misión consistió en auxiliar como camilleros, facilitando las labores de transporte de soldados desde el puerto hasta el Hospital Militar. También trasladaron medicamentos y provisiones a las naves cuando fue necesario[48]. Sin embargo, sus tareas se diversificaron realizando otros trabajos comunitarios.

El hospital militar de la plaza tenía una capacidad inicial para 300 camas y el complejo constaba de tres edificios. Pero el flujo de heridos hizo necesarias instalaciones adicionales y los problemas sanitarios no tardaron en acechar a la colonia. A las dificultades para el suministro de agua, dadas las reiteradas negativas del Gobierno español de permitir la entrada de botes aljibes británicos en Algeciras, se añadió el potencial riesgo infeccioso de los cuadros que presentaban los evacuados. Entre las patologías más frecuentes se encontraba la fiebre tifoidea. El general Miles, ante la ausencia de suficiente infraestructura hospitalaria, trató de movilizar a sus connacionales residentes en Andalucía para alojar a convalecientes (García Sanz, 2011: 307-308).

El personal sanitario de Gibraltar no solo tuvo que atender al personal militar que llegaba, también a la tripulación de los barcos mercantes que atracaban en su puerto. Como trasladaba, el gobernador de la plaza al secretario de las Colonias: “El trabajo del hospital entre los marineros británicos y aliados ha aumentado enormemente. El número de marineros tratados en los pabellones fue de 128 en 1914, 227 en 1915, 299 en 1916 y 567 en 1917 […]

Sobre la base de que Gibraltar ocupa una posición importante en relación con el sistema de convoyes para buques mercantes, su Hospital Colonial tiene por ello que desempeñar un papel especialmente importante en el tratamiento de los marinos mercantes" (ibídem: 320).

Sin duda la sobrepoblación de hombres en la colonia y su movilidad entrañaban un riesgo sanitario. Con el establecimiento del sistema de convoyes, la presencia estadounidense en el Peñón llegó a alcanzar casi las 5.000 personas (315 oficiales y 4.660 marineros). La mayoría de ellos pernoctaban en sus barcos mientras que otros eran alojados en la zona de Windmill Hill[49]. De hecho, la cuestión de la prostitución y su regulación fue de nuevo una cuestión candente ante esa afluencia de población masculina. La propia guarnición de Gibraltar duplicaría el número de sus efectivos. En 1916, un responsable del cuerpo médico (Deputy Surgeon General) reflexionó sobre las amenazas inherentes a la actividad de los burdeles de Serruya's Lane, al mismo tiempo que manifestaba su escepticismo sobre los efectos de la expedición de certificados de higiene para quienes estaban en ese negocio. Las prostitutas fueron tratadas como "foco principal de infección venérea" y un peligro no solo público sino incluso nacional, pues hacían enfermar a los hombres cuando eran más necesarios.

Una vez más en la historia de la prostitución en Gibraltar las tintas se cargaban contra las mujeres y no contra los usuarios de sus servicios: "La oferta crea una demanda en mayor medida que la demanda crea una oferta, especialmente en un lugar como Gibraltar. Los hombres que llegan en barcos no solo no encuentran aquí ninguna dificultad en el camino de sus deseos, sino todas las facilidades ofrecidas, junto con la garantía de que las mujeres están libres de enfermedades. Si se abolieran las prostitutas extranjeras, la demanda disminuiría" (Howell, 2004: 462-463). Pese a que los burdeles del distrito rojo continuaron funcionando a pleno rendimiento durante el conflicto, tenían los días contados. El Consejo Nacional de Lucha contra las Enfermedades Venéreas (The National Council for Combating Venereal Diseases) recomendó en 1921 que se acabara con la tolerancia de la prostitución en la colonia y un año después el gobernador sir Horace Lockwood Smith Dorrien (1858-1930) cerró los burdeles en Serruya's Lane (ibídem).

En general la guerra representó una época complicada para la población local que, desde una posición periférica a los principales escenarios de la contienda, tuvo que soportar problemas puntuales de abastecimiento y una fuerte presión demográfica. Pero también algunos gibraltareños vivieron los desastres de la guerra en sus propias carnes. La clase adinerada no solo jugó un papel en la creación del cuerpo de Voluntarios en Gibraltar, también sus miembros pudieron ingresar en el Ejército (Stockey, 2009: 26). Hubo 76 gibraltareños que lucharon en distintos regimientos en el frente. La mayoría pudo contar lo vivido al regresar "con lesiones físicas" y "cicatrices psicológicas"[50]. Durante el conflicto se recaudaron miles de libras esterlinas para la Cruz Roja por parte del Exchange Committee" (Stewart, 1968: 213)[51].

El 9 de noviembre de 1918 el dramático hundimiento, frente al Cabo Trafalgar, del Britannia resultó a ojos de la población local el epílogo de una guerra tan inédita como destructiva. Medio centenar de personas murieron y los supervivientes recibieron tratamiento sanitario en Gibraltar. Entre las bajas mortales del ataque del UB-50 se encontró el oficial de cocina, de origen maltés y conectado con la familia gibraltareña de los Vassallo. De hecho, fue enterrado en el cementerio de North Front (Gingell, 2012: 3). No cabe duda de que la victoria aliada se celebró con ganas y emoción en las calles de Gibraltar. Aquella pequeña colonia ubicada en un punto estratégico entre el Atlántico y el Mediterráneo sufrió y contribuyó también a ganar una Gran Guerra.

3. Más guerras y beligerancia social

Las experiencias compartidas dentro de un entramado imperial durante la Primera Guerra Mundial contribuyeron a afianzar lazos de pertenencia afectiva y política entre la colonia e Inglaterra. Los gibraltareños demostraron nuevamente en esa difícil coyuntura su lealtad a la monarquía británica. Pero, además, sus élites locales incrementaron su poder económico. La guerra fue una tragedia, pero también un negocio en un puesto de retaguardia como Gibraltar. De hecho, allí como en otras colonias, el periodo de entreguerras fue clave para la demanda de derechos políticos por parte de su tejido civil que —de abajo a arriba— mostraría músculo para propiciar algunos cambios en el sistema de gobierno. Sin embargo, las oportunidades brindadas por la paz no fueron duraderas porque la guerra entraría nuevamente en Gibraltar. Primero, desde España, un conflicto civil agudizó los antagonismos entre la sociedad de Main Street y la gente de Buena Vista y, después, un conflicto internacional con consecuencias más traumáticas cambió para siempre a la población gibraltareña.

3.1. La sociedad de entreguerras. Un intento muy limitado de inclusión política

"La reforma administrativa más importante es la introducción del sistema electivo en el Cuerpo ahora conocido como Comisionados Sanitarios. A finales de año, este organismo habrá dejado de existir como tal y será elegido por los habitantes de Gibraltar. Personalmente, sostengo firmemente la opinión de que ningún gobernador puede legislar para satisfacer las necesidades de una comunidad, a menos que los habitantes de esta lo ayuden y aconsejen. También sostengo la opinión de que la ciudad debería

gobernarse a sí misma con la menor interferencia posible de fuentes oficiales".

Mensaje de Año Nuevo 1921 del gobernador Smith-Dorrien,

en Archer (2006: 78)

En octubre de 1921 el príncipe de Gales y futuro Eduardo VIII (1894-1972) hizo escala en Gibraltar en su viaje a la India. Los órganos de representación de la burguesía local saludaron al monarca "en nombre de los habitantes de Gibraltar" y "de la Sociedad Mercantil". También entonces, los representantes de los trabajadores gibraltareños (la rama local del Transport and General Workers' Union, TGWU) mostraron su lealtad a la corona (Constantine, 2006: 30). Matt Giles de la TGWU había llegado a Gibraltar en 1919 con la misión de organizar una agrupación local de su sindicato. Había que evitar una "españolización" o polarización de la vida política y social en la colonia (Grocott y Stockey, 2012: 59).

Durante el periodo de agitación obrera en España, conocido como Trienio Bolchevique (1918-1920), las autoridades inglesas se preocuparon mucho de que el anarquismo andaluz no se infiltrase entre la clase trabajadora gibraltareña. Era necesario exorcizar el fantasma de una revolución en suelo británico. Tras la guerra, el tonelaje mercante entrante en Gibraltar se redujo a la mitad. Lo mismo sucedió con la guarnición militar, que había pasado de 6.000 a 3.000 hombres. Aquello tuvo un impacto claro sobre la economía del Peñón. Cafés, bares, restaurantes y otros negocios perdieron su clientela y además los estibadores, carboneros y otros trabajadores portuarios tuvieron que competir con la mano de obra más barata que ofertaban sus homólogos españoles: "La competencia por los trabajos desencadenó ocasionalmente actos de intimidación y violencia" (Stockey, 2009: 42-46).

En ese contexto de agitación, se planteó en 1921 la constitución del Ayuntamiento para ampliar la base social de la representación política en la plaza. Un año después, en 1922, se creó un Consejo Ejecutivo (Executive Council) que incluiría tres civiles designados

por el gobierno de la colonia. Aquel órgano tendría una función consultiva o asesora del poder ejecutivo. La propuesta de Smith-Dorrien consistió en crear una corporación municipal compuesta por representantes del gobierno de la colonia, miembros ex officio y una minoría de gibraltareños electos. En este último caso, los hombres mayores de 21 años, inquilinos o propietarios serían los llamados a votar. Además de cumplir con un requisito económico (£30 property qualification), los candidatos debían saber leer y escribir en inglés. Sin embargo, por entonces solo los más ricos podían permitirse enviar a sus hijos a estudiar en Inglaterra. Menos de un 25% de la población quedaba incluida políticamente en este sistema (Archer, 2006: 79). Se ha señalado que "la élite gibraltareña de los negocios desacreditó el carácter británico de la clase trabajadora (culturalmente española) para preservar su monopolio secular de acceso al Gibraltar británico" (Stockey, 2009: 50).

La campaña del TGWU contra el requisito económico para entrar en el Ayuntamiento fue un ejemplo de las tensiones entre clases en la colonia. En julio de 1921, en un mitin en el Teatro Real los representantes de los trabajadores sentenciaron que aquella propuesta iba en contra de los nuevos principios democráticos que habrían de prevalecer en el mundo de la posguerra. Uno de los intervinientes expuso que Gibraltar no podría permanecer al margen de los cambios jurídico-políticos y la extensión de derechos que se estaban dando en otros territorios de ultramar. Con todo, pese a las limitaciones impuestas desde arriba, el sindicato participó activamente en la vida pública gibraltareña durante aquellos años (Grocott y Stockey, 2012: 65-66). La TGWU obtendría sucesivas victorias en el Ayuntamiento en 1924 y 1927. Si bien, consiguieron pocas concesiones del gobernador sobre sus reivindicaciones a la vez que fueron moderados en la selección de sus representantes. El acaudalado hombre de negocios James Andrews-Speed fue el primer presidente de la recién creada corporación municipal (Stockey, 2009: 48).

Pero los trabajadores no fueron los únicos descontentos con el sistema establecido. El Exchange Committee, incidiendo en la necesidad de una representación de tipo corporativo denunció que "los habitantes de Gibraltar estaban metidos en la misma categoría que los basotos, somalíes y otras tribus africanas salvajes, un

estigma para Gibraltar, que se encuentra entre los pueblos más civilizados de Europa" (Constantine, 2009: 329). Pese a que el empresario naviero George Gaggero había perdido las elecciones en 1921, fue designado por el gobernador para entrar en el Consejo. Tres años después, fue elegido como representante en ese mismo órgano el comerciante William Smith (Stockey, 2009: 48).

Sin embargo, en 1926 los miembros gibraltareños solicitaron obtener la mayoría de la representación en los órganos ejecutivos: "Alzaron el grito de 'Ningún impuesto sin representación'. Que los representantes de los contribuyentes fijasen los impuestos" (Stewart, 1968: 272). Por su parte, la Cámara de Comercio se negó a presentar candidato en las elecciones de 1927. Precisamente, ese mismo año, cuando los duques York, el futuro rey Jorge VI (1895-1952) y su esposa, visitaron Gibraltar los miembros civiles del Ayuntamiento se presentaron ante ellos —no sin controversia— como los representantes del pueblo gibraltareño (Constantine, 2006: 30).

3.2. La inevitable españolización de la política gibraltareña. Hacia una guerra civil

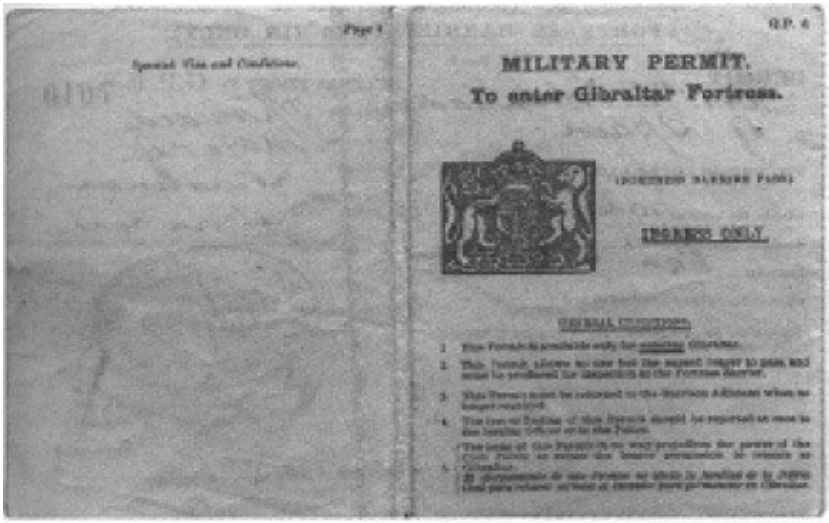
"Sin embargo, sería un error pensar que la política de España ya no influyó en los gibraltareños después de la Gran Guerra. Los vínculos culturales con España seguían siendo estrechos"

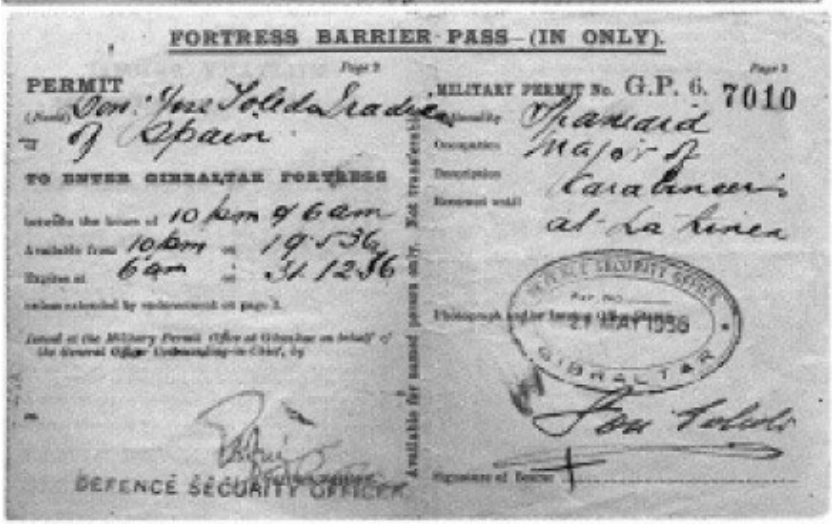
Grocott y Stockey (2012: 66)

Pese a la irrupción en la vida pública del sindicato mayoritario gibraltareño, la recesión de posguerra y sobre todo el crack del 29 empeoró las condiciones sociolaborales de la clase obrera local. La actividad portuaria y carbonera se redujo más y en 1928 se convocó una huelga general en el astillero. Además, bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1870-1930) se practicó una especie de "guerra económica contra Gibraltar" con la militarización de la

represión del contrabando fronterizo[52]. Para salvaguardar los intereses de Juan March, quien había logrado hacerse con la concesión de la CAT y apoyaba financieramente a la dictadura, se combatió duramente el tráfico ilegal terrestre. Las quejas no se hicieron esperar por parte de determinados sectores de la población gibraltareña, como aquellos representados en la Cámara de Comercio. Empresarios como Sebastian Canilla, Juan Garcia, Moses Serruya y James Russo se mostraron preocupados por el impacto de la política de Primo de Rivera en el comercio de tabaco. Ya durante la Feria de la Línea del verano de 1924 se levantaron voces contra "los excesos en las inspecciones en la aduana y particularmente injustificados se percibieron los cacheos o registros de algunos guardas a mujeres" (Stockey, 2009: 56-57). De hecho, se produjeron incidentes mortales por disparos de los carabineros en la aduana de La Línea, como el sucedido en marzo de 1928, ante la indignación de los gibraltareños. En ese clima de tensión, las autoridades militares del Campo llegaron incluso a ser increpadas en sus visitas a la colonia (ibídem: 59-60).

En ese contexto de recesión económica muchos gibraltareños optaron por fijar su residencia en municipios españoles vecinos, donde la vivienda y el coste de la vida eran mucho más asequibles que en Gibraltar. Sin embargo, fueron los españoles con una situación menos favorecida los más perjudicados por aquella política de tolerancia cero al menudeo, nutriendo las huestes del pujante republicanismo español en la comarca (Pack, 2019: 246-248). Con todo, periódicos republicanos comenzaron a circular en Gibraltar y la obra de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) Por España y contra el rey: Alfonso XIII desenmascarado se hizo tan popular que tuvo que ser prohibida por las autoridades británicas "para evitar mayores agravios" con sus homólogos españoles (Stockey, 2009: 60). En febrero de 1931 el destacado republicano español Diego Martínez Barrio (1883-1962) visitaría el Peñón antes de viajar a Francia (Ponce, 2009: 52).





Pases especiales para entrar en Gibraltar por la noche durante la guerra civil española de 1936.

Fuente: Fundación Policía Española, Historia del pasaporte español / Wikimedia Commons.

Al contrario de lo que podría parecer, las autoridades de Gibraltar no recibieron con agrado el cambio de régimen en España. Durante la dictadura las relaciones entre los militares a ambos lados de la verja habían sido cordiales. El gobernador sir Charles (Carmichael) Monro (1860-1929) incluso había acudido a Algeciras durante una visita oficial de Primo de Rivera en 1924. También felicitó al gobernador del Campo por la victoria de las tropas españolas en Alhucemas (Stockey, 2009: 62). No es de extrañar que en 1931 la colonia se convirtiera en centro de acogida de monárquicos y antirrepublicanos. Inmediatamente después del 14 de abril llegaron 90 españoles. Incluso el responsable de la aduana de La Línea durante la dictadura decidió exiliarse en Gibraltar. Conocidos hoteles, como el Rock Hotel, hospedaron a personalidades beligerantes o conspiradoras contra la república. Don Juan de Borbón (1913-1993), abuelo de Felipe VI y entonces cadete de la Escuela Naval de San Fernando, se alojó en el Hotel Bristol. También fue recibido en el Convento por el gobernador Godley, quien incluso ofreció asilo a Alfonso XIII (Stockey, 2009: 70). José Larios encarcelado por quitar la bandera republicana de las calles de Algeciras, también terminó refugiándose en Gibraltar (Pack, 2019: 256-257).

El flujo de autoexiliados se intensificó con las noticias sobre la quema de conventos y violencia antirreligiosa en España. Llegaron en torno a 200 exiliados más, incluyendo al obispo de Málaga. El prelado católico de Gibraltar, Richard Joseph Fitzgerald (1881-1956) fue especialmente beligerante contra la república desde el púlpito (Stockey, 2009: 74). Notorios aristócratas, terratenientes y empresarios, como el marqués de Larios, el marqués de Villapanés, los Ybarra o el conde de los Andes buscaron refugio junto a sus familias en la plaza inglesa (Ponce, 2009: 52-55). Numerosos miembros de la clase de negocios de Gibraltar se ofrecieron para avalar la permanencia en la colonia de opositores a la república e incluso a republicanos moderados. Con la Sanjurjada en el verano de 1932 se inició una nueva ola de entradas en el Peñón. Juan March, un viejo amigo de los ingleses, hizo lo propio tras ser detenido en España por complicidad con la dictadura y corrupción (Cabrera, 2011: 225). En noviembre de 1933 el magnate mallorquín se fugó de la cárcel de Alcalá de Henares, logrando pasar la frontera. En el Rock Hotel atendió a la prensa y denunció,

antes de marcharse a Francia, la persecución de la que era objeto por parte de los republicanos de izquierda (ibídem: 247-248, 261).

El gobernador Godley siempre temió que el nuevo régimen en España afectara a la conservación del orden público en la colonia. Del mismo modo, el Gibraltar Chronicle mantuvo una línea editorial claramente favorable a la derecha antirrepublicana, exagerando "los desmanes" de la república. En 1932, el gobierno republicano impuso por su parte restricciones a las compras de propiedades en el Campo de Gibraltar de británicos y gibraltareños: "Como medida de precaución de que esto no se convirtiera en la base para futuras anexiones de Gran Bretaña" (Hills, 1974: 494). Además, el nuevo régimen español desplazó a la autoridad militar del Campo como canal de comunicación preferente entre el gobierno de la colonia y Madrid, asignando esta función a su consulado en Gibraltar (Stockey, 2009: 75).

La polarización española entre izquierdas y derechas en España terminó tensando las relaciones entre la clase trabajadora gibraltareña y las élites políticas y económicas en la colonia. Los resultados electorales en España tuvieron una correspondencia con lo que sucedería en las elecciones gibraltareñas en diciembre de 1930 y 1933. En aquellos años se produjo, además, una reanudación de las actividades anarquistas en Gibraltar, operándose claras dinámicas de solidaridad de clase transfronteriza. Durante el bienio de derechas, se exiliaron en Gibraltar socialistas, como Alberto Fernández Ballesteros (1901-1972), concejal sevillano en 1931. Además, los masones linenses de la logia Autonomía facilitaron la acogida de refugiados políticos (Ponce, 2009: 56). También buscaron el abrigo del Peñón socialistas que habían participado en la insurrección de octubre de 1934 en Asturias, como Andrés Rodríguez y Antonio García, que solicitaron ayuda al Partido Laborista británico y fueron esponsorizados por el TGWU (Stockey, 2009: 82). Pero no todos los bandos estuvieron en igualdad de condiciones a la hora de beneficiarse de la sombra protectora de la Roca. Como denunciaría el sindicato gibraltareño, en un mitin con motivo del primero de mayo, mientras que los refugiados de izquierda tenían que presentarse diariamente ante la policía de la colonia, los de derecha "se movían libremente" y "eran recibidos por el propio gobernador" (ibídem: 77).

La fractura creada en el Peñón durante los años de la República alcanzaría mucha más intensidad con el golpe militar. El 18 de julio de 1936 era sábado de feria en La Línea y "residentes en la colonia, que disfrutaban de las fiestas o del fin de semana, corrieron despavoridos para llegar a sus casas" (Ballesta, 2005: 255). Pero además, en aquella época, en torno a 10.000 gibraltareños vivían al otro lado de la frontera, viéndose directamente afectados por los efectos inmediatos de la insurrección militar (Grocott y Stockey, 2012: 67). Con la llegada de las tropas marroquíes fueron cada vez más los españoles que buscaron asilo en la colonia. El Campo de Gibraltar cayó pronto bajo el control de los sublevados y Gibraltar colateralmente también recibió algún que otro impacto directo de las operaciones militares en diferentes momentos del conflicto. Proyectiles procedentes de Ceuta, dirigidos contra la flota republicana en la bahía de Algeciras, impactaron sobre la colonia. Algunos cayeron cerca del Rock Hotel, dañando las instalaciones de las fuerzas áreas y el Royal Naval Cinema. Tras ser bombardeado por la aviación republicana en la primavera de 1937, el buque alemán Deutschland puso rumbo a Gibraltar, donde los heridos fueron tratados en el Hospital Militar. El año siguiente el incidente entre el barco de guerra republicano José Luis Díez y unidades navales sublevadas también tuvo efectos colaterales sobre las casas de Catalan Bay. El agente de policía Joseph Baglietto y miembros de la familia Stagno resultaron heridos (Gingell, 2012: 7-8). Sin embargo, aquellos daños colaterales no pondrían en peligro la sintonía entre las autoridades británicas de la colonia y los militares españoles. El gobernador Charles Harington (1872-1940) simpatizaba con el golpe. Él mismo había recibido al general José Sanjurjo (1872-1936) en Gibraltar en 1934 y 1935. Durante la guerra, también pasarían por allí destacados militares sublevados como Alfredo Kindelán (1879-1962), quien se disculparía en nombre del general Franco por los incidentes que afectaron colateralmente a Gibraltar y a quien se le permitió desde allí comunicarse con Lisboa, Berlín y Roma (Ponce, 2021: 276). En 1937 Harington incluso solicitó a Franco una reanudación de las actividades cinegéticas del Royal Calpe en el Campo de Gibraltar.

En octubre de 1936, el sindicalista gibraltareño Agustín Huart denunció abiertamente en una carta dirigida al líder laborista Ernest Bevin (1881-1951) el apoyo que, desde el mando militar y

las élites de la colonia, se daba a los rebeldes (Stockey, 2009: 99). Unas semanas después, el militar y político laborista Josiah Wedgwood (1872-1943) trasladó al ministro de las Colonias que un oficial británico le había informado sobre la ayuda del Almirantazgo a los militares sublevados, a quienes proporcionaban los movimientos de la flota republicana (Ponce, 2021: 277). De hecho, tras el golpe, en el Campo de Gibraltar, solo La Línea resistió algunos días más con el apoyo de milicias malagueñas, uno de cuyos líderes fue Danino, un anarquista gibraltareño de origen maltés (Pack, 2019: 258). Una dirigente del Partido Comunista en La Línea, Ana Carrillo Domínguez (1898-1974), también se refugió en Gibraltar para, desde allí, iniciar "un amargo periplo" que la llevaría a Almería. Faluchos "transportaban más y más españoles desde la atunara a Catalan Bay" e incluso fue necesario levantar tiendas de campaña en el hipódromo (Ballesta, 2005: 256-257). La masiva afluencia de refugiados obligó a imponer limitaciones a la concesión de asilo. Una vez más el argumento empleado fue no poner en riesgo las condiciones de habitación y sanidad en la plaza. En septiembre de 1936 se cerró el campo de refugiados en el North Front. El Café Imperial se convirtió en un punto de reunión de los republicanos y a finales de ese mismo año, frente al mismo, "tres taxistas gibraltareños gritaron 'muerte a Franco', 'arriba el comunismo', 'larga vida a la república'" (Stockey, 2009: 102). De hecho, la llegada masiva de españoles tuvo un impacto positivo sobre los negocios de la plaza, revitalizando el tráfico marítimo con las evacuaciones clandestinas a Francia a través de puertos mediterráneos como Barcelona (Ballesta, 2005: 261).

En general, la élite empresarial gibraltareña apoyó al bando nacional. La naviera Bland que tuvo que suspender su línea de ferry entre Gibraltar y Tánger, por las operaciones de los bombarderos italianos, sacó pingües beneficios del avituallamiento de combustible a los sublevados (Pack, 2019: 254). Curiosamente, este dinámico grupo empresarial ya había realizado en 1931 un proyecto de aviación comercial entre Gibraltar y Tánger (Téllez, 2013: 216)[53]. Lionel Imossi, uno de los prohombres de negocio en la plaza, colaboró con la inteligencia franquista[54]. Algunos miembros de la comunidad hebrea con conexiones en el protectorado español en Marruecos realizaron contribuciones económicas a la causa. Nombres como Benholta, Bentotila o Salama, delegado de la Shell

en Melilla, han sido identificados entre los que se adhirieron a los sublevados (Ponce, 2010: 327-328, 340-341). Dentro de la declarada neutralidad y política de no intervención británica, en Gibraltar se favoreció cuanto se pudo a los militares golpistas (Grocott, Stockey, Grady, 2019: 69). Además, para muchos gibraltareños católicos el bando nacional encarnaba "la salvación de la Iglesia" en España (Benady, 1999: 332). El discurso de las "atrocidades comunistas" encontró un campo abonado en el enfoque sensacionalista que la prensa local adoptó sobre "la barbarie" en España.

La opinión de la Royal Navy respecto de la armada republicana no podía ser más negativa: eran "comunistas" o "rojos", que no guardaban ni la adecuada disciplina ni el decoro debido como "el capitán de fragata que estaba al mando [del Jaime I], el cual "[…] había olvidado ponerse los calcetines" (Ponce, 2010: 327). Mientras que no se dio ninguna facilidad a los republicanos para repostar en la colonia, las autoridades inglesas reconocieron la representación diplomática primero oficiosa y después —conforme avanzaba el conflicto— de forma más abierta del bando franquista. Así ocurrió con el ingeniero Ricardo Goizueta (1884-1879), director de la Tarik Petroleum Company, y con el cónsul general Luciano López Ferrer (1869-1945) (ibídem: 329-331). Durante la guerra también se organizaron veladas fascistas, como en la Assembly Rooms, en la que mientras la orquesta del Café Universal tocaba, se utilizaban como decoración las banderas de Alemania, Italia, Japón y Portugal y se gritaba "arriba España" (Stockey, 2009: 108).

No puede extrañar, por tanto, que en abril de 1939 la victoria franquista se celebrara en las calles de Gibraltar. Con todo, las autoridades británicas no cooperaron activamente con la entrega de los refugiados republicanos solicitada por los vencedores. Gracias a los lazos de solidaridad entre clases y pese a la hostilidad de las autoridades, estos exiliados permanecieron en el Peñón. En 1940 aún quedaban 1200 de ellos e ironías del destino las tornas habían cambiado en las relaciones con España (Pack, 2019: 261).

3.3. La sombra alargada y profunda del Peñón

en la Segunda Guerra Mundial

En septiembre de 1939, con la invasión de Polonia por Adolf Hitler (1889-1945), los vientos de guerra que de nuevo arreciaban en el centro de Europa no tardarían en resonar en el Peñón. En solo 25 años Gibraltar participó como base naval y militar en dos guerras mundiales (Benady, 1992; Rankin, 2017), sufriendo además el impacto de una contienda civil en España. En los prolegómenos del conflicto de 1939, la Cámara de Comercio local ya advirtió sobre los efectos adversos de otra coyuntura bélica en la economía de la colonia. La guerra había demostrado que podía ser un buen negocio, pero no había nada mejor que el business as usual. Los intercambios comerciales y el turismo se habían visto seriamente afectados por lo sucedido entre 1936 y 1939 (Ballesta, 2005: 263, 270). Sin embargo, la encrucijada bélica que se abría no solo superó todas las expectativas sobre el impacto de los conflictos en la vida de los civiles, sino que afectó decisivamente al destino de los gibraltareños. Marcó un punto de inflexión en su historia comunitaria (Ellicott, 1975; Finlayson, 1991).

Gibraltar contaba con "una Fuerza de Defensa" compuesta por medio centenar de voluntarios (15 de sus integrantes tenían apellidos británicos, 13 españoles y 11 italianos). En el otoño de 1939 este grupo de voluntarios se incorporó a la unidad antiaérea (Anti-Aircraft Regiment) (Hills, 1974: 509). Además, la Defence Security Police asumió el control sobre los movimientos transfronterizos[55]: una tarea de vital importancia puesto que 16.000 trabajadores españoles cruzaban a diario la frontera. Como en la anterior guerra mundial, Gibraltar actuó de base de la flotilla británica y del sistema de convoyes. Era esencial prevenir cualquier tipo de acción hostil de los alemanes, fraguada desde el Campo bajo la cobertura de la neutralidad española. El estatus neutral de la España de Francisco Franco (1892-1975) despertaba inquietud. Para establecer su régimen dictatorial había contado con la colaboración de las potencias del Eje Roma-Berlín.

Se ha señalado que "las acciones de Franco después de 1939 demuestran claramente una ruptura con la tradicional política española" (Stockey, 2009: 137). En la retórica falangista ya se había

impuesto la consigna de “la ocupación británica de la Roca como una fuerza moralmente corruptora” (ibídem: 140). Había que acabar con aquella puerta de entrada del protestantismo y la masonería en España. Mientras que en Gibraltar circulaban periódicos con una línea hostil a Gran Bretaña como ABC, El Alcázar y Ya, las principales cabeceras gibraltareñas estaban censuradas al otro lado de la frontera. Sin embargo, las sospechas sobre la posición internacional de la dictadura militar no se proyectaron con nitidez hasta el verano de 1940 (Ponce, 2021: 269-300). Fue entonces cuando se inició la construcción de una línea de defensa española en un radio de 32 km alrededor de la colonia. El emplazamiento de los búnkeres contaría “con el asesoramiento de ingenieros militares alemanes” (Ballesta Gómez, 264, cfr. Hills, 1974: 508)[56].

Aquella circunstancia se solapó con la apertura de las hostilidades entre Gran Bretaña y la Italia de Benito Mussolini (1883-1945). Cinco barcos de pabellón italiano habían sido retenidos ese mismo verano en el puerto de Gibraltar. El buque cisterna Olterra, que pudo escapar sin ser capturado, encontró sin embargo refugio en Algeciras. Se gestaba así la preparación del célebre dispositivo contra la marina británica de la X Flottigia Mezzi d’Assalto MAS: un mítico grupo submarino cuyos orígenes se remontaban a la Primera Guerra Mundial. Se trataba de una unidad de torpedos tripulados por hombres buzos, conocidos como maiale (cerdo), cuya misión consistió en minar barcos fondeados en aguas de Gibraltar en diferentes campañas entre 1942 y 1943.

Pero las bombas llegaron desde Italia antes que los torpedos. El 17 de julio de 1940 tres SM-82 bombardearon la colonia como “una cuestión de prestigio con una incuestionable rentabilidad propagandística” (Escuadra Sánchez, 1997: 130-133; 261-270). El bombardeo impactó especialmente en el entorno de Europa Road y acabó en tragedia en el convento de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto. El cuerpo de la religiosa Lorcan O’Connor “tuvo que ser retirado del techo donde había quedado incrustado” y además falleció un matrimonio que residía en la vecindad. Otras dos hermanas de la congregación resultaron heridas de gravedad y tuvieron que ser atendidas en el hospital colonial. Aquellos hechos sacudieron a la sociedad gibraltareña. Los funerales oficiados en la

catedral de Santa María la Coronada congregaron a numerosos vecinos (ibídem, 71-73). Las religiosas finalmente fueron evacuadas a la abadía de Loreto en Irlanda, donde permanecieron hasta después del final de la guerra[57]. Sin embargo, aquellas mujeres no fueron las únicas en abandonar Gibraltar en 1940 y las bombas seguirían cayendo[58].

3.3.1. 'La Fortaleza fue lo primero'[59]

La entrada en Casablanca había sido muy buena. Nos acogieron muy bien. Yo estuve, con mi hermana y mis dos hijos en unas zonas de minas donde habían acondicionado unos apartamentos con lo más imprescindible. Pero, al mes de estar allí, una tarde llegó un árabe y uno de aquí, de Gibraltar, para comunicarnos que, para esa misma madrugada, debíamos tener recogidas las cosas. De madrugada vinieron por nosotros y en tren nos llevaron a Casablanca. Y allí nadie nos esperaba. Estaban los barcos, unos barcos muy sucios […] hubo una enorme diferencia en la forma en que fuimos recibidos cuando llegamos, que nos tenían preparados incluso desayunos, y cuando tuvimos que salir; aquella vez no había nadie nada más que las personas de Gibraltar que nos llevaban como borreguitos.

Testimonio de Carmina Proetta,

en Escuadra Sánchez (1997: 62)

En septiembre de 1939, la población de Gibraltar comprendía aproximadamente 22.000 personas. La posible evacuación de los gibraltareños era una contingencia que ya se había discutido durante la crisis checoslovaca de 1938. Pero no fue hasta 1940 cuando se puso en marcha el plan. En él también fueron incluidos los gibraltareños residentes en La Línea, a quienes se les dio acomodo provisional en el North Front a la espera de ser embarcados, junto al resto de la población, con destino a

Casablanca. Se calcula que en esa época 4.000 gibraltareños vivían en el Campo de Gibraltar (Ballesta, 2005: 264).

Los gibraltareños fueron masivamente trasladados al Marruecos francés, primero de forma voluntaria y después obligatoria. La gran evacuación coincidió con la entrada de las tropas alemanas en París y la declaración de no beligerancia española, seguida del despliegue de tropas en Tánger. El primer viaje del Gibel Dersa II se realizó el 21 de mayo de 1940 con 494 civiles a bordo. El siguiente lo haría el 19 de junio con 544 personas. El resto, unos 12.000 civiles, embarcaron en el buque egipcio Mohamed Ali el-Kebir. Hasta en 12 ocasiones dicho buque tuvo que repetir el trayecto Gibraltar-Casablanca para completar la evacuación (Gingell, 2012: 10-11; 2018: 3). Solo se permitió que entre 4.000 y 6.000 hombres permanecieran en el Peñón para cooperar en el esfuerzo bélico, acompañados de entre 300 y 500 mujeres desempeñando trabajos diversos (Hills, 1974: 509, cfr. Stockey, 2009: 171).

Sin embargo, el ataque británico del 3 de julio de 1940 contra la flota francesa en Mers el-Kebir (Orán) trastocó completamente el plan inicial de evacuación. La respuesta de las autoridades francesas al ataque británico no se hizo esperar: la expulsión inmediata de sus evacuados en Casablanca. Alrededor de 13.000 gibraltareños emprendieron un durísimo viaje de regreso de una sola vez y en 15 barcos. Las embarcaciones no fueron ni siquiera acondicionadas para el trayecto. Hacinados y en condiciones insalubres, mujeres y niños recordarían durante mucho tiempo aquel inesperado y traumático viaje. Algunas gibraltareñas dieron a luz durante la travesía. De hecho, cuando se supo que el gobernador sir Clive Gerald Liddle (1883-1956) no permitiría su desembarco en la colonia, desviándolos a Gran Bretaña y a otros destinos, los gibraltareños se manifestaron masivamente en John Makintosh Square. Sam Benady y Anthony Baldorino, representantes locales del Ayuntamiento (cuyas funciones serían suspendidas a partir de 1941)[60], junto a Abraham Sefarty (presidente de la Exchange and Commercial Library) tuvieron que mediar en una situación de conflicto con el mando militar. Finalmente, Clive autorizó que los evacuados pudieran desembarcar y reunirse —aunque solo por unos días— con sus respectivas familias (Gingell, 2012: 18).

Tras aquella breve escala, los civiles evacuados emprendieron un nuevo periplo sin una fecha clara de retorno: 10.500 viajaron a las islas británicas, 2.000 a Madeira y unos 1.500 a Jamaica. Estos últimos fueron alojados en campos para refugiados y sometidos a un proceso de anglicanización afectando a su lengua y costumbres. Nietos, abuelos y tíos fueron enviados a destinos tan diferentes como alejados. Las familias extensas tan características en el Peñón vivieron una traumática separación. Trágica fue la singladura de algunos miembros de la comunidad hindú que, a bordo del Kemmedine, trataron de viajar hasta la India. Sin embargo, fueron capturados por un buque alemán en aguas sudafricanas. Y el infortunio se cebó con ellos, al ser torpedeados por un submarino británico frente al litoral de Francia (ibídem: 23).

Frente a lo vivido en destinos más minoritarios y remotos como Madeira y Jamaica, donde predominó la experiencia comunal a través de confinamientos, las experiencias de evacuación en las islas británicas fueron tan aleccionadoras como duras. En Londres los gibraltareños vivieron atenazados por el miedo al Blitz. La familia del diseñador John Galliano fue, por ejemplo, acogida en el Empress Hall (Téllez, 2013: 253-254). Además, los refugiados padecieron situaciones de discriminación social en su propia patria. Tenían problemas para manejarse con el inglés y recibieron el "menosprecio muy enraizado hacia los europeos 'continentales'" que, entre las clases populares, se dirigía especialmente contra italianos y españoles. Con todo, la comunidad contó con un importante aliado en Londres: el gibraltareño Peter Emmanuel Amigo (1864-1949) que ejercía como arzobispo católico de Southwark. Amigo estuvo muy comprometido con la suerte de sus paisanos en Inglaterra (Hills, 1974: 510).

Aunque una minoría privilegiada, entre las clases altas, pudo salir de la colonia por sus propios medios e instalarse cómodamente durante la guerra en España o Tánger, el trato recibido por la mayoría de los gibraltareños durante el exilio agudizó su sentido de identidad como comunidad. Estos tomarían buena nota de la rapidez de la evacuación y de la lentitud en su retorno. En 1949 muchos estaban todavía esperando regresar a sus casas (Constantine, 2009: 345). De hecho, el viaje de vuelta no se completó hasta 1951. La experiencia de aquel exilio forzado resultó

clave para impulsar una renegociación del estatus político de los gibraltareños en el Peñón en la segunda mitad del siglo XX.

3.3.2. Por tierra, mar y aire. Agentes dobles, submarinistas y actores

"Se sentó frente al escritorio de la oficina, cruzó las piernas, ajustándose el dobladillo de su vestido para revelarlas de la mejor manera, encendió lentamente un cigarrillo, inhalando y exhalando el humo de manera furtiva y reticente, mirando hacia abajo, nariz larga y aguileña al mismo tiempo, y luego sonrió a su futuro interrogador y dijo, en un inglés cosmopolita: 'Soy la Reina de Corazones. ¿Quién eres tú?'. Casada con un oficial naval español que era capitán en uno de los pequeños puertos de la bahía de Gibraltar, la Reina de Corazones pudo proporcionar información valiosa sobre una serie de ataques submarinos particularmente inteligentes y exitosos contra la navegación aliada frente a Gibraltar" (La batalla por Gibraltar, David Scherr, jefe del contraespionaje británico en Gibraltar (DSO), en Archivos Nacionales Británicos[61].

Los agentes del servicio secreto alemán operaron de manera muy intensa en la bahía de Algeciras al menos desde 1937. Hoteles en el litoral del Campo de Gibraltar, como el mítico y reconstruido Reina Cristina de Algeciras, se convirtieron en auténticos nidos de espías (Pack, 2019: 273). El responsable de las operaciones de reconocimiento en el Peñón fue un viejo conocido de la inteligencia británica, el almirante Wilhem Canaris, a la sazón jefe de la Abwehr (Escuadra Sánchez, 1997: 92). Canaris se reunió en Madrid con los militares Carlos Martínez Campos (1887-1975), el general Juan Vigón (1880-1955) y con Franco. La sección española del espionaje alemán, Kriegsorganisation Spanien (KO-Spanien) llegó a establecer 220 miembros sobre el terreno (Ros Agudo, 2016). Los oficiales de Canaris, vestidos con ropa de paisano, realizaron una visita de inspección al Campo de Gibraltar en julio de 1940, con el conocimiento y "los medios facilitados" por Vigón, que era el

máximo responsable de las fuerzas aéreas españolas (Ballesta, 2005: 266). Esta operación encubierta habría estado supuestamente conectada con la llamada Operación Félix: nombre en código de un plan para conquistar Gibraltar. Una operación descartada por Hitler al mismo tiempo que la entrada de España en la guerra como beligerante (Goda, 1993: 297-314, cfr. Ros Agudo, 2001: 299-313). Con todo, la cooperación hispano-germana fue necesaria para poner en marcha la denominada Operación Bodden, que permitió instalar en el estrecho de Gibraltar 17 puestos de observación, que disponían de tecnología de infrarrojos para vigilar el tráfico marítimo también por la noche (Ros Agudo, 2016). Gracias a este sistema los agentes alemanes pudieron informar de la salida de la Force H o flota británica de Gibraltar en febrero de 1942 (Stockey, 2009: 159).

Como es lógico, las autoridades del Peñón también se movilizaron preparando no solo la defensa de su posición sino, además, poniendo en marcha una serie de planes para potenciar las ventajas de su localización estratégica. Para empezar, los trabajos para la ampliación de la pista de aterrizaje modificaron el paisaje de la colonia. Gibraltar funcionó en esos años como una especie de "portaaviones gigante" (García Margallo y Eguidazu, 2021: 17). Las necesidades generadas por la estación aérea a finales de 1941 exigieron ganar terreno al mar: "Una flota de camiones movía desde las canteras 7.500 toneladas diarias, siete días a la semana" (Ballesta, 2005: 269). La tierra procedía de las galerías que se estaban excavando para —si fuese necesario— dar refugio a la guarnición y resistir en ellas durante meses. Los túneles del Gran Asedio fueron ampliados hasta alcanzar más de 50 km. La horadación de nuevos pasadizos permitió la colocación de más defensas antiaéreas.

Tuneleros de la Royal Engineers utilizan un taladro de agua a presión para horadar la roca del peñón para la ampliación de los túneles, noviembre de 1941.

Foto: G. W. Dallison. Fuente: Wikimedia Commons.

Además, el MI6 contaba con los servicios de Desmond Arthur Bristow en España. Pero el enemigo no solo espiaba a Gibraltar desde fuera. El hundimiento del portaaviones Ark Royal en noviembre de 1941 movilizó a la sección de inteligencia encargada de la Defensa y Seguridad en la colonia (DSO). José Stella Key, natural de Gibraltar y yerno de uno de los líderes de la Falange linense fue detenido por pasar información al enemigo en 1942. Le fue incautado un registro con los movimientos de barcos y aviones

en la colonia (Escuadra Sánchez, 1997: 191). El también gibraltareño Leopold Yome, Cónsul General de España en la colonia, pasaba información al enemigo (Stockey, 2009: 149). Había que prevenir las acciones de sabotaje perpetradas por trabajadores españoles contra las instalaciones de los astilleros y barcos. Las autoridades españolas en el Campo habrían denegado permisos para cruzar la frontera a aquellos obreros, que no estuviesen dispuestos a pasar información a Alemania (ibídem: 148). Además, el SIPM (Servicio de Información y Policía Militar) franquista hizo su trabajo sobre el terreno "con oficiales españoles como el comandante Ignacio Molina Pérez (jefe de la Policía Militar de Algeciras) y el coronel Eleuterio Sánchez Rubio, destinado en 1941 en el servicio de información del Alto Estado Mayor en La Línea de la Concepción. Sánchez Rubio era amigo de Canaris y vigilaba con dos telescopios desde su domicilio los movimientos de buques y aviones" (Ponce, 2015: 45, cfr. Stockey, 2009: 149, 152). Los alemanes disponían de una sección de sabotaje, dirigida por el capitán Rudloff y el vicecónsul en Tetuán, Otto Kruger (Ponce, 2015: 45).

De hecho, la llegada del agente David Scherr (DSO) a Gibraltar representaría un punto de inflexión en la guerra encubierta de los británicos contra los alemanes. Su principal mérito fue la creación de una efectiva red de contraespionaje. Primero identificaba a los agentes enemigos en el Campo de Gibraltar y después los reclutaba. Así pudieron evitarse un total de 43 acciones de sabotaje[62]. Luis López Cordón-Cuenca y José Martín Muñoz fueron arrestados y acusados en 1943 de "actuar con la intención de ayudar al enemigo y de tener respectivamente en su poder una bomba destinada a causar una explosión en el astillero"[63]. Martín Muñoz había aceptado colaborar con los alemanes "porque le prometieron 40.000 pesetas, de las que sólo llegó a recibir 25.000" (Gimeno Álvarez, 2016: 13). El tío de Cordón-Cuenca trabajaba para el consulado francés en Gibraltar y la seguridad británica lo tenía identificado como "profascista" (ibídem). A ambos se les aplicó la pena capital en enero de 1944. Un verdugo británico se desplazó de incógnito a la colonia para llevar a cabo la ejecución[64].

Sin embargo, los británicos no pudieron ser igual de eficaces para evitar los ataques de los submarinistas italianos en 1942 y 1943.

Estos últimos mantuvieron sus operaciones en la máxima reserva durante sus comunicaciones con los españoles. Su cónsul en Algeciras se encargaría de sobornar y atraer colaboradores para su red (Stockey, 2009: 155). El Olterra, que había sido acondicionado por la marina italiana, se convirtió en una de las bases para torpedos tripulados más célebres de la Segunda Guerra Mundial. Cada torpedo era operado por dos submarinistas. Las operaciones revestían un gran peligro para los maiali, pues debían sortear las redes antisubmarinas desplegadas por los británicos antes de llegar al puerto inglés, así como esquivar las cargas que se lanzaban al mar como medida de protección y disuasión. Los enormes riesgos que entrañaban estos ataques quedarían para los anales con la operación fallida de la noche del 7 al 8 de diciembre de 1942. En ella murieron, entre otros, el teniente de Navío Licio Visintini (1915-1942), responsable de la "Flotilla Gran Oso" del Olterra (Escuadra Sánchez, 1997: 235-245). Los maiali causaron la pérdida de un total de 30.000 toneladas en las aguas de Gibraltar (Francia, 2011: 22, cfr. dato aportado por Hills, 1974: 528).

Las operaciones submarinas italianas coincidieron con los preparativos y despliegue de la Operación Torch (nombre en clave del desembarco aliado en el norte de África). En noviembre de 1942 el general Dwight D. Eisenhower (1890-1969) aterrizó en Gibraltar para asumir el mando y coordinar la operación. Además del soporte naval, la plaza tuvo que intensificar los trabajos en el aeropuerto, ampliando la zona de hangares y la pista de aterrizaje (en enero de 1943 fueron más de 1.600 m los que se habían ganado). En el momento crítico del inicio de las operaciones en África "hubo hasta 600 aviones a la vista y a tiro de las baterías españolas" (Ramos Rovi, 2008: 32). En su pista de aterrizaje, por ejemplo, se produjo la escenificación de la llegada a Gibraltar del héroe de El-Alamein, Bernard Law Montgomery (1887-1976). Se trataba de una maniobra para despistar al espionaje alemán, en la que el actor Meyrick Edward Clifton James (1898-1963) representó a la perfección el papel de Monty (Ballesta, 2005: 272). En ese mismo lugar en julio de 1943 se produjo también el sospechoso accidente en el que falleció el líder polaco Władysław E. Sikorski (1881-1943), quien hacía escala en un viaje aéreo desde El Cairo. Se ha especulado incluso con "que Sikorski hubiera sido eliminado para que sus sospechas fundadas sobre la matanza de oficiales polacos en Katyn a

manos del ejército soviético, [no] perjudicase a la alianza entre Gran Bretaña y la URSS" (Téllez, 2013: 209). Allí, además, se simularía uno de los falsos accidentes aéreos más famosos de la historia: el de William Martin, el hombre que nunca existió y que supuestamente llevaba consigo información clave sobre el desembarco en Italia. Un submarino británico dejó el cuerpo de un hombre ahogado frente al litoral onubense en abril de 1943. La Operación Carne Picada (Mincemeat Operation) pasó a formar parte de los éxitos míticos de la inteligencia británica en la Segunda Guerra Mundial, espoleando la imaginación en diversas obras de ficción (incluyendo la película clásica de 1956).

Reflectores durante un ataque aéreo en Gibraltar, 20 de noviembre de 1942.

Fuente: Wikimedia Commons.

Gibraltar demostró nuevamente el valor de su privilegiada posición geoestratégica para el éxito de los aliados. En julio de 1944 se hallaban estacionados en la colonia 15.801 hombres pertenecientes al ejército, la marina y las fuerzas aéreas británicas, un número de efectivos que fue aún mayor durante determinadas fases de la contienda (Grocott, 2015: 144). Desde allí se habrían preparado

también operaciones fallidas o de escasa trazabilidad como la llamada Operación Banana, concebida supuestamente para derribar a Franco (Benady, 1999: 333). El Peñón haría historia en otra guerra más, como un lugar “donde la realidad se mezcla con la ficción y la historia con la leyenda” (Téllez, 2013: 209).

Epílogo

un conflicto que se encendió

durante la Guerra Fría

“Se formaron largas filas de vehículos que querían pasar la frontera y algunos tuvieron que hacer cola hasta de diez horas. A los visitantes que desde España se dirigían a Gibraltar, las autoridades españolas, con el propósito de desanimarles, les advertían que a su regreso serían registrados y tendrían que esperar […] las autoridades españolas comenzaron a cerrar la frontera una hora antes de lo acostumbrado […] Durante todo este período de restricciones en la frontera, han sido acompañadas por una engañosa y maligna campaña contra Gibraltar, incluyendo comentarios despectivos sobre el origen racial de sus habitantes. También se les acusó de contrabando”.

“La situación en la Frontera”

,

Libro Blanco sobre Gibraltar (1965), en Ballesta (2005: 288)

La segunda posguerra mundial auspició un nuevo tiempo político en Gibraltar. Los gibraltareños se convertirían de manera progresiva pero irreversible en sujetos activos de la política local. El gobierno en la colonia dejó de ser monopolizado por militares y funcionarios británicos. El precario condominio gibraltareño del poder —previo a 1941— dio paso a instituciones y estructuras políticas sobre las que la población civil adquirió mayor capacidad de control. Las elecciones de julio de 1945, al mismo tiempo que “revivieron” el Ayuntamiento, representaron la irrupción institucional de la Asociación para el Desarrollo de los Derechos Civiles (Association for the Advancement of Civil Rights, AACR), que copó los siete puestos electos en aquella convocatoria (Azopardi, 2009: 40). Por ejemplo, cuando en noviembre de 1945 las autoridades propusieron al empresario David Benaim como miembro por designación de la

Comisión Ejecutiva, la AACR se opuso por los negocios de este con el régimen franquista (Stockey, 2009: 184). Albert J. Risso, mecánico y activista obrero moderado, junto a Joshua A. Hassan (1915-1997), abogado hebreo, formaron tándem para defender los derechos cívicos de los gibraltareños a través del nuevo partido político. Esta organización que inicialmente representó —frente a las élites gibraltareñas tradicionales— a la clase media se convertiría en hegemónica durante muchos años[65]. Entre sus miembros, también se encontraban Abraham William Serfaty, alcalde de Gibraltar entre 1979 y 1988, el abogado Sam Benady y el empresario textil Jack Ellicott.

Pero la segunda posguerra mundial no solo significó el empoderamiento político de los gibraltareños respecto a los británicos, también supuso una modificación sustancial en las relaciones intracomunitarias y con España y los españoles. Por un lado, en ese mismo año de 1945, ya tuvo lugar una manifestación contra Franco en la calle principal de Gibraltar promovida por los exiliados que aún quedaban desde la Guerra Civil (Benady, 1999: 333). Por otro, la TGWU se enfrentó a la AACR por los derechos de los trabajadores españoles. Además, la organización de centroderecha sería partidaria de la devolución de los refugiados españoles debido a la escasez de viviendas tras la guerra y los problemas existentes para reubicar a los evacuados retornados (Stockey, 2009: 186).

1. El Gibraltar gibraltareño

vs. Gibraltar español

“Gibraltar es una fuerza para Inglaterra, mientras España sea débil; pero si España fuera fuerte, se convertiría en un punto flaco y perdería su razón de ser […] Gibraltar es una ofensa permanente, de la que nosotros somos en parte merecedores por nuestra falta de buen gobierno”.

Ángel Ganivet (1865-1898), Idearium español, en Madariaga (1978: 226-227)

El proceso de construcción política de un Gibraltar gibraltareño vino jalonado por una progresiva flexibilización de la gubernamentalidad o racionalidad del poder británico. La empatía ya demostrada con los gibraltareños por uno de los gobernadores de la colonia, sir Noel Mason MacFarlane (1889-1953), en una coyuntura tan crítica como la de 1942, avanzó un cambio de sensibilidad política que sería clave en el proceso de renegociación del pacto colonial entre Gran Bretaña y sus territorios de ultramar décadas después (Constantine, 2009: 346-348). El militar y parlamentario laborista, más conocido como Mason-Mac, “lejos de obstaculizar el progreso político, lo alentó, cuando ayudó a prosperar, por ejemplo, a la AACR”, una organización entonces espoleada por las condiciones de la traumática evacuación (Archer, 2006: 79-81). Sin embargo, no todos los militares, funcionarios o políticos ingleses tuvieron el mismo respeto por la legitimidad de las aspiraciones gibraltareñas, ni creyeron en la capacidad de los locales para gestionar sus propios asuntos. Un exponente de la tradicional visión colonial y sus prejuicios sobre la población gibraltareña fue el gobernador sir Thomas Ralph Eastwood (1890–1969), cuyo mandato coincidió con el final de la Segunda Guerra

Mundial.

Con todo, en 1945 se promulgó la primera ordenanza local sobre sindicatos en Gibraltar (Trade Union Ordinance) en un intento de impulsar "legislación que se consideraba crucial para la buena gobernanza" (Grocott y Stockey, 2012: 110). Risso organizó un movimiento cívico por los derechos de los gibraltareños en un mitin obrero en el local del Prince of Wales Football Club (Oda, 2007). Por su parte, Agustín Huart, que se había acogido a la evacuación, perdió terreno en el campo sindical a su regreso (Stockey, 2009: 186). En general, las tensiones entre los representantes de la sociedad civil y el gobernador fueron frecuentes bajo el mandato de Eastwood. Por entonces, el Ayuntamiento ya tenía competencias para aprobar ordenanzas municipales, realizar contrataciones públicas, construir obra pública o nombrar agentes de policía, etc.

Sin embargo, lo que realmente estaba en juego era la democratización de la vida en la colonia frente al tradicional dominio de lo militar: "La AACR se quejaba de que la colonia era gobernada como un territorio conquistado por militares que tenían el uso del 80 por ciento de la tierra con apenas el 20 por ciento de la misma para la población civil" (Azopardi, 2009: 41). Precisamente, el influyente economista liberal y autor de Camino de servidumbre (1944) Friedrich A. Hayek aceptó el encargo del Ministerio de las Colonias y del Gobierno de Gibraltar para estudiar y presentar propuestas sobre las políticas económicas a implementar en el Peñón tras la guerra. Con ese propósito visitó Gibraltar entre el 14 de agosto y el 27 de septiembre de 1944. Sus informes sugirieron el traslado o "la expulsión" de la clase trabajadora de Gibraltar a la vecina España (Grocott, 2015: 140-164; 2017: 1085-1106). Las propuestas de Hayek no solo no fueron aplicadas, sino que la orientación política de las autoridades británica en materia social y de vivienda fue más bien la contraria.

En 1948 se aprobó la creación de un Consejo o Asamblea Legislativa (Legislative Council). Este embrión de parlamento se desarrolló bajo el mandato de un nuevo gobernador, mucho más receptivo a la causa de los gibraltareños, sir Kenneth A. N. Anderson (1891-1959). La cámara legislativa, presidida por el

gobernador con derecho de veto, fue finalmente inaugurada en 1950 por Felipe de Edimburgo (1921-2021). Hubo escolares presentes en tan trascendental ceremonia, que fue retransmitida por Radio Gibraltar (Constantine, 2006: 33). El consejo legislativo estaría compuesto por tres altos funcionarios civiles ex officio, dos miembros designados y cinco representantes electos (Stewart, 1968: 284). A principios de los años cincuenta, además de la repatriación definitiva de los últimos gibraltareños que quedaban por volver, se despejaba el camino para lograr un "un gobierno responsable" que rindiera cuentas a la sociedad civil del Peñón y que velara por su bienestar.

Sin embargo, paradójicamente, la primera sombra que se cernió sobre la hoja de ruta hacia el autogobierno provino de la España franquista, con la reactivación de la reivindicación de la españolidad de ese territorio. Así, por ejemplo en 1953, al contrario de lo que había sido la tónica durante más de un siglo, la participación española —más concretamente de las autoridades del Campo— brilló por su ausencia en los fastos organizados con motivo de la coronación de Isabel II (1926): "La prensa solo registró la presencia del vicecónsul español junto al gobernador y otros dignatarios en una competición de natación. Incluso este minimalismo resultó intolerable a Franco en 1954, cuando la propia reina apareció en 'su' Gibraltar […] El cónsul español no asistió a la recepción prevista para el cuerpo de cónsules en Gibraltar ni dio la bienvenida a la reina izando la bandera en el consulado" (Constantine, 2006: 35-36).

En esos años, la retórica del Gibraltar español fue además amplificada por la prensa propagandista del régimen desde plataformas como Arriba. Estudiantes falangistas se manifestaron ante la embajada británica en Madrid. El charlista Federico García Sanchiz (1886-1964) en una de sus características charlas itinerantes se refirió al "Nuevo sitio de Gibraltar". José María de Areilza (1909-1998) en mayo de 1954 afirmó que "la factoría comercial de Gibraltar está condenada a muerte por asfixia. Sus habitantes, sanguijuelas del contrabando de Andalucía, tendrán que cerrar sus bazares o emigrar. Sus basuras ya no serán vertidas al campo español, ni sus logias masónicas ni sus casas de lenocinio brotarán en las calles de La Línea como la mala hierba" (Ballesta,

2005: 277-278). De hecho, Gibraltar había desempeñado una función económica durante la época más dura de desabastecimiento de la dictadura, con la entrada de mercancías tradicionales de contrabando, pero también alimentos u otros bienes de subsistencia, en el mercado negro (estraperlo). En ese clima nada amistoso de la década de los cincuenta, el consulado español en la colonia fue clausurado poniendo fin a una presencia secular en el Peñón.

Aquel escenario marcó un punto de inflexión en el tratamiento diplomático de la llamada cuestión de Gibraltar desde el punto de vista español, con efectos decisivos sobre todos los aspectos de la vida de los gibraltareños: políticos, económicos, sociales y culturales. También distorsionó las relaciones hispano-británicas, a raíz del conflicto sobre la soberanía planteado en la ONU[66]. Cuando en 1962, Londres incluyó Gibraltar en la relación de territorios colonizados no autónomos, el ministro de Exteriores español, Fernando María Castiella (1907-1976), defendió la validez de la cláusula de Utrecht por la cual la soberanía sobre el Peñón debía regresar automáticamente a España. De ahí que el derecho de autodeterminación de los gibraltareños quedase exceptuado en las Resoluciones 1514 (XV) y 1541 (XV) que "vinculan siempre la celebración de una consulta popular al ejercicio de la libre determinación, pero no a cualquier proceso descolonizador" como sucedió con el de Gibraltar (Izquierdo Sans, 2002: 624). Concretamente, la resolución 1541 (XV) establecía que la integridad de los Estados no podía verse comprometida. La posición del régimen fue que cualquier resolución de la cuestión que no pasase por la restitución suponía un menoscabo de la integridad territorial del Estado español.

La descolonización del Peñón pasaba a ser un asunto bilateral en 1964. La voz gibraltareña, que tanto había batallado por ser escuchada en el Peñón, podría perder audibilidad en el planteamiento de un cambio de estatus político-jurídico tan trascendental para el territorio que había habitado durante más de dos siglos. Y lo que quizás pudo haber sido negociado políticamente de forma imaginativa terminó derivando en un conflicto. Los estudios históricos recientes, publicados en inglés sobre Gibraltar y que en buena medida sigue la obra que el lector tiene entre sus manos, han puesto acertadamente el foco sobre la "frontera como

fuerza unificadora" (Stockey, 2009; Grocott y Stockey, 2012). Inciden en el entendimiento entre españoles y gibraltareños como la tónica secular dominante, sugiriendo una suerte de creación por parte de la diplomacia franquista de un conflicto que ya no era tal desde el siglo XVIII (Constantine, 2009; Stockey, 2009)[67]. Otros autores también han apuntado sugestivamente a la reconstitución franquista de la noción de un conflicto cronificado en el tiempo (Pack, 2014; 2019). Sin embargo, pese a que esta breve historia adopta alguna de esas premisas, tampoco soslaya la posición mantenida tradicionalmente por los distintos gobiernos españoles desde el siglo XVIII, en relación a las particulares condiciones de cesión del Peñón en Utrecht y al sistemático incumplimiento británico de las mismas. El irredentismo formulado a lo largo del tiempo, por muy diferentes sectores de la opinión pública española y desde distintas sensibilidades ideológicas, también es una realidad histórica (véanse, por ejemplo, análisis discursivos en Sepúlveda, 1995; 1996; 2004 o Leguineche, 2002 y cfr. el más reciente revindicativo de García Margallo y Eguidazu, 2021). La corona española cedió la propiedad y uso del Peñón, pero no transfirió la soberanía (Ramos Rovi, 2008: 24). Y además, en ningún caso, se produjo la renuncia "a perpetuidad" a dicho territorio. La reclamación española nunca dejó de existir (Izquierdo Sans, 1996).

Cosa distinta es la coherencia de una reivindicación sostenida durante más de tres siglos con las estrategias implementadas en la frontera o con el grado de contundencia de las reclamaciones a Gran Bretaña según las distintas épocas. En este sentido, tanto por el tono discursivo de estas últimas durante el Franquismo como por las políticas aplicadas localmente, lo que se produjo entonces fue la orientación ideológica de un conflicto siempre latente en torno a la cuestión jurisdiccional, los límites fronterizos y la descolonización británica (Fawcett, 1967: 237). Las tensiones diplomáticas entre España y Gran Bretaña no representaron nada nuevo bajo el sol, que había alumbrado la cuestión de Gibraltar desde España, pero sí su escalada en los años sesenta cambió para siempre la imagen de España (y los españoles) en Gibraltar: "Aquella drástica medida abriría una brecha en la convivencia de ambas poblaciones que sería ya muy difícil de salvar en los años posteriores" (Sánchez Mantero, 2010: 376). En adelante, la experiencia política de los gibraltareños estuvo marcada por las nuevas realidades geopolíticas

de la Guerra Fría, la adaptación a ellas de Gran Bretaña como actor europeo y global, los procesos de integración en la Comunidad Económica Europea (CEE) y las relaciones con España (Archer, 2006: 79-80).

2. Política y políticos en el Peñón.

¡Dios salve a la Reina!

"El objeto de una nueva Constitución es […] dar a Gibraltar una Constitución que es en la medida de lo posible civil en su carácter y proporciona a la población una gran parte de la dirección de sus fortunas y de las circunstancias peculiares de regulación de Gibraltar".

Gobernador Kenneth Anderson,

mayo de 1949, en Azopardi (2009: 43)

Durante la visita de Isabel II la figura política de Joshua Hassan, representante en la asamblea legislativa y alcalde de facto de la ciudad, ocupó un lugar muy destacado en la comitiva de recepción de la reina (Grocott y Stockey, 2012: 74). Por entonces, la reconstrucción del tejido social local tras el trauma de la evacuación era un hecho. La introducción de la Lotería del Gobierno de Gibraltar en 1947, además de abonar las esperanzas de los gibraltareños menos afortunados de recibir un premio semanal en miles de libras, contribuyó a financiar la construcción de viviendas para los retornados[68]. Se inició en esta etapa un proceso transformador del urbanismo de la colonia, que conduciría a la disolución de la cultura del patio y "contribuyó a un cambio en la interacción social entre los gibraltareños" (Stockey, 2009: 192). Sin embargo, esas expectativas de inclusión política y bienestar social en el Peñón contrastaban con el panorama al otro lado de la verja. La Línea además de ciudad dormitorio se había convertido en el barrio pobre o East End de Gibraltar: "El hacinamiento, el desempleo, la pobreza, las enfermedades inherentes a todo ello, el vicio y el crimen, son males que —últimamente— han sido desterrados del Peñón y arrojados sobre la frontera a la ciudad

hermana. La mayoría de las ciudades tienen un west end [sic] y un east end [sic], y el primero, a través de impuestos y tributos, ha de mirar por el segundo. Pero tales responsabilidades jamás se suscitaron en Gibraltar, con su barrio proletario separado por una frontera internacional" (Stewart, 1968: 257).

De hecho, las autoridades del Peñón tuvieron mucho cuidado en vigilar a la clase trabajadora tanto española como autóctona. Algo que no representaba una novedad en la historia de la colonia, pero que adquiría su encaje en el nuevo contexto geopolítico de la Guerra Fría. El secretario general de la Confederación del Trabajo en Gibraltar, Albert Fava (1912-1993), fue deportado en 1948 por las sospechas del gobernador de que "sus actividades políticas eran indeseables en interés de la seguridad de la Fortaleza" (Azopardi, 2009: 42). No es de extrañar por tanto que la seguridad británica, con motivo de la regia visita de 1954, estableciera un estricto dispositivo de seguridad sobre los trabajadores españoles a su entrada en el Peñón. Las 13.000 personas que cruzaban diariamente la frontera apenas disfrutarían del ambiente festivo en tan distinguida ocasión.

Isabel II llegó al son de los cañones y entre los actos programados hubo un desfile militar al que asistieron 15.000 espectadores. La reina "visitó el 'City Council Waterworks, considerado como una de las maravillas modernas de Europa', tomó el té en el Royal Gibraltar Yacht Club, conoció a muchos lugareños, incluido el 'Deportista del año' de Gibraltar, y otorgó honores al comisionado de policía […] Puso la primera piedra de un nuevo hospital civil para niños, plantó un árbol en los jardines de la Alameda y pasó revista a los scouts. A su llegada al Victoria Stadium, niños de todas las escuelas civiles y militares de Gibraltar la saludaron, hicieron una exhibición de baile y cantaron God Save the Queen" (Constantine, 2006: 33).

Aquel tono festivo y asertivo del carácter británico de Gibraltar que tuvo la visita real no pasó desapercibido al régimen español. Su irritación se hizo patente, además de con la ya mencionada clausura del consulado, con otras medidas: "No emisión de nuevos permisos de trabajo; prohibición a los españoles —salvo los ya empleados— para visitar la colonia y paso solo una vez al día en cada dirección a los titulares de pasaporte británico" (Ballesta, 2005: 279). Pero,

pese a la airada reacción del gobierno franquista, los royals británicos continuaron protagonizando ilustres visitas a Gibraltar durante más de una década. El duque de Edimburgo hizo escala en el Peñón durante tres años consecutivos en 1955, 1956 y 1957, la princesa Margarita visitó la colonia en 1956 y la Reina Madre hizo lo propio en 1961. Solo en 1969 se suspendería el viaje del Príncipe de Gales, Carlos, por la elevada tensión bilateral. Habría que esperar unos años para que el heredero pusiera oficialmente el pie en Gibraltar (Constantine, 2006: 37).

Sin embargo, el estrechamiento de los lazos con Gran Bretaña al calor del conflicto con España no implicó la inexistencia de tensiones entre los gibraltareños y las autoridades militares inglesas. En 1955 se produjo una importante crisis política cuando el gobernador trató de aprobar un impuesto, contra el criterio de los miembros electos del Consejo Legislativo. Miles de personas se manifestaron contra la medida fiscal y los representantes electos en el Consejo dimitieron en señal de protesta (Azopardi, 2009: 46). Los gibraltareños continuaron demandando que los miembros electos fueran mayoría en las instituciones de gobierno. Progresivamente, estos comenzaron a ejercer competencias por áreas y Joshua Hassan se distinguiría como "miembro principal" del mismo (Chief Member).

Se ha identificado esta etapa como la del aprendizaje o preparación de los gibraltareños para tomar las riendas políticas en el Peñón, pues "el control real siguió estando firmemente en manos de los funcionarios públicos británicos" (Archer, 2006: 82). Se trataba de avanzar hacia un sistema que permitiese un grado más elevado de autogobierno. Si bien, el gobernador retendría competencias estratégicas en defensa, relaciones exteriores y las finanzas públicas. "El viento del cambio" anunciado por el conservador Harold MacMillan (1894-1986) en las relaciones de Gran Bretaña con sus territorios de ultramar, algún día tendría que llegar a Gibraltar (Azopardi, 2009: 12). En septiembre de 1963 Hassan, que se había desplazado a Nueva York junto al líder de la oposición Peter Joseph Isola (1929-2006)[69], intervino ante el Comité de los Veinticuatro (Comité de Descolonización) esgrimiendo la causa de la independencia de los gibraltareños en la ONU "pero siendo ésta prácticamente imposible por las circunstancias físicas de la Colonia,

se contentaban con asociarse libremente a Gran Bretaña, a la que entregaban su Moneda, Defensa y Asuntos Exteriores" (Remiro Brotóns, 2004: 137).

Un momento decisivo hacia el "gobierno responsable" vino con la aprobación de la constitución de 1964 (Gibraltar Constitution Order, publicada en la Gaceta de Gibraltar, 07/08/1964). Aquella fue respondida por el Gobierno español con más restricciones fronterizas (Fawcett, 1967: 236). Para el régimen franquista el desarrollo constitucional en Gibraltar debilitaba su reivindicación territorial, en cuanto consolidaba el papel de los gibraltareños como actores políticos. En octubre de 1964, desde España se reactivaron las "medidas de 'incordio'" contra gibraltareños y campogibraltareños. En 1965 se prohibió que los obreros españoles pudieran hacer sus compras en los colmados del Peñón. El tráfico comercial legal en el Peñón se redujo un 40% en 1965 (Téllez, 2013: 306). Desde 1966, además, ya no estaría permitido que cruzaran la frontera motos ni bicicletas. También se retiraron permisos de trabajo, en especial a las mujeres linenses (Davis, 1981: 53).

Calle de Gibraltar en los años sesenta.

Fuente: Gibraltar National Archives.

Con la Constitución de 1964, Gibraltar adoptó un sistema de gobierno ministerial presidido por un ministro principal (Chief Minister). Se trataba de un sistema dual que contemplaba también la existencia de un Consejo Ejecutivo, presidido por el gobernador y compuesto por militares y oficiales de la administración británica, además de cinco miembros electos del Legislativo. La principal novedad consistía en que, por primera vez, los miembros electos constituían la mayoría. Además, este nuevo Consejo Ejecutivo podía recibir "recomendaciones" de los ministros gibraltareños, cuando trataba asuntos que entraban dentro de sus respectivas áreas de competencia. El Consejo Legislativo contaría con un portavoz, dos miembros ex officio y 11 representantes electos. El gobernador, tal y como se recogía en la sección 36, retenía capacidad legislativa para que "con el asesoramiento y consentimiento del Consejo Legislativo pudiese hacer leyes para la paz, el orden y buen gobierno del territorio" (Azopardi, 2009: 51). Pero, pese al avance que representó el texto de 1964 en pos de un sistema político más inclusivo y representativo, el gobernador siguió conservando el poder sobre los asuntos clave. Además, a finales de los sesenta, cobraría visibilidad en la esfera política el Partido por la Integración con Gran Bretaña (Integration With Britain Party, IWBP) (ibídem: 44).

El Peñón tenía un régimen de gobierno de naturaleza distinta al de España, pero su espacio público no estaba abierto en condiciones de igualdad para todos: "La censura fue otra de las claves de la Guerra Fría en Gibraltar" (Téllez, 2013: 222). Los líderes sindicales locales serían atentamente vigilados en la colonia. De hecho, en ocasiones, las autoridades percibieron una amenaza comunista en el discurso anticolonialista dominante.

Uno de los ejemplos más tempranos del seguimiento y represión de la inteligencia militar a la izquierda fue lo sucedido con la deportación de Albert Fava, tras pronunciar su discurso contra el Fascismo en Ince's Hall en 1948. Fava, que había sido brigadista durante la guerra española, era miembro del Partido Comunista Británico y secretario general de la Confederación del Trabajo en Gibraltar. Más tarde José Netto (1931) destacaría en la lucha obrera en la colonia. Este emblemático líder durante la época del bloqueo franquista, influido por la tradición anarcosindicalista andaluza,

denunció la “fobia anticomunista” dirigida contra el movimiento obrero. También se lamentó de la censura sobre la prensa subversiva como El Rebelde, Mundo Obrero o Morning Star (ibídem: 222). Precisamente, Netto combatió la discriminación de raíz colonialista entre los trabajadores en Gibraltar: “Existía una especie de pirámide, donde los naturales del Reino Unido estaban en la cumbre, con menores horas de trabajo a la semana, pensiones, salarios y derechos a las viviendas así como a otros servicios complementarios. Luego, estaban los gibraltareños y, finalmente, en el escalón más bajo, los españoles, que tenían las peores condiciones de trabajo de todos” (ibídem: 220)[70].

En 1962 el Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar, tras una década de presión y movilizaciones[71], logró la creación “por Orden Ministerial, [de] la Mutualidad Laboral de Trabajadores Españoles en Gibraltar, a la que quedaban afiliados todos los trabajadores españoles en la Colonia y que les ofrecía cobertura ante contingencias tales como la jubilación, la invalidez total, la viudedad, orfandad, subsidio en favor de familiares, subsidio de defunción, de nupcialidad y de natalidad. En enero de 1961 se autorizó la afiliación de las trabajadoras del servicio doméstico en Gibraltar al Montepío Nacional del Servicio Doméstico” (Oda, 2007). Sin embargo, los gibraltareños no obtendrían el mismo trato que los trabajadores británicos hasta los años setenta y fue necesario acudir a la huelga general (Benady, 1999: 332). En 1966 vería la luz Social Action, una publicación mensual de izquierdas que en árabe también mostraría “solidaridad con sus hermanos los emigrantes marroquíes” (Langa, 2008: 123).

2.1. Acción/Reacción: El referéndum de 1967

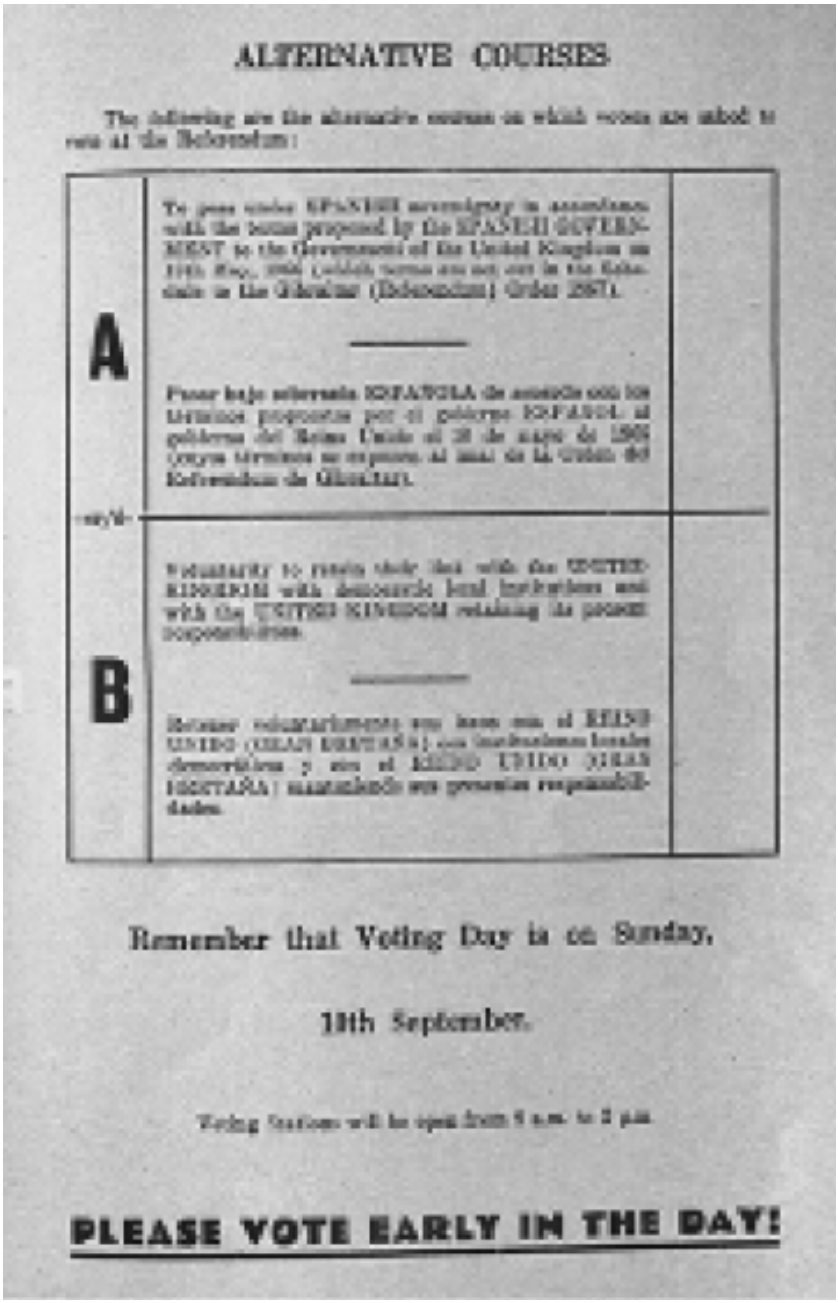
“Los españoles son tan ingenuos que piensan que unas cuantas entrevistas en TVE van a incitarnos a hacernos españoles”.

Gibraltar Evening Post

,

10 de junio de 1969, en Sánchez Mantero (2010: 380-381)

Los gibraltareños habían despejado su camino hacia el autogobierno en 1964. Ese mismo año la Gibraltar Airways alcanzaba la cifra de 120.000 pasajeros. El singular aeropuerto del Peñón era un punto de llegada del turismo británico con destino a la Costa del Sol. Sin embargo, el conflicto con España afectó a las comunicaciones aéreas asociadas al boom del turismo de playa en Andalucía. En abril de 1965 se publicó el Libro Blanco, donde el Gobierno británico recogió su posición sobre la cuestión de Gibraltar, siendo replicado por el Libro Rojo español. Este último contenía 139 documentos exponiendo "sin mutilaciones, […], en su integridad, tanto las alegaciones británicas cuanto las españolas, oferta plural, demostrativa de la objetividad que ha servido de norma a los redactores del Libro Rojo" (Barcia Trelles, 1966: 5-6). En Gibraltar fue considerado un ataque directo contra los gibraltareños como pueblo.



ALTERNATIVE COURSES

The following are the alternative courses on which votes are asked to vote at the Referendum:

A

To pass under SPANISH sovereignty in accordance with the terms proposed by the SPANISH GOVERNMENT to the Government of the United Kingdom on 18th May, 1966 (which terms are set out in the Schedule to the Gibraltar (Referendum) Order 1967).

Pasar bajo soberanía ESPAÑOLA de acuerdo con los términos propuestos por el gobierno ESPAÑOL al gobierno del Reino Unido el 18 de mayo de 1966 (cuyos términos se exponen al final de la Orden del Referéndum de Gibraltar).

-and/-

B

Voluntarily to remain under that with the UNITED KINGDOM with democratic local institutions and with the UNITED KINGDOM retaining its present responsibilities.

Retener voluntariamente ese lazo con el REINO UNIDO (GRAN BRETAÑA) con instituciones locales democráticas y con el REINO UNIDO (GRAN BRETAÑA) manteniendo sus presentes responsabilidades.

Remember that Voting Day is on Sunday,

18th September.

Voting Stations will be open from 8 a.m. to 8 p.m.

PLEASE VOTE EARLY IN THE DAY!

Papeleta para el referéndum de 1967.

La opción B fue elegida por el 99% de los votantes.

Fuente: infogibraltar.com

En 1966 el Gobierno español trató sin éxito de atraer a la población gibraltareña ofreciéndoles la nacionalidad española, con un régimen legal particular, que respetaría sus derechos en el Peñón. Los ingleses podrían mantener sus instalaciones en Gibraltar bajo soberanía española. El paso siguiente fue negar el uso del espacio aéreo español a los vuelos militares de los aliados británicos en la OTAN. Madrid entendía que los acuerdos de uso de Gibraltar como base militar se ceñían exclusivamente a Gran Bretaña. En abril de 1967 se declaró el Campo como zona de exclusión área (Téllez, 2013: 218). Unos meses más tarde, el 10 de septiembre, que pasaría a conmemorarse como Fiesta o Día Nacional de Gibraltar, los gibraltareños fueron convocados a participar en un referéndum para decidir su futuro: el 99% se declaró a favor de mantener la vinculación con el Reino Unido. Los 12.138 votos emitidos a favor frente a 44 en contra no dejaban lugar a dudas sobre la voluntad de los habitantes del Peñón (Grocott y Stockey, 2012: 113). Para conmemorar tal ocasión, se acuñó moneda. En esta época las piezas acuñadas en Gibraltar eran "de curso legal pero nunca entraron en circulación convirtiéndose en objetos de coleccionista" (Garcia, 2016: 44).

La respuesta española no se hizo esperar. En la primavera de 1968 se inició el progresivo bloqueo de la frontera terrestre (a todos menos a los trabajadores españoles). Por aquel entonces, trabajaban en Gibraltar 4.778 españoles. Su número se había reducido casi a la mitad desde 1965 (Del Campo, 1981: 33-36). Además, se cortaron las comunicaciones postales y telefónicas entre España y el Peñón. Finalmente, el 8 de junio de 1969 se produjo el cierre total. La entrada y la salida de Gibraltar solo podrían realizarse de forma indirecta por mar, pues también se suprimió el ferry entre Algeciras y Gibraltar. Con aquella decisión se modificaba la naturaleza secular de una frontera, cuya permeabilidad había dotado de una personalidad única no solo a la sociedad gibraltareña sino también a la de sus vecinos españoles.

El inicio del decimoquinto asedio en la historia del Peñón no hizo sino reafirmar la voluntad de sus habitantes de permanecer, según ha señalado algún autor, como un pueblo de "colonizados felices" (happy colonials). Y es que la alternativa de vivir en la España de Franco se les antojaba mucho peor (Archer, 2006: 84). Pero lo cierto es que, aunque necesitaban a los británicos para defenderse de la ofensiva de la dictadura, no renunciaron a un fuerte sentido identitario y distinto de lo inglés. Además, con el referéndum de 1967, se abrió otro periodo de negociación constitucional supervisado por el laborista lord Shepherd (1918-2001). El preámbulo de la nueva constitución de 1969 reconocía que "el factor más importante en la disputa de Gibraltar es un factor humano y que el pueblo de Gibraltar tiene derecho a determinar su propio futuro" (ibídem). De ese modo, el Gobierno de su Majestad se comprometía a que nunca llegaría a acuerdos "en virtud de los cuales el pueblo de Gibraltar pasara bajo la soberanía de otro Estado en contra de sus deseos expresados libre y democráticamente"[72].

Este texto vigente hasta 2006 terminó de dar forma al concepto de legislatura dentro de la Asamblea (House of Assembly) (Davis, 1981: 52). Pero, además, Gibraltar tendría el estatus de ciudad en lugar de colonia. Pese a que los ministros serían nombrados por el gobernador a propuesta del ministro principal, el texto no satisfizo por completo las aspiraciones de los gibraltareños. Nuevamente los límites del autogobierno radicaban en los poderes del mando militar. La "Legislatura de Gibraltar", recogía la constitución, "estará integrada por el gobernador y la Asamblea". La responsabilidad de la Cámara se restringía a "asuntos internos definidos" como los servicios públicos, los servicios sociales, la educación y los asuntos económicos. Además, el gobernador retenía el poder de veto sobre determinadas leyes (Archer, 2006: 88).

Pero los gibraltareños tuvieron que transigir en 1969 dada su dependencia económica de Gran Bretaña. Con todo, en la década de 1970 se intentaron algunas modificaciones del texto legal (Azopardi, 2009: 180, 185-186). En 1972 un manifiesto político de la AACR reclamaba el "derecho a nuestra tierra" que no se ligaba automáticamente a la "independencia política, sino a un concepto de nacionalidad que implica una actitud mental independiente y

exige respeto por la dignidad y los derechos humanos del pueblo gibraltareño" (Archer, 2006: 84). De hecho, entre los nuevos partidos políticos que habían surgido, el Partido de la Integración con Gran Bretaña (IWBP) de John Robert Peliza (1920-2011), segundo gibraltareño en acceder al cargo de ministro principal (1969-1972), propuso, "como solución al problema de la descolonización, la integración con Gran Bretaña" (ibídem).

En la década de los setenta el sistema político gibraltareño continuó su andadura diversificando el espectro de partidos políticos y demostrando una mayor capacidad para conectar con la acción colectiva. En agosto de 1972 tuvo lugar una huelga general para la equiparación de las condiciones laborales entre los trabajadores contratados en el sector público y en las instalaciones militares. Liderado por José Netto, el parón afectó a todos los sectores de actividad y fue ampliamente cubierto por la prensa española, que incidió en los problemas de abastecimiento de productos de primera necesidad y en el empleo del Ejército para mantener el suministro eléctrico (La Vanguardia, 25/08/1972). En 1975 el líder de izquierda y sindicalista Joe Bossano (1939) fundó el Movimiento Democrático de Gibraltar (Gibraltar Democratic Movement, GDM) tras abandonar el IWBP.

Pese a las diferencias ideológicas y conflictos internos, coincidiendo con una etapa de recesión económica mundial, casi todos los partidos mantuvieron una línea dura contra España. Especialmente críticos fueron con la manipulación informativa por parte del régimen, amén de las descalificaciones que recibían como pueblo. Un artículo publicado en el Post de Gibraltar en junio de 1969 con el titular de Lies, lies, lies ("mentiras, mentiras, mentiras") fue bastante explícito en este sentido. Dejó en evidencia a Radio Nacional de España tras la afirmación en ese medio de que la prensa en Gibraltar ya no se publicaba como consecuencia del bloqueo español (Sánchez Mantero, 2010: 381).

Lentamente comenzó a diluirse la sintonía con lo español. Algunos identifican importantes cambios sociolingüísticos y, por tanto, culturales en Gibraltar tras la Segunda Guerra Mundial (Yborra Aznar, 2005), coincidiendo con la puesta en marcha de un sistema educativo estatal en inglés. En noviembre de 1944, el British

Council estableció el Calpe Institute con el propósito de fomentar el inglés en la colonia y su uso en actividades culturales como, por ejemplo, las representaciones teatrales (patrocinando al Drama Group of the Gibraltar Society). En 1949 se organizó el Gibraltar Festival, donde actuó la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por sir Malcolm Sargent (1895-1967). En posteriores veladas, organizadas por el Calpe Institute, se desarrollaría un programa muy variado de actividades, que también se enmarcaron en una diplomacia cultural hacia España y que buscó acercar a comunidades. El Calpe Institute tuvo célebres visitantes como el primer director del British Council, Walter Starkie (1894-1973), y el historiador Arnold J. Toynbee (1889-1975) (Stockey, 2009: 195-196).

Pero, también, se ha cuestionado el impacto del proceso de anglicanización en la vida cotidiana de los gibraltareños como consecuencia de las experiencias de evacuación, la difusión de medios en inglés como la radio y las políticas públicas inmediatamente después de 1945. Para empezar, durante la guerra y con la mayoría de las mujeres locales evacuadas, los matrimonios entre gibraltareños y españolas se incrementaron, reforzando el español como lengua materna. Alrededor de un tercio de la población todavía no podía manejarse bien en inglés en 1951 (ibídem: 173, 189). De hecho, no sería hasta los años setenta cuando se produjo el punto de inflexión. La política a ambos lados de la frontera tuvo mucho que ver para que el inglés monopolizara el discurso público marcando la transición hacia la diglosia en el Peñón. La prensa gibraltareña se caracterizó por expresar en ese idioma su beligerancia contra España. El Calpense, el emblemático diario en español con una trayectoria centenaria, tras ser comprado en 1968 por Samuel Marrache (para "hacer un periódico diferente, en inglés") terminó desapareciendo. Por el contrario, surgieron nuevas cabeceras —con fortuna desigual— como Vox (1965), Bastion (1966-1968), el semanario Gibraltar Post o el Gibraltar Evening Post. También harían su aparición Panorama y Calpe News (Langa, 2008: 121-122; 133). La televisión española siguió viéndose en el Peñón durante estos años, si bien, la nueva televisión gibraltareña le daría la réplica.

La verja entre España y Gibraltar, cerrada, 1977.

Foto: Elmar Reich. Fuente: Flickr.

Ese clima social, por tanto, no pudo ser más desfavorable para el nacimiento de una organización de derechas y pro española como el Partido para la Autonomía de Gibraltar (Party for the Autonomy of Gibraltar, PAG). Se le acuñó el nombre del "partido vendido" (Archer, 2006: 86). Su fundador fue el abogado Juan José Triay, miembro del grupo The Doves, conocido localmente como Los Palomos. Triay, junto a otros cinco gibraltareños, intentó buscar una solución negociada a la crisis con España. Para ello, estos llegaron incluso a entrevistarse con autoridades franquistas en Madrid antes del cierre de la verja. Así relataba Triay la reacción de sus vecinos: "Me gritaban que yo les había entregado a España, que era un traidor y cien insultos más. Golpeaban la puerta y me

empujaron. Entraron al menos tres. Cuando me di cuenta de que las palabras pasaban a la agresión, me tuve que tirar al suelo para cubrirme, instintivamente. Me apalearon patearon [sic]. Me sentí impotente, humillado, más dañado moralmente que por los palos que me daban aquellos vecinos míos, que de pronto me habían convertido en un 'enemigo a eliminar'" (Sánchez Mantero, 2010: 388).

2.2. La democracia llega a España,

Lady Di a Gibraltar y la frontera se abre

"El sitio produjo el efecto contrario al deseado por los sitiadores: aproximación a Inglaterra y alejamiento de España; se llegó al punto más alto del fervor por ser british [sic y negrilla en original]; las nuevas generaciones crecieron ajenas a España y su cultura".

Ballesta (2005: 318)

La muerte de Franco en 1975 no supuso la apertura de la frontera terrestre ni una mejora sustancial de la visión sobre España en Gibraltar. Muchas veces incluso resultaba difícil marcar diferencias entre los españoles y España: "Gibraltar se convirtió en Numancia" (Téllez, 2013: 306-307). Para llegar al Peñón desde el Campo había que hacerlo a través de un destino internacional interpuesto. En aquella época muchos tomaban el ferry de Algeciras a Tánger, donde se hacía transbordo con destino al puerto británico. Las comunicaciones telefónicas se permitían excepcionalmente, según la buena voluntad de "las autoridades españolas", durante unos días en Navidad y otros festivos como Semana Santa. Salvo en esos periodos, muchas familias tuvieron que confiar en su propia voz "gritándose unas a otras a través del terreno neutral para tener noticias de sus seres queridos" (Grocott y Stockey, 2012: 114). Con la llegada de la democracia no se abrió la frontera pero se produjo el restablecimiento de las comunicaciones, "aunque el

funcionamiento resultaba deficiente por falta de voluntad en corregir defectos técnicos" (Ballesta, 2005: 319). Las comunicaciones por satélite resultaban muy caras y la normalización de la línea estándar se hizo esperar.

El cierre en 1969 supuso un desastre económico para el Campo y muy particularmente para La Línea. Sin embargo, los negocios en el Peñón salieron adelante gracias a la financiación británica y a la mano de obra marroquí (Benady, 1999: 335). Por un lado, los británicos implementaron un programa de subvenciones que se tradujo en partidas de millones de libras destinadas al Peñón: 4 millones de 1970 a 1973, 7,6 millones de 1974 a 1977 y 14 millones de 1978 a 1981 (Grocott y Stockey, 2012: 114). Por otro, la conexión con el norte de África ayudó a Gibraltar a resistir un nuevo asedio. Sin embargo, las condiciones laborales y de vida de los 3.000 trabajadores marroquíes desplazados fueron bastante precarias y padecieron situaciones de discriminación racial. Las mujeres gibraltareñas también contribuyeron activamente en ese proceso con su gradual incorporación al mercado laboral, lo que a la postre conllevó un cierto cambio social. Finalmente, en 1978 los trabajadores empleados por el Gobierno de Gibraltar obtuvieron la equiparación salarial con los del Reino Unido (ibídem: 119-120).

Pero, pese a los subsidios y a la elevación del nivel de vida durante el cierre español, la experiencia cotidiana en un espacio tan reducido y con movimientos tan limitados no resultó fácil: "A veces, era tal la sensación de encarcelamiento que los automovilistas —provistos de sus orgullosas matrículas GBZ, esto es, Great Britain Zone— enfilaban a gran velocidad la carretera que atraviesa la pista del aeropuerto, hasta la frontera, para poder cambiar todas las marchas de sus vehículos" (Téllez, 2013: 308).

La llamada "generación de la frontera cerrada" (closed frontier generation), a la que ha pertenecido la clase gobernante en Gibraltar desde finales de los ochenta, creció en ese ambiente de asfixia provocado por el castigo español. De hecho, la televisión (Gibraltar Broadcasting Corporation) y el sistema educativo público en inglés les daría otras referencias sociales y culturales. Los jóvenes gibraltareños pudieron salir al extranjero y formarse en universidades de prestigio en Gran Bretaña, alimentando

expectativas políticas y vitales muy alejadas de lo español.

El estrepitoso fracaso del PAG, fundado por Triay en 1977, y el ascenso en los años ochenta del Partido Socialista —con el significativo apellido Laborista— de Gibraltar de Bossano, marcó el signo de un nuevo tiempo político protagonizado por una generación, cuyo discurso se caracterizó por un nacionalismo beligerante contra España. Cabe recordar aquí el apoyo que los representantes de la clase popular gibraltareña habían recibido tradicionalmente del Partido Laborista, incluso cuando el valor del Peñón como base estratégica de la OTAN pareció disminuir, con el despliegue norteamericano en Rota tras los pactos con Franco de 1953 (Grocott y Stockey, 2012: 108-109). La dimisión como ministro principal de Gibraltar de Joshua Hassan en 1987 (precisamente por adoptar una postura menos inflexible sobre la interlocución con el Gobierno español) escenificó un relevo generacional en la clase política, justo cuando se iniciaba una nueva etapa en las relaciones con España.

En Europa no cabían fronteras cerradas y España estaba decidida a formar parte del proyecto económico y político europeísta. Significativamente, Gibraltar desde 1973 era una excepción dentro de la CEE, pues pese al ingreso del Reino Unido obtuvo el estatus de territorio especial. No participaba en las elecciones europeas ni formaba parte de la unión aduanera, ni de la política agrícola y pesquera común, ni de las políticas de armonización fiscal. Una distorsión que, solo en algunos aspectos, trataría de ser corregida por el Movimiento Europeo de Gibraltar (Archer, 2006: 91). Los gibraltareños tardarían aún décadas en poder ejercer su derecho de voto en Europa.

Pero el proceso de adhesión de España a la CEE pasó paradójicamente por acuerdos con Gran Bretaña con relación a Gibraltar. En ese marco, se abrieron espacios para la negociación en Lisboa (1980) y Bruselas (1984). En Portugal el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión de Centro Democrático (UCD) Marcelino Oreja (1935) y su homólogo Lord Carrington (1919-2018) acordaron buscar una solución al contencioso en el marco de las resoluciones de la ONU. Pero la apertura de la frontera era un requisito para avanzar en las conversaciones. Bossano en su labor

de oposición a Hassan movilizó entonces a más de 2.000 gibraltareños para condenar públicamente el acuerdo de Lisboa. No eran tiempos fáciles en el Peñón y el descontento con la nueva administración británica conservadora cargaba el ambiente. El anuncio de Margaret Thatcher (1925-2013) de un plan de reconversión y eventual cierre de los astilleros del Peñón cayó como un jarro de agua fría: 1.000 gibraltareños trabajaban allí[73].

Lady Di y el príncipe Carlos suben al yate real Britannia en Gibraltar

para su crucero de luna de miel en el Mediterráneo, 1981.

Foto: Joe Haupt. Fuente: Flickr.

Con todo, el anuncio en el verano de 1981 de que el príncipe Carlos de Inglaterra y Lady Diana (1961-1997) volarían a Gibraltar para comenzar su luna de miel en el yate Britannia insufló algo de optimismo a nivel local, a la par que enrareció las relaciones

hispano-británicas. Como gesto de protesta, los reyes de España decidieron no asistir al mediático enlace. Carlos y Lady Di fueron recibidos por Hassan y el gobernador William Jackson (1917-1999), y los gibraltareños les dispensaron una cálida y entusiasta acogida. La visita de la icónica pareja consistió en un tour de dos horas escasas que los llevaría desde el aeropuerto hasta el puerto. Banderines rojos, blancos y azules engalanaron las calles y los escaparates de las tiendas. La Union Jack ondeó con orgullo en la ciudad y se acuñaron monedas y sellos conmemorativos para la ocasión (Constantine, 2006: 38-39).

Un nuevo momento de tensión bilateral, que demoró la aplicación de lo acordado en Lisboa, se produjo durante la guerra de las Malvinas. España —pese a su adhesión a la OTAN— no apoyó explícitamente con su voto a Gran Bretaña en Naciones Unidas (Ramos Rovi, 2008: 31). En este escenario, la victoria socialista en octubre de 1982 allanó el camino hacia el regreso a "una normalidad" en la frontera terrestre con Gibraltar. Esta se abrió exclusivamente para el paso peatonal el 15 de diciembre de 1982: "Más de siete mil personas cruzaron la verja, aquel quince de diciembre. Se iniciaba lo que la prensa yanita llamó 'la semana de los besos y abrazos' […] Allí repartía claveles Juan Manuel Ballesta, del Comité de Reconciliación entre los pueblos de Gibraltar y su campo, mientras muchos cruzaban por curiosidad o buscando comprar alguna ganga en los comercios de Main Street" (Téllez, 2013: 404).

Pero aquella sería una apertura en diferido, que no se completó hasta después de la Declaración de Bruselas en 1984. En la capital europea se pactó conceder derechos laborales y económicos a los gibraltareños en España y a los españoles en Gibraltar. Además, se acordó el restablecimiento del tráfico de vehículos y mercancías entre Gibraltar y su Campo y el levantamiento de las restricciones a las comunicaciones navales y aéreas. En febrero de 1985 los vehículos a motor pudieron por fin pasar la frontera.

3. ‘Gibraltar es una colonia

porque España quiere’

Con esta provocadora afirmación Fabián Picardo (1972), actual ministro principal de Gibraltar y líder del Partido Socialista Laborista (GSLP) se refería en septiembre de 2021 a la necesidad de que España pasara página de “controversias estériles del pasado” para evitar una frontera dura, que no interesaba a Gibraltar ni a su Campo (ABC Andalucía, 19/09/2021[74]). Con la misma contundencia que, en su debut en la UEFA contra Eslovaquia en Portugal, la hinchada del Peñón —incluido Picardo— gritaba en 2013 “un bote, dos botes, español el que no bote” (Téllez, 2013: 528), en junio de 2016 los gibraltareños votaron contra el Brexit. Un 96% quiso quedarse en la Unión Europea. Sin embargo, a la terminación de 2021 y el fin del arreglo provisional hispano-británico, los habitantes del Peñón se verán abocados a un acuerdo sobre la frontera con la Unión Europea, en el que los españoles que no botaron en Faro sí tienen voz y voto en las instituciones europeas. En el Peñón existe una fuerte oposición a que las autoridades españolas puedan ejercer el control de la frontera externa y de los pasajeros que entran por su puerto y aeropuerto. Veremos qué sucede finalmente con la llegada de 2022 y el fin del modus vivendi, condicionado además por las tensiones entre Gran Bretaña y la UE en torno al protocolo sobre la frontera en el norte de Irlanda.

En esta encrucijada pos-Brexit, los gibraltareños vuelven a plantear la cuestión de la interlocución directa con España. Pero igual que las autoridades españolas pocas veces han querido sentarse a negociar con ellos, ese mismo rechazo también se ha producido históricamente del otro lado. Por ejemplo, entre los detonantes de la salida de Hassan de la escena política en diciembre de 1987, se encontró su predisposición a un acuerdo para el uso conjunto del aeropuerto. En una manifestación, Bossano lo acusó de “traicionar

los sentimientos y compromisos de la Cámara legislativa y de la gente del Peñón" (Archer, 2006: 83).

De hecho, ya con la frontera abierta, la llegada al poder de los laboristas en 1988 estuvo jalonada por discursos nacionalistas de confrontación con España (unos dirán agresivos, otros revanchistas). Por lo general, la administración de Bossano resultó muy controvertida por su política económica y, en particular, por su apoyo a las lanchas rápidas de contrabando de tabaco. Aquello fue interpretado localmente "como un castigo a España por su reclamación de soberanía" (Benady, 1999: 337). Coincidiendo con la llegada del laborismo al poder, circuló —junto a la libra inglesa — la gibraltareña con figuras y leyendas del diseñador local A. G. (Freddy) Ryman y de curso legal solo en el Peñón (Garcia, 2016: 46). Bossano fue reelegido en 1992 con un apoyo del 73% del electorado (Constantine, 2009: 402).

En realidad, en las décadas de los ochenta y noventa se produjo un proceso de reestructuración de la economía gibraltareña orientado a poner fin a su dependencia de Gran Bretaña. Los años de recortes y privatizaciones del thatcherismo permitieron sacar algunas conclusiones al respecto. Había que buscar alternativas. Y el modelo puesto en marcha, con todas sus sombras, tuvo éxito, pues en él continúa descansando la autonomía y prosperidad de la economía local en la actualidad: solo el 6% de su presupuesto proviene del Reino Unido, su PIB es 2.180 millones de libras y la tasa de desempleo pre-COVID prácticamente inexistente (García Margallo y Eguidazu, 2021: 24). El sueldo medio anual en 2020 era, según los datos aportados por la Cámara de Comercio de Gibraltar, de 38.630 euros[75]. La Roca cuenta incluso con su propia universidad desde 2015.

Pero además, Gibraltar también se ha convertido en el Peñón del turismo. De hecho, Bossano fomentó esta actividad aprovechando las dinámicas favorables generadas por la apertura de la frontera, e incentivó la llegada de cruceros. El número de turistas pasó de 3,2 millones en 1987 a 6,4 millones en 1996 (en 2018 se triplicó la cifra). Muchos británicos residentes en la Costa del Sol, pero también españoles, se acercaban a Gibraltar a comprar gasolina, alcohol, tabaco y otros productos que —por su régimen especial—

se adquirían a un precio mucho más bajo que en España (Grocott y Stockey, 2012: 122). No cabe duda de que, también en este aspecto, se abre un escenario incierto en la era pos-Brexit.

Con todo, la sombra de la sospecha es muy alargada cuando se trata de este modelo de éxito económico. La política puesta en marcha por las administraciones gibraltareñas para fomentar una economía civil consistió básicamente en atraer a compañías para que fijaran su residencia fiscal en el Peñón. Se trataba de "'compañías exentas' o 'compañías cualificadas', en las que no pueden participar gibraltareños o residentes en Gibraltar […] pagaban un impuesto anual no superior a trescientas libras y, en cuanto a los beneficios, podían llegar a gozar de total exención —compañías exentas— o a una imposición tan reducida como el 2% —compañías cualificadas —" (García Margallo y Eguidazu, 2021: 26). Había quien presumía en los años noventa de que "en 24 horas y por 500 libras (unas 100.000 pesetas) se constituye una sociedad, que puede entrar en operación al día siguiente […] el abogado gibraltareño José Manuel Triay, que goza de prestigio internacional, ha admitido que tenía domiciliadas unas mil quinientas" (Téllez, 2013: 432-433). Las ventajas fiscales otorgadas a las empresas y la escasa regulación de algunas actividades como los juegos de azar convirtieron a Gibraltar en un paraíso fiscal. Con la Ley de Juegos de 2005 (The Gambling Act 2005), el Peñón se consolidó como uno de los principales centros mundiales del juego y las apuestas on-line. Este negocio ha crecido tanto que 30 empresas con base en Gibraltar, en las que trabajan más de 3.000 residentes del Campo, son responsables del 60% de la actividad mundial del sector, generando más de 30.000 millones de euros de beneficio bruto anual (García Margallo y Eguidazu, 2021: 28).

Pero las extraordinarias facilidades burocráticas y fiscales no vinieron acompañadas por la transparencia. La conversión del Peñón en un hub internacional de negocios opacos y empresas pantalla motivó distintas investigaciones de la Comisión Europea. Además, dañó la imagen de Gibraltar y por extensión de los gibraltareños en España, un pueblo tan poco conocido como incomprendido y al que las actitudes de algunos de sus gobernantes tampoco ayudaban en términos de reputación en los umbrales del nuevo milenio. Las conexiones entre las redes del narcotráfico

gallego y algunos bufetes o letrados gibraltareños salieron a relucir en la instrucción de casos muy mediáticos en la España de los años noventa. En esa misma época, se produjo también el desembarco de distintas organizaciones mafiosas dedicadas al narcotráfico en el estrecho de Gibraltar. Y se hacían públicos datos como que "el 90% de las operaciones de blanqueo de dinero que se producen en la Costa del Sol tenían como destino el sector inmobiliario y la gran mayoría de ellas se realizan a través de sociedades radicadas en Gibraltar" (Téllez, 2013: 432).

Sin embargo, la aspiración de Gibraltar de estar representado en organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) obligó a sus autoridades a un mayor nivel de transparencia informativa y a estar disponibles para la comunicación de datos fiscales. Y es que si ha habido una constante en la política gibraltareña ha sido la del deseo de obtener representación en distintos foros internacionales, ya se trate de un concurso de Miss Mundo, la UEFA o la OCDE. Para ello, había que mejorar su imagen y poner coto a las sociedades offshore tan útiles para la evasión fiscal y el blanqueo de capitales. La llegada al poder de Peter Caruana (1956), en 1996 con los socialdemócratas de Gibraltar, dejó a Bossano en la oposición en las elecciones de 2000, 2003 y 2007. El cambio de ministro principal no representó un cuestionamiento o reversión del modelo económico establecido por su antecesor, solo un tono diferente en el discurso sobre las relaciones con España. El eslogan de la campaña de Caruana, "Diálogo con España", venció al de "Ninguna esperanza a España" de Bossano (Oda, 2007).

Con todo, durante los mandatos de Caruana continuaron las tensiones con el país vecino, añadiéndose la cuestión de los riesgos de carácter medioambiental y los incumplimientos de la normativa europea. De ahí que, durante la segunda legislatura de José María Aznar (1953), se reactivara la negociación bilateral con Gran Bretaña. La crisis desatada en 2001 por la polémica reparación en Gibraltar del submarino nuclear Tireless resultó un acicate para "poner fin a una situación colonial 'anacrónica'" (El País, 7/05/2001)[76]. Aprovechando el entendimiento entre Aznar y Tony Blair (1953), se exploró sin éxito un acuerdo sobre la base de la cosoberanía, aunque con muchas líneas rojas británicas sobre lo que

sucedería con las instalaciones militares, el carácter transitorio o permanente del acuerdo y el papel de los gibraltareños en el proceso. El Peñón sigue siendo hoy en día un centro estratégico en el sistema de defensa atlantista para la interceptación de comunicaciones y señales acústicas.

En abril de 2002 Aznar afirmaba en The Guardian "que Madrid no abandonaría nunca su pretensión de recuperar finalmente la plena y exclusiva soberanía sobre todo el territorio de Gibraltar, incluso si firmaba entonces un acuerdo compartiendo transitoriamente la soberanía con el Reino Unido" (García Margallo y Eguidazu, 2021: 115-116). Siete meses más tarde, Caruana convocaba un referéndum en el que más del 98% de los gibraltareños se manifestaban contra la cosoberanía. Por aquel camino parecía difícil de avanzar. En 2004, además, los gibraltareños ganaron la batalla por participar en las elecciones europeas ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de La Haya. España se oponía, pero Michael Llamas llevó el caso y los jueces votaron 15-2 a favor. Gibraltar, un territorio con una población demasiado pequeña para lograr un eurodiputado, sería incluida dentro de una circunscripción electoral británica. Unos 18.000 gibraltareños pudieron votar por primera vez en Europa (Archer, 2006: 92). El recurso presentado por Madrid fue desestimado en 2006 por el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE).

En 2004 a propósito del tricentenario de la conquista inglesa del Peñón, en un artículo titulado "Gibraltar más allá del 4 de agosto" (El País, 3/08/2004)[77], el ministro de Exteriores socialista Miguel Ángel Moratinos (1951) señalaba que "resulta muy extraño que se conmemore en la Unión Europea, en pleno siglo XXI, la ocupación militar de una parte del territorio de un Estado miembro por otro Estado miembro" al mismo tiempo que reconocía que "nadie puede negar a los gibraltareños el derecho a conmemorar su propia historia". Si bien, echaba en falta "un ejercicio de autocontención por parte del Gobierno británico" teniendo en cuenta lo que aquella acción militar significó en términos humanitarios para la población natural del Peñón en 1704. Moratinos remataba aquel artículo con una inequívoca declaración de intenciones: "Nosotros queremos actuar, en cambio, para que la próxima conmemoración se haga ya en un marco de encuentro, de colaboración y de superación de un

pasado, que debe ser solo eso, pasado, pero nunca presencia lacerante".

Caruana se mostró muy receptivo al cambio de enfoque sobre Gibraltar que representó el desembarco de Moratinos en el Palacio de Santa Cruz. Su propuesta de un foro tripartito, que dejaría explícitamente de lado la cuestión de la soberanía y trataría de gestionar y solucionar problemas, fue bien acogida tanto en Londres como en Gibraltar. La Declaración de Córdoba firmada a tres bandas en septiembre de 2006 significó el inicio de un marco de cooperación, que modificaba la postura tradicional sobre la interlocución directa. Se acordaba, entre otras cuestiones, el uso compartido del aeropuerto de Gibraltar, el levantamiento en las restricciones del número de líneas telefónicas en el Peñón, la itinerancia móvil, la mejora de las pensiones de los españoles que perdieron su trabajo durante el cierre de la verja y la apertura de una sede del Instituto Cervantes (García Margallo y Eguidazu, 2021: 120-121).

Sin embargo, ese acuerdo tuvo detractores a ambos lados de la frontera. Por un lado, la derecha española (aunque no solo) criticó la quiebra de la posición secular mantenida por la diplomacia del país. Por otro, Bossano consideró que la expresión "uso conjunto" rimaba peligrosamente con "cosoberanía". Además, tampoco le gustó lo que consideraba un intento de recolonización cultural a través del Instituto Cervantes para "incrementar la influencia española en Gibraltar y asistir a un proceso de ósmosis que allane el camino para que futuras generaciones estén menos identificadas con el Reino Unido, sean menos probritánicas y se sientan más identificadas con España y más proespañolas" (Oda, 2007).

En diciembre de 2006 aterrizaba en Gibraltar el primer vuelo directo de Iberia desde Madrid. Por entonces, el Peñón no solo restablecía comunicaciones aéreas directas con España, también estrenaba una nueva constitución que sustituía a la de 1969. Se había vuelto a abrir un proceso de renegociación del pacto constitucional para lograr más cotas de autonomía respecto al Reino Unido. Se amplió el número de representantes en la Asamblea legislativa y, tal como se recoge en la página web del Gobierno de Gibraltar, "se reconocía la competencia ejecutiva del gobierno

electo para todos los asuntos, excepto defensa, asuntos exteriores y seguridad interior, pero aparte de esas tres áreas, Gibraltar es completamente autónomo. Tiene sus propias instituciones y poderes públicos. Decide sus propias políticas económicas. No recibe ninguna subvención ni financiación del Reino Unido. Obtiene todos sus ingresos de sus propios impuestos. Acuña e imprime su propia moneda, determina su propia oferta monetaria y decide sus préstamos y gastos por sí misma"[78].

En el verano de 2009 la visita de Moratinos al Peñón, para asistir a una reunión con Peter Caruana y su homólogo británico, David Miliband (1965), fue un hecho tan inédito como histórico. Sin embargo, su presencia en Gibraltar fue tachada por la oposición española de un hecho "fatídico": Era el "gran error" de la política exterior del gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero (1960). Para el alcalde popular de Algeciras, José Ignacio Landaluce Calleja, el "trato de igual entre iguales otorgado por Moratinos solo sirvió, una vez más para favorecer los intereses de Gibraltar, que desde entonces dio una vuelta de tuerca en su manera de actuar […] Probablemente, si esa visita no hubiera tenido lugar, Gibraltar no se hubiese atrevido a acosar, denunciar y tratar de detener a los pescadores españoles que faenan en los caladeros españoles que rodean Gibraltar, o a arrojar los famosos bloques [de hormigón al mar] de la discordia" (ABC, 22/07/2014)[79].

De hecho, la "broma" del Foro Tripartito se había terminado, en palabras del ministro de Asuntos Exteriores José María García Margallo (1944) en Antena Tres, con la llegada al poder del Partido Popular en 2011 (Téllez, 2013: 519). La vuelta de la derecha española coincidió, además, con el regreso de los laboristas al poder en Gibraltar con Fabián Picardo. Este llevaba a Bossano en su equipo. El antagonismo estaba servido: ninguna novedad bajo el sol. Sin embargo, nada hacía presagiar por entonces el tsunami político que sobrevino con el Brexit desde 2016. Y el Peñón se encontraba en primera línea para sufrir sus consecuencias, especialmente en el terreno económico. Se apunta a que, en el Peñón de las empresas, donde casi hay tantas domiciliadas como habitantes (en torno a 30.000), algunas habrían ya comenzado a marcharse por temor a perder su licencia para operar en la UE (García Margallo y Eguidazu, 2021: 29).

Pero lo cierto es que en este último lustro de incertidumbres, el Gobierno gibraltareño no solo no ha rebajado el tono sobre España, “Gibraltar es una colonia porque España quiere”, sino que ha redoblado los esfuerzos de su poderoso lobby para sacar adelante sus intereses (algunos dirían salirse con la suya) en el Reino Unido, en Europa y la ONU. Un lobby que tiene una historia de éxito, como la del propio pueblo gibraltareño a la hora de sobrevivir a asedios, evacuaciones y bloqueos. Veremos qué sucede tras el reajuste del Brexit. El tiempo lo dirá y otros lo contarán, porque Gibraltar no solo es el Peñón de los abogados o de las empresas, también lo es de los historiadores.

bibliografía

Álvarez Vázquez, M. (2007): "La pérdida de Gibraltar y el nacimiento de la nueva población de Los Barrios", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 34, pp. 51-66.

Ancell S. (1783): A Circumstantial Journal of the Long and Tedious Blockade and Siege of Gibraltar, From the Twelfth of September, 1779, to the Third of February, 1783. Containing an Authentic Account of the Most Remarkable Transactions, in Which the Enemy's Motions, Works, Approaches, Firings, &C. Are Particularly Described. By an Officer, 1st Edn, John Eves, Mánchester.

Archer, E. G. (2006): Gibraltar, identity and empire, Routledge, Londres.

Azopardi, K. (2009): Sovereignty and the Stateless Nation: Gibraltar in the Modern Legal Context, Bloomsbury Publishing Plc, Londres.

Ballantine Perera, J. (2007): "The Language of Exclusion in F. Solly Flood's 'History of the Permit System in Gibraltar'", Journal of Historical Sociology, 20, pp. 209-234.

— (2008): "El desarrollo de la población de Gibraltar durante los siglos XVIII y XIX dentro del sistema dual fortaleza-colonia que regía en el Peñón", en Ojeda Vila, E. y Sánchez Mantero, R. (coords.), Gibraltar y los gibraltareños: los orígenes y la situación de un enclave estratégico en las puertas del Mediterráneo, Fundación Tres Culturas, Sevilla, pp. 65-90.

— (2010): "Pablo Larios y el Royal Calpe Hunt como ejemplo de relaciones transfronterizas entre Gibraltar y España durante el siglo XIX y principios del XX", Historia Contemporánea, 41, pp. 345-372.

Ballesta Gómez, J. M. (2005): La verja de Gibraltar: historia de una frontera, Castellarte, Castellar de la Frontera.

— (2008): "Gibraltar, siglo XVII: hábitat, hábitos y habitantes", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 36, pp. 199-212.

Ballesteros, A. (1998): Los contenciosos de la política exterior de España, Lerner, Córdoba (Argentina).

Barcia Trelles, C. (1966): "En torno al Libro Rojo", Revista de Estudios Políticos, 146, pp. 5-48.

Beanland, M. (2001): Gibraltar Calling: A History of Telephone Services in Gibraltar 1886-2001, M. Beanland (autopublicado), Gibraltar.

Benady, M. (1979): The Settlement of Jews in Gibraltar, 1704-1783, The Jewish historical society of England, Transactions sessions 1974-1978, Londres.

— (1992): The Royal Navy at Gibraltar, Maritime Books/ Gibraltar Books, Gibraltar.

— (1995): "Las querellas de los vecinos de Gibraltar presentadas a los inspectores del ejército británico en 1712", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 13, pp. 203-214.

— (1997): "Españoles en Gibraltar en el siglo después de Utrecht", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 17, pp. 183-190.

— (1999): "Españoles en Gibraltar en los siglos XIX y XX", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 21, pp. 329-338.

— (2007): "La población de Gibraltar después del 6 de agosto de 1704", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 34, pp. 109-122.

— (2008): "Españoles en el Gibraltar británico y las relaciones

confusas entre los gibraltareños y los españoles", en Ojeda Vila, E. y Sánchez Mantero, R. (coords.), Gibraltar y los gibraltareños: los orígenes y la situación de un enclave estratégico en las puertas del Mediterráneo, Fundación Tres Culturas, Sevilla, pp. 135-142.

— (2009): "Una aproximación al desenvolvimiento de la forma en que Gibraltar se regía después de 1704", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 38, pp. 205-214.

— (2014): "Los Corsarios de Gibraltar, 1803-1814", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 41, pp. 467-477.

— (2017a): "Inmigración en Gibraltar procedente de las otras colonias británicas del Mediterráneo: Menorca en el siglo XVIII y Malta en el siglo XIX", Cuadernos de Gibraltar. Revista Académica sobre la Controversia de Gibraltar, 2, pp. 329-338.

— (2017b): "The Jews of Gibraltar before the Treaty of Utrecht and the Developement of the Jewish Community since", Cuadernos de Gibraltar. Revista Académica sobre la Controversia de Gibraltar, 2, pp. 43-66.

Benady, T. y Ballantine Perera, J. (2018): "Buena Vista Society", Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltareños, 48, pp. 391-395.

Bowles, T. G. (1901): Gibraltar. Un peligro nacional, traducido del inglés por A. O'Neill de Tyrone, Madrid.

Bradford, E. (1971): The History of a Fortress. Gibraltar, Bastford, Londres.

Broadley, A. M. (1913): "The Unpublished Correspondence of Admiral Sir George Rooke during the Naval Campaign of 1703-5, both before and after the Capture of Gibraltar", History, 1/2, pp. 57-70.

Burke, S. D. A. y Sawchuk, L. A. (2001): "The jus soli and reproductive politics in the 19th-century fortress and colony of Gibraltar", The History of the Family, 6, pp. 531-561.

Cabrera, M. (2011): Juan March (1880-1962), Marcial Pons, Madrid.

Calabria, M. D. (1994): "Florence Nightingale and the Libraries of the British Army", Libraries & Culture, 29, pp. 367-388.

Campo del Urbano, S. (1981): "Nuevo enfoque de la descolonización de Gibraltar", en Calvar Gross, J., La Descolonización de Gibraltar, Dirección General de Estudios y Documentación, Madrid, pp. 29-48.

Congreve, R. (1857): Gibraltar; or the Foreign Policy of England, Parker, Londres.

Constantine, S. (2006): "Monarchy and Constructing Identity in 'British' Gibraltar, c.1800 to the Present", The Journal of Imperial and Commonwealth History, 34, pp. 23-44.

— (2008): "The Pirate, the Governor and the Secretary of State: Aliens, Police and Surveillance in Early Nineteenth-Century Gibraltar", English Historical Review, 504, pp. 1166-1192.

— (2009): Community and identity : the making of modern Gibraltar since 1704, Manchester University Press, Mánchester.

Davis, H. (1981): "Respuesta a la Ponencia del Profesor Salustiano del Campo", Calvar Gross, J. La Descolonización de Gibraltar, Dirección General de Estudios y Documentación, Madrid, pp. 49-58.

De Vicente Lara, J. I. (2007): "Los primeros años de exilio del Cabildo de Gibraltar (1704-1716)", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 34, pp. 67-92.

Delgado Idarreta, J. M. (2014): "De Cádiz a Gibraltar y Lisboa. Políticos en el exilio. El caso Istúriz", en Delgado Idarreta, J. M. y Morales Benítez, A. (coords.), Gibraltar, Cádiz, América y La Masonería. Constitucionalismo y Libertad de Prensa 1812-2012, CEHME, Zaragoza, vol. 2, pp. 643-660.

Drinkwater, J. (1786): A History of the Late Siege of Gibraltar: With a Description and Account of that Garrison, from the

Earliest Period, T. Spilsbury, Londres.

Ehrlich, M. A. (2009): Encyclopedia of the Jewish Diaspora: Origins, Experiences, and Culture, vol. 2, ABC-CLIO, Santa Barbara.

Ellicott, D. (1975): Our Gibraltar: A Short History of the Rock, Gibraltar Museum Committee, Gibraltar.

Escuadra Sánchez, A. (1997): A la sombra de la roca, Fundación Municipal de Cultura, Ayuntamiento de La Linea de la Concepción, Caja Sur, Córdoba.

Fawcett, J. E. S. (1967): "Gibraltar: The Legal Issues", International Affairs, 43, pp. 236-251.

Ferrer Benimeli, J. A. (1982): El contubernio judeo-masónico-comunista: Del satanismo al escándalo de la P-2, Istmo, Madrid.

Finlayson, T. J. (1996): Stories from the Rock, Aquila, Gibraltar.

— (1991): The Fortress Came First: Story of the Civilian Population of Gibraltar During the Second World War, Gibraltar Books, Grendon.

Ford, R. T. (1999): "Law's Territory (A History of Jurisdiction)", Michigan Law Review, 97, pp. 843-930.

Francia, S. (2011): "Los medios de asalto italianos en la Segunda Guerra Mundial", Revista General de Marina, 260, pp. 9-23.

García Margallo, J. M. y Eguidazu Palacios, F. (2021): Gibraltar. La Segunda Rendición: Las claves de un conflicto histórico, Editorial Almuzara, Córdoba.

García Sanz, C. (2007): "Gibraltar y su campo: un estudio regional de las relaciones internacionales de España durante la Primera Guerra Mundial", Hispania: Revista Española de Historia, 226, pp. 567-598.

— (2010): “Gibraltar, 1914-1918: guerra y comercio aliado en el Mediterráneo”, Historia Contemporánea, 41, pp. 291-320.

— (2011): La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar: economia, politica y relaciones internacionales, Consejo Superior de Investigaciones Cientificas, Universidad de Sevilla, Madrid.

— (2016): “Armagedón en el Mediterráneo (1914-1915). Del wishful thinking a la política de fuerza”, Rassegna Storica del Risorgimento, pp. 96-124.

Garcia, Richard J. M. (1994): “The currency and coinage of Gibraltar in the 18th and 19 th centuries”, Gibraltar Heritage Journal, 2, pp. 15-29.

— (2016): The currency and coinage of Gibraltar 1704-2014, Her Majesty’s Government of Gibraltar, Gibraltar.

Gilbard, J. G. (1883): A Popular History of Gibraltar: Its Institutions, and Its Neighbourhood on Both Sides of the Straits, and a Guide Book to Their Principal Places and Objects of Interest, Garrison Library Printing Establishment, Gibraltar.

Gimeno Álvarez, M. A. (2016): “Sabotajes en Gibraltar durante la Segunda Guerra Mundial“, Revista de Estudios Campogibraltareños, 45, pp. 9-20.

Gingell, J. (2012): “We thank God and England-”: A documentary book consisting, principally, of a wide selection of memorabilia about the evacuation of the Gibraltar civilian population, 1940-1951, J. Gingell y Beiso, D. D. (autopublicado), Gibraltar.

Gingell, J. (2018): Between The Devil and The Deep Blue Sea. A collection of memorabilia about thenevacuation of the Gibraltar civilian population 1940-1951, J. Gingell (autopublicado), Gibraltar.

Goda, N. J. W (1993): “The Riddle of the Rock: A Reassessment of German Motives for the Capture of Gibraltar in the Second

World War", Journal of Contemporary History, 28, pp. 297-314.

Gold, P. (1994): A Stone in Spain's Shoe: The Search for a Solution to the Problem of Gibraltar, Liverpool University Press, Liverpool.

— (2005): Gibraltar British or Spanish?, Routledge, Londres.

Gómez de Avellaneda Sabio, C. (2007): "Nueva documentación sobre un episodio injustamente olvidado: el ataque francés a Gibraltar en 1693", Almoraima: revista de estudios campogibraltareños, 34, pp. 373-395.

González García, I. y Del Valle Gálvez, A. (coords.) (2004): Gibraltar 300 años, Universidad de Cádiz, Cádiz.

Grocott, C. (2009): "A Fine Soldier but a Maligned Governor: General Sir Archibald Hunter, Governor of Gibraltar 1910-1913", Journal of Imperial and Commonwealth History, 37, pp. 421-439.

— (2015): "Compromising Liberty: Friedrich Hayek's the road to serfdom in practice", Economy and Society, 44, pp. 140-164.

— (2017): "Friedrich Hayek's fleeting foray into 1940 colonial development", The European Journal of the History of Economic Thought, 24, pp. 1085-1106.

Grocott, C. y Stockey, G. (2012): Gibraltar a Modern History, University of Wales Press, Cardiff.

Grocott, C.; Stockey, G. y Grady, J. (2019): "Cross-Frontier Class Solidarities in Gibraltar and the Campo, 1880-1928 and Beyond", en Canessa, A. (ed.), Bordering on Britishness National Identity in Gibraltar from the Spanish Civil War to Brexit, Palgrave Macmillan, Cham, pp. 67-89.

Haller, D. (2000): "Trascending Locality, Creating Identity- A Diasporic Perspective on the Mediterranean: the Jews of Gibraltar", Anthropological Journal on European Cultures, 9, pp. 3-30.

Harvey, M. (1996): Gibraltar a History, Spellmount, Staplehurst.

Hibbert, C. (2015): Disraeli: The Victorian Dandy Who Became Prime Minister, St. Martin's Publishing Group, Nueva York.

Hills, G. (1974): El Peñón de la discordia. Historia de Gibraltar, Librería Editorial San Martín, Madrid.

Howell, P. (2004): "Sexuality, Sovereignty and Space: Law, Government and the Geography of Prostitution in Colonial Gibraltar", Social History, 29, pp. 444-464.

Howes, H. W. (1991): The Gibraltarian: The Origin and Development of the Population of Gibraltar from 1704, Mediterranean SUN Publishing, Gibraltar.

Izquierdo Sans, C. (1996): Gibraltar en la Unión Europea: consecuencias sobre el contencioso hispano-británico y el proceso de construcción europea, Tecnos, Madrid.

— (2002): "Gibraltar ¿el fin de una controversia?", Revista Española de Derecho Internacional, 54, pp. 617-640.

Jackson, W. G. F. (1987): The Rock of the Gibraltarians: A History of Gibraltar, Farleigh Dickinson University Press, Rutherford.

Kellerman, A. (2001): A New New English. Language, Politics and Identity in Gibraltar, Heidelberg Schriften zur Sprache und Kultur, Heidelberg.

Lambert, D. (2005): "'As solid as the Rock'? Place, belonging and the local appropriation of imperial discourse in Gibraltar", Transactions of the Institute of British Geographers, 30, pp. 206-220.

Langa, C. (2008): "La prensa y la creación de la identidad gibraltareña", en Ojeda Vila, E. y Sánchez Mantero, R. (coords.), Gibraltar y los gibraltareños: los orígenes y la situación de un enclave estratégico en las puertas del Mediterráneo, Fundación Tres Culturas, Sevilla, pp. 91-134.

Larsonneur, B. (1955): Histoire de Gibraltar, Presses Universitaires de France, París.

Lázaro Bruña, J. M. (2020): "La pequeña comunidad hebrea de La Línea (1856-1936)", Sefarad, 80, pp. 203-261.

Leguineche, M. (2002): Gibraltar. La Roca en el zapato de España, Planeta, Barcelona.

Madariaga de, S. (1979): España. Ensayo de Historia Contemporánea, Espasa-Calpe, Madrid.

Madway, L. (1993): "Sefarad but not Spain: The settlement of Jews in Gibraltar, 1704-1783", Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna 6, pp. 221-230.

Martín Corrales, E. (2003): "Comercio en la frontera: Judíos magrebíes intermediarios en los intercambios mercantiles hispano-norteafricanos (ss. XVI-XVIII)", en García Arenal, M. (ed.), Entre el Islam y Occidente: Los judíos magrebíes en la Edad Moderna. Judíos en tierras de Islam II, Casa de Velázquez, Madrid.

Menez, A. (2018): "Custodian of the Gibraltar Skull: The history of the Gibraltar Scientific Society", Earth Sciences History, 37, pp. 34-62.

Morales Benítez, A. (2014): "La frontera permeable. Gibraltareños en la masonería española del siglo XX", en Delgado Idarreta, J. M. y Morales Benítez, A. (coords.), Gibraltar, Cádiz, América y La Masonería. Constitucionalismo y Libertad de Prensa 1812-2012, CEHME, Zaragoza, vol. 2, pp. 209-236.

Moreno, D. y Rueda Ramírez, P. (2021): "Propaganda protestante e imprentas en Barcelona. El colportor James Graydon y los impresos de Antonio Bergnes de las Casas (1835-1840)", Información, Cultura y Sociedad, 44, pp. 61-86.

Musteen, J. R. (2011): Nelson's refuge Gibraltar in the age of Napoleon, Naval Institute Press, Annapolis (Maryland).

Nechtman, T. (2011): "'… For it was founded upon a Rock': Gibraltar and the Purposes of Empire in the Mid-Nineteenth Century", The Journal of Imperial and Commonwealth History, 39, pp. 749-770.

Oda Ángel, F. (2007): "Gibraltar a un año de la Declaración de Córdoba: la recuperación de la confianza", Documentos de Trabajo, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 45.

Pack, S. D. (2014): "The making of the Gibraltar-Spain border: Cholera, contraband, and spatial reordering, 1850-1873", Mediterranean Historical Review, 29, pp. 71-88.

— (2019): The deepest border: the Strait of Gibraltar and the making of the modern Hispano-African borderland, Stanford University Press, Stanford.

Planck, G. (2013): "Making Gibraltar British in the Eighteenth Century", History, 98, pp. 346-369.

Ponce Alberca, J. (2009): Gibraltar y la Guerra Civil española: una neutralidad singular, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.

— (2010): "La Guerra Civil y el Peñón de Gibraltar", Historia Contemporánea, 41, pp. 321-344.

— (2015): "Espionaje en Gibraltar y su Campo (1936-1945)", Revista Universitaria de Historia Militar, 8, pp. 35-54.

— (2021): "From Cartography to Diplomacy. Strategies around Gibraltar during the Second World War", Historia 396, 11, pp. 269-300.

Ramos Rovi, Mª J. (2008): "De Utrecht a nuestros días: Gibraltar en la Historia del Mediterráneo", en Ojeda Vila, E. y Sánchez Mantero, R. (coords.), Gibraltar y los gibraltareños: los orígenes y la situación de un enclave estratégico en las puertas del Mediterráneo, Fundación Tres Culturas, Sevilla, pp. 21-44.

Rankin, N. (2017): Defending the Rock: How Gibraltar Defeated Hitler, Faber&Faber, Londres.

Remiro Brotóns, A. (2004): "Regreso a Gibraltar: acuerdos y desacuerdos hispano-británicos", Revista jurídica Universidad Autónoma de Madrid, 10, pp. 133-181.

Richards, L. E. (2020): Florence Nightingale. The Angel of the Crimea, Maxwell Press retrieved.

Ripoll Perelló, E. (coord.) (1987): Actas del Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", vol. 4, UNED, Ceuta.

Ross Agudo, M. (2001): "Preparativos secretos de Franco para atacar Gibraltar (1939-1941)", Cuadernos de Historia Contemporánea, 23, pp. 299-313.

— (2016): "El espionaje en España en la guerra civil y la segunda guerra mundial: una visión general", Diacronie [en línea] , 28.

Sáez Rodríguez, A. J. (2015): "Gibraltar en 1704", Cuadernos de Gibraltar. Revista Académica sobre la Controversia de Gibraltar, 1, pp. 27-52.

Salgado, J. (coord.) (1997): Estudios sobre Gibraltar, INCIPE, Madrid.

Sánchez Mantero, R. (1985): Gibraltar y los viejos románticos, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz.

— (1989): Estudios sobre Gibraltar : politica, diplomacia y contrabando en el siglo XIX, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz.

— (2010): "Desde el otro lado de la verja (los gibraltareños y el bloqueo de Gibraltar)", Historia Contemporánea, 41, pp. 373-390.

Sanchez, M. G. (2007): The Prostitutes of Serruya' Lane and other Hidden Gibraltarian Histories, Rock Scorpion Books, Gibraltar (eBook).

Sawchuk, L. A. y Herring, D. A. (1988): "Historic Marriage Patterns in the Sephardim of Gibraltar, 1704 to 1939", Jewish Social Studies, 50, pp. 177-200.

Sawchuk, L. A.; Tripp, L. y Samakaroon, M. (2020): "Assessing a syndemic: Gibraltar in the Time of Cholera", Social Science & Medicine (https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2020.112956.).

Sepúlveda Muñoz, I. (1995): "Entre el tópico y la reivindicación: la instrumentalización de Gibraltar en el pensamiento conservador español", Espacio, Tiempo y Forma, 8, pp. 11-32.

— (1996): "Instrumentalización nacionalista del irredentismo: Gibraltar y el nacionalismo español", Spagna Contemporanea, 9, pp. 79-100.

— (2004): Gibraltar: la razón y la fuerza, Alianza, Madrid.

Sheriff, K. (2014): "La conexión genovesa en Gibraltar. La logia Friendship", en Delgado Idarreta, J. M. y Morales Benítez, A. (coords.), Gibraltar, Cádiz, América y La Masonería. Constitucionalismo y Libertad de Prensa 1812-2012, CEHME, Zaragoza, vol. 1, pp. 29-50.

Spence, D. O. (2015): A History of the Royal Navy: Empire and Imperialism, Bloomsbury Publishing, Londres, Nueva York.

Stewart, J. D. (1968): Gibraltar piedra clave, Aguilar, Madrid.

Still, W. N. Jr. (2006): Crisis at Sea. The United States Navy in European Waters in World War I, Florida University Press, Gainesville.

Stockey, G. (2009): Gibraltar. A dagger in the spine of Spain?, Sussex Academic Press, Brighton y Portland.

Sultana, D. (1975): Benjamin Disraeli in Spain and Malta: A Monograph, Edwin Mellen Press Limited, Lewiston.

Téllez, J. J. (2005): Gibraltar en tiempos de los espías, Fundación José Lara, Sevilla.

— (2013): Yanitos. Viaje al corazón de Gibraltar (1713-2013), Centro de Estudios Andaluces, Sevilla.

Valle del Gálvez, A. y González Garcia, I. (2004): Gibraltar, 300 años, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz.

Verdú Baeza, J. (2015): "Las aguas de Gibraltar, el Tratado de Utrecht y el Derecho Internacional del Mar", Cuadernos de Gibraltar. Revista Académica sobre la Controversia de Gibraltar, 1, pp. 97-132.

Vickers, P. (2013): Finding Thoroton. The Royal Marine who ran British Naval Intelligence in the Western Mediterranean in World War I, Royal Marines Historical Society, Londres.

Vilar, J. B. (1994): Intolerancia y libertad en la España contemporánea: los orígenes del protestantismo español actual, Istmo, Madrid.

Yborra Aznar, J. J. (2005): "La frontera estéril: la literatura en español en Gibraltar", en Molina, C. A. (coord.), El Español en el Mundo: anuario del Instituto Cervantes 2005, Instituto Cervantes, Madrid.

Webgrafía

https://gibraltarheritagetrust.org.gi/

https://www.gibmuseum.gi/news/richard-fords-visit-to-gibraltar-1845-279

https://gibraltarheritagetrust.org.gi/knowledge/gibraltar-heritage-journal

https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-batalla-de-gibraltar-25-de-abril-1607/f97f254d-4486-4ea7-a12b-d9b9abf5d499

https://www.ministryforheritage.gi/heritage-and-antiquities/alexandria-battery-new-mole-fort-torre-del-tuerto-1077

http://gibraltartimeline.com/gibraltar-governors-from-1704/

https://books.google.es/books?id = _MhLEAAAQBAJ&dq = Adam + Smith + the + wealth + of + nations + gibraltar&hl = es&source = gbs_navlinks_s

https://www.jewishgen.org/jcr-uk/Gibraltar/gib02_ets-hayim/index.htm

https://british-police-history.uk/f/gibraltar

https://gibraltar-intro.blogspot.com/2014/04/1814-general-george-don-greatest-and.html

http://gibraltartimeline.com/gibraltar-governor-robert-gardiner/

http://gibraltartimeline.com/gibraltar-governors-1800-1899/page/5/

https://dbe.rah.es/biografias/35022/francisco-de-paula-ruet-y-roset

https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1901/jun/13/naval-works-at-gibraltar

http://gibraltartimeline.com/impact-of-wwi-on-gibraltar/

https://www.loreto.gi/about-us/the-origins-of-loreto-gibraltar/

https://www.mi5.gov.uk/the-battle-for-gibraltar

https://www.gibraltarlaws.gov.gi/legislations/gibraltar-constitution-order-1969-1835

https://sevilla.abc.es/andalucia/cadiz/sevi-fabian-picardo-gibraltar-colonia-porque-espana-quiere-202109190241_noticia.html

http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT = /elcano/elcano_es/zonas_es/dt + 45-2007

https://elpais.com/elpais/2001/05/07/actualidad/989223420_850215.html

https://elpais.com/diario/2004/08/03/opinion/1091484006_850215.html

https://www.abc.es/espana/20140722/abci-gran-error-visita-moratinos-201407211949.html

https://www.gibraltarlaws.gov.gi/constitution/Gibraltar_Constitution_Order_2006.pdf

NOTAS

1 . Según recogió el viajero Richard Ford (1796-1858) en su famoso A Handbook for Travellers in Spain and readers at home (1845), las condiciones de vida del Peñón solo eran aptas para “salamandras y escorpiones”. El fragmento original en la web del Museo Nacional de Gibraltar (https://bit.ly/3mVOlUS). Se suele señalar la naturaleza despectiva de esta denominación de cariz orientalista (Stockey, 2009: 18); si bien, algún autor la ha puesto en relación con la tenacidad y resistencia a la adversidad de los gibraltareños (Sheriff, 2014: 31).

2 . https://bit.ly/3udasb8

3 . https://bit.ly/3gQ9w7g

4 . Sobre el origen de la palabra “yanito/llanitos” para referirse tanto a los habitantes de Gibraltar como a la modalidad lingüística que usan cuando no se expresan en inglés, hay varias teorías. Una de las más populares es que deriva de la pronunciación en andaluz de los nombres Giovanni (ante la presencia histórica de la comunidad italiana en el Peñón) o del inglés Johnny (Kellerman, 2001: 8-9).

5 . “¡Qué contraste presenta Algeciras frente a Gibraltar tanto en sus habitantes como en sus maneras!”, escribía en 1883 Richard Ford, autor de una famosa guía sobre España (Téllez, 2013: 28; Sánchez Mantero, 1989: 26-27).

6 . “Aunque nunca estuvo en la colonia, James Joyce en su Ulises nos habla del cañonazo de la retreta de los soldados y el preboste andando con sus llaves a cerrar las puertas […]” (Ballesta, 2005: 197).

7 . Así se describe, por ejemplo, la idiosincrasia regional en Los amantes de Gibraltar (Edhasa, Barcelona) una recreación literaria de Dominique Baudis (1947-2014) sobre el desembarco en Gibraltar de las tropas de Tariq ibn Ziyad, guerrero bereber a cuya irrupción en la península ibérica en el 711 se le atribuye el origen del nombre del Peñón. Entre las distintas teorías sobre la etimología de Gibraltar, una de las más referidas es la derivación castellana en la Edad Media del árabe Djabal Tarik (el monte de Tariq).

8 . El pintor holandés de marinas, Adam Willaerts (1577-1664), inmortalizaría aquella supuesta derrota de los españoles en el óleo La batalla de Gibraltar, 25 de abril de 1607, accesible actualmente en el catálogo on-line del Museo del Prado (https://bit.ly/37s2Uqn).

9 . En el listado de Ballesta citado en el texto sobre construcciones militares destacan la Alcazaba, la Villa Vieja, La Barcina, La Turba. En extramuros, se recogen las “murallas de San Justo y Pastor y reducto de Sto. Domingo (en la zona más escarpada), muralla y atalaya de San Benito (de este a oeste, también en el monte), puerta dando al mar, fuente del Chorruelo, reducto en media luna de los Tres Reyes, almacén de la armada del Estrecho, muelle y fuerte Nuevo con la torre del Tuerto, muralla de Sta. Teresa, puerta del Corral de Fez, muralla litoral hasta llegar al sur en la punta de León, torre de Genoveses, con aljibe (en los Tarfes Altos), dominando la zona meridional”.

10 . Allí debió enfrentarse a una investigación, donde se presentaron cargos por no haber cumplido con su misión en España. Con todo, Rooke salió indemne al alegar la poca precisión de las órdenes recibidas (no era la primera vez, por cierto, que salía airoso de un proceso de estas características).

11 . El lector tiene a su disposición una aproximación muy informativa y visual sobre los acontecimientos en https://bit.ly/2U6RVjf

12 . Estuvieron presentes en la sesión de De Salinas, un alcalde mayor, unos quince regidores, un jurado y un escribano (De Vicente Lara, 2007: 68).

13 . 27 de julio para sus atacantes, ya que Inglaterra no cambió del calendario juliano al gregoriano hasta 1752. La soberanía del rey austriaco se mantuvo se forma ceremonial hasta 1709, dando cuenta de ello las tres salvas de artillería por el cumpleaños del Habsburgo frente al cañonazo que conmemoraba el aniversario de la reina Ana de Inglaterra (Sáez Rodríguez, 2015: 36-37, cfr. Hills, 1974: 236).

14 . Ante la continua referencia a personas que desempeñaron dicho cargo, en este y otros capítulos, puede resultar de utilidad al lector la consulta de la informativa línea del tiempo sobre la sucesión de gobernadores británicos desde la ocupación militar de 1704 hasta la actualidad, en la web de Gibraltar https://bit.ly/3B5ZSVF

15 . Este antiguo edificio franciscano se convirtió en la residencia oficial del gobernador de Gibraltar desde 1711. No obstante, tuvo que ser reconstruido y rehabilitado tras los asedios del siglo XVIII.

16 . Además de 400 españoles, estaban registrados 137 hebreos, 113 británicos, 23 franceses, 21 holandeses y 5 norteafricanos.

17 . Aunque se desconoce con exactitud el origen del topónimo, una de las teorías más referidas recuerda el desembarco en el lugar de un contingente de catalanes junto a las tropas de ocupación angloholandesas en 1704.

18 . Con todo, como algún autor ha interpretado, la presencia o vinculación judaica con Gibraltar es rastreable antes de la llegada de los británicos (Haller, 2000: 12).

19 . La Gran Sinagoga sería objeto de distintas destrucciones en las décadas siguientes tanto por lluvias torrenciales e inundaciones como por los efectos del Gran Asedio de 1779.

20 . Se encuentra también la referencia de 1749 como año de su fundación (Haller, 2000: 19), cfr. datos aportados por la propia comunidad (https://bit.ly/3m3hY4K).

21 . https://bit.ly/3lq51CK

22 . Samuel Ancell, A Circumstancial Journal of the Long and Tedious Blockade and Siege of Gibraltar (1783).

23 . Don también actuó como vicegobernador del absentista duque

de Kent. La figura política de Don en Gibraltar tiende a ser vista bajo una luz favorable en cuanto a los cambios que introdujo, propiciando el despegue del tejido civil y de la administración colonial. No obstante, algunos autores rebajan esa visión tan positiva centrándose en algunas de las sombras de su mandato relacionadas con determinadas políticas de exclusión.

24 . https://bit.ly/3mxu9sr

25 . https://bit.ly/2ZJIrg6

26 . Cuando los zorros escaseaban, incluso se importaban de Inglaterra.

27 . Sobre los detalles del particular véase Sánchez Mantero (1989: 50): “Aunque el Gobierno británico dejó bien claro que el comandante debía ser juzgado en Gibraltar por su delito, aceptó una transacción mediante la cual, con su liberación, las autoridades españolas liberarían también al patrón y a la tripulación del barco gibraltareño. No obstante, el capitán del guardacostas fue obligado por el tribunal de Gibraltar a pagar 7.000 dólares a los propietarios del Lord Racodon, como compensación por sus pérdidas.”

28 . Tanto el carismático general Don como su predecesor, Campbell, fueron sus víctimas. Ambos morirían y serían enterrados en Gibraltar (https://bit.ly/3gtzAEY).

29 . En la biografía que, sobre el ángel de Crimea, escribiera en 1909 la ganadora del premio Pulitzer Laura E. Richards (1850-1943) se cuenta que Nightingale colaboró con un cirujano del

39º Regimiento estacionado en Gibraltar, que fue trasladado al Bósforo (Richards, 2020: 105-106).

30 . Cfr. https://bit.ly/3sPLA8z

31 . Los civiles tenían una representación mayoritaria de tres cuartos. Sin embargo, esta se redujo a un cuarto en 1890 “tras una serie de escándalos relacionados con la incompetencia y la corrupción” (Grocott, 2009: 428).

32 . https://bit.ly/3mUKzeP

33 . El abate ilustrado —perseguido por la Inquisición— haría escala en el Peñón en su viaje por mar a Francia.

34 . Burke y Sawchuk proporcionan la fecha de 1859 y M. G. Sánchez de 1867.

35 . Pese a que el carismático gobernador Don mantuvo la sombra de la sospecha sobre la lealtad de católicos y judíos a la corona, lo cierto es que las Orders in Council de 1817 y 1819 allanaron el camino para que estos accedieran no solo a títulos de propiedad, sino también a los privilegios que conllevaba la nacionalidad británica (Benady, 2006: 82-85 en Ballantine Perera, 2007: 230).

36 . La introducción de la Telegrafía Sin Hilos se produjo a principios del siglo XX, en 1903 coincidiendo además con la puesta en marcha del Centro de Inteligencia Naval del Almirantazgo en

Gibraltar.

37 . Escribe Stewart (1968: 201) en los años sesenta del siglo XX, “el resultado final es que Gibraltar produce al visitante una impresión de ranciedad, de victorianismo estancado, de pobreza digna y de injustificada presunción”.

38 . Para una historia social del Peñón, sobre los avatares del Teatro Real (Finlayson, 1996).

39 . Bacarisas fue catedrático honorario de la Academia de Santa Isabel y perteneció a la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

40 . https://bit.ly/3ywxavv

41 . Parodi contaba con el respaldo de Joseph Patron (Comisión Sanitaria), sir Alexander Mosley (director de la rama local del Banco Anglo-Egipcio) y William Salust-Smith (Federación de Empleadores en Gibraltar [Grocott, 2009: 428]).

42 . La clase trabajadora se instalaría en la parte alta de la ciudad, “cerca del antiguo Hospital de San Bernardo, un barrio que, debido a sus impresionantes vistas de la bahía, era conocido como la Buena Vista” (Benady y Ballantine Perera, 2018: 392).

43 . En agosto de 1908 se produjo el anuncio inglés al Gobierno español —“como acto de cortesía”— de la intención de levantar una verja en el “borde neutral del territorio británico” para reducir el

número de efectivos de vigilancia (Ballesta, 2005: 224-225).

44 . Gibson Bowles pasaba periodos vacacionales en Algeciras, donde murió siendo enterrado en Gibraltar. Intervención parlamentaria sobre el programa de obras en Gibraltar en 1901 (https://bit.ly/3nf3XTU).

45 . Charles Julian Thoroton constituye uno de los personajes más fascinantes y enigmáticos del espionaje británico en España durante la Primera Guerra Mundial. Nacido en 1875, entró a los 18 años en el Royal Naval College. Sirvió en el mar en HMS Empress of India (1900); ascendió a comandante y fue destinado a la isla de Ascensión (1901-1904); embarcó después en HMS Black Prince sirviendo en el Pacífico (1904); siendo promovido a Mayor en el HMS Hogue (1910-1911). Tras una nueva etapa en Ascensión, llegó a Gibraltar en 1913. Hombre de gran atractivo y con fama de mujeriego, su audacia al frente del poderosísimo servicio secreto británico en España lo convirtió en un auténtico mito, envuelto durante mucho tiempo en un halo de misterio. Se supone que habría destruido la documentación comprometedora que obraba en su poder durante su etapa como jefe del espionaje británico en España. En 1919 se puso al frente de la delegación de la Federación de Industrias Británicas en Madrid y residió en Stella Maris, su villa de Pedregalejo en Málaga (Vickers, 2013).

46 . John Mackintosh Square es el centro neurálgico de Gibraltar (alberga al Parlamento de Gibraltar y al Ayuntamiento).

47 . https://bit.ly/3k08h7t

48 . https://bit.ly/3k08h7t

49 . https://bit.ly/3k08h7t

50 . https://bit.ly/3k08h7t

51 . Stewart (1968: 213) se extiende sobre las contribuciones de la clase empresarial de la colonia: “Cuatro años más tarde, el 17 de noviembre de 1921, la Cruz Roja, en respuesta a una petición, envió 5.000 libras esterlinas a Gibraltar para contribuir al coste de una sala de maternidad en el Hospital Colonial. De ese modo, los comerciantes salvaban sus almas, rehuían los impuestos y recuperaban su dinero”.

52 . En marzo de 1917 Primo de Rivera siendo gobernador militar de Cádiz, durante un discurso pronunciado en la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de esa ciudad, “La recuperación de Gibraltar” propuso un canje de Gibraltar por Ceuta para restituir la integridad del territorio nacional.

53 . Los trabajos para la construcción de una pista de aterrizaje en el istmo se iniciaron en 1938.

54 . Su hermano George fue cónsul de la Alemania nazi en la colonia.

55 . Competencia que mantuvo hasta 1955, cuando la cedió a la policía civil.

56 . Por su parte, militares ingleses demolieron la Torre del Diablo con fines defensivos.

57 . Tras la guerra la congregación abrió una escuela secundaria para niñas y la comunidad volvió a residir en Loreto Europa. La escuela primaria y Loreto High School fueron transferidas a Convent Place. https://bit.ly/32sNNOO

58 . Algunas cayeron sobre territorio español, como sucedió en julio de 1941 en la Línea de la Concepción causando numerosos heridos y la muerte de cinco personas.

59 . El epígrafe hace referencia a la obra del historiador gibraltareño y niño evacuado Thomas James Finlayson (1938), The Fortress Came First: The Story of the Civilian Population of Gibraltar During the Second World War (1991). Otras aportaciones basadas en la memoria de aquella generación, en Joe Gingell, We thank God and England… (2012); y Between the Devil and the Deep Blue Sea (2018).

60 . Pese al periodo de fuerte excepcionalidad que la guerra impuso en el gobierno de la colonia, el Consejo Ejecutivo seguiría funcionando durante la crítica coyuntura.

61 . En https://bit.ly/3zzFRFI

62 . https://bit.ly/3zzFRFI

63 . Ibídem.

64 . Ibídem.

65 . De hecho, se ha señalado que la llamada “clase del dinero” gibraltareña no fue demasiado entusiasta respecto a la demanda de cambios constitucionales durante esta época, dirigidos a una mayor representación de la población mayoritaria (Stockey, 2009: 184).

66 . Tras la admisión de España en la ONU en 1955, el planteamiento de la cuestión de Gibraltar se ligaría al proceso de descolonización auspiciado desde esa organización, con el llamamiento a la asunción de responsabilidades en el mismo de sus Estados miembros.

67 . Stockey ofrece una visión más compleja y matizada sobre esta cuestión, incidiendo en épocas como la dictadura de Primo de Rivera y, por supuesto, la primera andadura del régimen franquista (Stockey, 2009: 51-53; 186 y ss.).

68 . La lotería española continuó siendo muy popular entre los gibraltareños en esos años.

69 . Los ministros principales de Gibraltar nunca han dejado de esgrimir su causa ante Naciones Unidas. En 2012 se llegaron a fabricar camisetas en Gibraltar con la frase pronunciada por el actual ministro principal en la ONU, Fabián Picardo, Wake up and smell the coffee; Gibraltar will never be Spanish (“Despierta y abre los ojos; Gibraltar nunca será español”, en Téllez, 2013: 564).

70 . Con todo, también los funcionarios del servicio civil se quejarían sobre las condiciones de remuneración en Gibraltar: “En el momento en el que escribo estas líneas, 1965, el servicio público en Gibraltar está demostrablemente mal pagado, y los salarios más bajos de todos los territorios británicos tienen allí su asiento” (Stewart, 1968: 273).

71 . El Gobierno de Gibraltar anunció en los periódicos que cualquier presión sobre los patronos en cuanto a las condiciones laborales de los trabajadores españoles “sería considerado como delito criminal y multado con 25 libras” (Oda, 2007, https://bit.ly/3n0AfjC).

72 . https://bit.ly/3mWf6qD

73 . Con ello se abrió la vía a varios procesos de privatización, incluyendo la negociación y venta a distintas compañías privadas con desigual suerte: A & P Appledore, Kvaerner, Cammell Laird (Grocott y Stockey, 2012: 121).

74 . https://bit.ly/3j7aHAh

75 . https://bit.ly/3AY8rBv

76 . https://bit.ly/3DLDH8D

77 . https://bit.ly/2Z6zI7L

78 . https://bit.ly/3n8mPSW

79 . https://bit.ly/3p8uMdl

Índice

CAPÍTULO 1.LA HISTORIA DE GIBRALTAR SE ESCRIBE EN PLURAL

1. Nuevas y viejas historias

2. Trans-Gibraltar

CAPÍTULO 2. LA LLAVE DEL MEDITERRÁNEO SE LA QUEDA INGLATERRA

1. Gibraltar en guerra. La puerta (que no fue) de entrada a España

2. El bastión inglés

CAPÍTULO 3. DE FORTALEZA A COLONIA. LA "GUARIDA" VICTORIANA

1. Claves para un nuevo tiempo

2. La frontera móvil

3. Biopolítica o cómo ‘poner puertas al campo’

CAPÍTULO 4. MÁS ALLÁ DE LA "ROCA DE LOS ESPÍAS": GIBRALTAR Y LOS GIBRALTAREÑOS EN LAS GRANDES GUERRAS DEL SIGLO XX

1. La hora de los gibraltareños

2. Despejando dudas sobre Gibraltar

3. Más guerras y beligerancia social

EPÍLOGO. UN CONFLICTO QUE SE ENCENDIÓ DURANTE LA GUERRA FRIA

1. El Gibraltar gibraltareño vs. Gibraltar español

2. Política y políticos en el Peñón. ¡Dios salve a la Reina!

3. ‘Gibraltar es una colonia porque España quiere’

BIBLIOGRAFÍA

WEBGRAFÍA

NOTAS